EL FUTURO DEL CAMPO DE ELCHE



BALTASAR BROTONS GARCIA

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

© *Baltasar Brotóns García*

Portada: Antonia Soler.

Depósito Legal: A-996-1987

Imprime: APRINTA, S.L.
Carretera Murcia - Alicante, Km. 48'8
Apdo. Correos 144 - Teléfono 96/5400327
CREVILLENTE (Alicante)

INDICE

Prólogo 7
A modo de preámbulo 11
El futuro del campo de Elche 17
La pérdida de unas señas de identidad 23
El envejecimiento de la población activa campesina 29
Hay que cambiar los métodos de cultivo 33
Cultivos tradicionales 37
La industria como complemento de la agricultura ilicitana 43
El algodón como alternativa 49
La distribución de las propiedades rústicas 55
La desaparición de las grandes fincas rústicas 61
La problemática de la Comunidad de Riegos de Levante 67
Elche, palmeral de Europa 79
Puesta en funcionamiento de la nueva Ley de Palmerales 87
Fincas incultas y abandonadas 93
Aguas de riego 97
Las casas de campo 105
Impuestos de transmisiones 109

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

La esterilización del campo de Elche 113
Edificaciones en parcelas de 2.000 m.² 119
El porvenir de los almendros en el campo de Elche 127
Urge cambiar el sistema de riego 133
Seguros contra riesgos catastróficos 141
Cultivo de primor 147
La decadencia de la ganadería ilicitana 153
El pantano de Crevillente 161
Falta unión asociativa entre los agricultores 167
La mayoría de los agricultores ilicitanos, políticamente, son conservadores 171
Puntos de reunión 179

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PROLOGO

Baltasar Brotóns ha tenido la gentileza de ofrecerme prologar su libro; acepto encantado bajo el doble sentimiento de corresponder a dicha prueba de amistad por su parte ya reiterada, y de otra, por qué no decirlo, con la secreta intención de resarcirme por la tardanza en llevar a cabo su anterior ofrecimiento, lo que produjo que el libro saliese sin aquel prólogo, así pues lo considero como una generosa oportunidad que el autor me brinda. Espero que a la segunda sea la vencida.

Es el factor humano el primero a considerar a la hora de analizar la obra de Baltasar Brotóns, y en ello no hay atisbo alguno de desmerecimiento en el juicio que corresponde a su obra.

Un libro es una obra humana y como tal es proyección de la personalidad de su autor. La biografía de Baltasar Brotóns de algún modo se encierra en sus libros, aunque su proyección ensayista y literaria da comienzo en una época avanzada de su vida. Los libros que ha escrito, reflejan su ocupación y preocupación constante: el campo ilicitano. Me asombra la capacidad literaria de Baltasar; él sabe bien que al igual que en la agricul-

tura, también en el cultivo de espíritu existe un tiempo para la siembra y otro para la cosecha; el tiempo de la siembra ha sido largo en su vida, sin embargo se ha visto compensado con una abundante cosecha.

En Baltasar pervive un sentido humanista en el concepto clásico del término, del hombre de formación amplia, poseedor de una gran capacidad receptora, sensible a las realidades estéticas, un hombre que cumple cabalmente construyéndose poco a poco a sí mismo con la primera y más imperiosa vocación: la de ser hombre. Hay sin duda en todo este proceso una traslación de su quehacer de agricultor al cultivo interior de su espíritu. El agricultor de nuestra tierra se distingue entre todos por el cuidado esmerado de su trabajo, como ya señalaba Cavanilles, no retrocede ante ningún contratiempo cuando se trata del cuidado de su hacienda, sabe de la tierra en el sentido más profundo del término, la palabra sabiduría viene de saborear, es la imagen que mejor se corresponde con la actitud pausada del agricultor, fruto de compaginar la vigilancia atenta y la paciencia. Esta conjunción es la que caracteriza al hombre sabio..

Contrasta esta actitud con la propia de nuestro tiempo en que se suele confundir el saber con el cúmulo de conocimientos aprendidos en el menor de los tiempos posibles y bajo la ley del mínimo esfuerzo. Es preciso volver a valorar la actitud del hombre que medita sobre su experiencia y que de la experiencia de su trabajo ha hecho su vocación.

Hace apenas unos meses aparecía publicado «La agricultura ilicitana de ayer a hoy, apuntes para una historia del campo de Elche», la obra a la que me refería al principio de esta presentación; en este libro Baltasar en unas breves pinceladas nos trazaba la historia del campo ilicitano, a través de sus páginas ponía de manifiesto la trama humana que ha dirigido la evolución del campo. Entre este libro y el presente ha visto la luz este otro que lleva por título «S'ha perdut una cultura del camp d'Elx», sus páginas son un compendio del modo de vida tradicional del campo de Elche, obra verdaderamente sugerente y sin duda necesaria para empezar a estudiar el particular modo de vida de nuestros campesinos, sus tradiciones, sus manifestaciones festivas, la vivienda tradicional, el modo de realizar el trabajo, en fin todo aquello que constituye la cultura de un pueblo.

Al tiempo que el autor se ocupaba de la historia y las costumbres de su entorno, de nuestro entorno no ha cejado en su afán por otear el horizonte. El agricultor es hombre a la vez que instalado en las tradiciones de mirada puesta en lo por venir, vive abocado al trabajo cotidiano como a la espera de la recogida del fruto. «El futuro del campo de Elche» lleva por título el libro, futuro sin duda alguna hipotecado por las dificultades del presente, de ahí que el autor ponga de manifiesto los problemas actuales que ensombrecen la perspectiva del mañana, algunos de ellos ya endémicos cual es la situación de la falta de agua para el riego: «La escasez de agua —escribía en su anterior libro— ha sido en todo tiempo el gran problema y la máxima preocupación de los hombres ilicitanos, hasta el extremo que esta circunstancia negativa, ha conformado una parte importante de sus rasgos culturales». Junto a esta situación también destaca la lucha comunitaria del hombre por sobreponerse a esta circunstancia negativa, los esfuerzos del pasado que cristalizaron en la comunidad de regantes como el más reciente del trasvase de las aguas del Tajo, así como apunta la esperanza de ver realizado el trasvase de las aguas sobrantes del Júcar, deseo soñado por nuestros agricultores y que ya el Ayuntamiento de nuestra ciudad pidió que se llevara a cabo hace ya más de cinco siglos.

Para revitalizar nuestro entorno natural es necesario toda la inventiva y la aplicación de los nuevos medios técnicos de que hoy día se dispone.

La imagen que de esta lectura se deduce del campo no se corresponde en modo alguno con el paisaje de las utopías retrospectivas de quienes ven en el campo un mundo estático e inmutable frente al dinamismo transformador de la ciudad. La imagen del campo como visión de una vida idílica alejado de las tensiones y avatares es producto del hombre urbano como acertadamente apunta el autor en su libro, el cual ha vivido ajeno a los avatares de la población rural. Es la lejanía de los problemas cotidianos y la ignorancia del arduo trabajo llevado a cabo por el agricultor la que ha creado esta imagen falsa de la vida del campo.

El libro de Baltasar Brotóns es una invitación a recuperar el entorno de nuestra ciudad, pues a pesar de los pesares, de

los muchos estragos producidos todavía podemos decir aquello de que «Elche se confunde con su paisaje»: El paisaje de sus huertos de palmeras, de sus campos de almendros y granados es la primera imagen que se nos impone, el recuerdo más vivo que queda al visitante, pero todo ello no ha surgido de la nada, ha sido el fruto de un ímprobo esfuerzo humano. Para poder seguir siendo esa ciudad que se confunde con su paisaje, no podemos adoptar una actitud estática, no se trata de tener la mirada anclada en la nostalgia del pasado. El paisaje agrícola nos viene a decir Baltasar será el resultado de la invención de la mirada decisiva y la apuesta por el futuro.

Manuel Rodríguez Maciá
Diputado de las Cortes Españolas

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

A MODO DE PREAMBULO

Debo empezar diciendo que este libro está escrito desde la óptica del pesimismo, respecto al futuro de la agricultura ilicitana. Y como observará el lector, ese pesimismo transpira en todos sus capítulos, desde el principio hasta el final del mismo. Y en nuestras consideraciones, llegamos a esa conclusión desalentadora, a pesar de que el libro se ha escrito durante 1986, uno de los años más prósperos de la agricultura ilicitana de los últimos tiempos. En efecto, los agricultores del campo de Elche, durante todo este año, han tenido la suerte de cara, ya que a lo largo de sus doce meses, han dispuesto de agua de riego suficiente para todos los cultivos, tanto de las elevadas procedentes de las antiguas concesiones, como de las trasvasadas del Tajo.

Esta circunstancia favorable, en contradicción a lo ocurrido en los años anteriores, ha propiciado el que las cosechas hayan sido abundantes, tanto en los cultivos arbóreos, como en los hortícolas.

Pero, es que además, todas esas cosechas producidas en el campo de Elche durante este año, en su conjunto, han tenido

unos precios mucho más elevados que los conseguidos en el año anterior, tanto en frutas como en hortalizas, empezando por las patatas de Primavera y terminando por el algodón. Algunos de estos productos, como las almendras, por ejemplo, han llegado a pagarse hasta el 75% más caras que la cosecha del año anterior. Así pues, se puede decir con razón, que ha sido un año completo para los agricultores ilicitanos, én cuanto a prosperidad y rendimiento. Bienvenida sea esa racha favorable, que estaba haciendo tanta falta, para poder restañar, con parte, las profundas heridas económicas ocasionadas por varios años seguidos que fueron sumamente calamitosos, por diversas razones.

Este panorama favorable, se ha completado con una meteorología normal, sin ningún contratiempo catastrófico, —llámese helada o pedrisco—, como ha ocurrido otras veces, con demasiada frecuencia.

No obstante, la experiencia nos enseña que años así de benévolos y bondadosos, aquí son una excepción, ya que por una u otra causa, lo normal es que los balances que hacen los agricultores al final de cada año, resulten negativos. Unas veces, porque se produce poco, por carecer de agua de riego suficiente. Y en otros casos, que son los más frecuentes, porque lo que produce no tiene unos precios acordes y compensatorios, con los elevados costos de producción que tiene que sufragar. De ahí, el que frecuentemente, la rentabilidad que obtiene por su trabajo diario, sea nula o mínima.

Unos días después de escribir este capítulo (mediado el mes de septiembre) se produjeron en esta zona unas lluvias persistentes y copiosas que duraron dos semanas, recogiéndose en Elche más de 200 litros de agua por metro cuadrado. Estas lluvias fueron muy beneficiosas para la agricultura ilicitana, poniendo un broche muy positivo al año agrícola de 1986.

Ahora bien. Al margen de unas determinadas circunstancias más o menos favorables o adversas, que puedan producirse en un momento dado, existen unos factores determinantes que inciden negativamente en la agricultura ilicitana, de cara al futuro, lo cual nos induce a augurar para la misma, un porvenir incierto y problemático.

Entre estos diversos factores negativos, tenemos que destacar, en primer lugar, la cuestión del agua de riego. Dadas las

características climáticas y meteorológicas de esta zona, el agua de riego abundante y de buena calidad, es fundamental para la agricultura. Sin agua de riego suficiente, no hay agricultura posible, medianamente desarrollada. Esa es una verdad incuestionable y ha sido siempre el gran problema del campo de Elche.

Actualmente, el campo de Elche se riega con aguas elevadas de los sobrantes de la Vega Baja del Segura, (distribuidas por las Comunidades de Regantes de El Porvenir, Nuevos Riegos el Progreso y Riegos de Levante) y con aguas trasvasadas del Tajo y distribuidas por la última de estas tres comunidades nombradas. Se riega también con aguas subterráneas, procedentes de allende los límites del término municipal de Elche, distribuidas por las Sociedades Agrarias de Transformación San Pascual y San Enrique y con aguas de la Depuradora de Algorós, pero estos caudales son pequeños y tienen poca incidencia dentro del conjunto de todas las demás.

Las aguas elevadas de las antiguas concesiones, son más baratas, pero más malas, y cada día que pasa, son de peor calidad. Tanto es así, que en la mayoría de los casos, salvo para algunos cultivos muy resistentes, (olivos, granados y palmeras) es preferible no utilizarlas, por estar sumamente contaminadas. En cuanto a las trasvasadas del Tajo que son dulces, y por lo tanto, aptas para regar toda clase de cultivos, tienen que pagarse a unos precios muy elevados, que las hace casi prohibitivas para la agricultura. Por otra parte, tanto unas aguas como otras, tienen la condición de sobrantes, y por lo tanto, no siempre se dispone de ellas, lo que agrava aún más el problema de los regadíos.

Esa inseguridad en los riegos, y los elevados precios a que hay que pagar estas aguas —sobre todo, las trasvasadas—, constituyen una rémora para los agricultores ilicitanos, ya que se ven forzados a trabajar y producir en condiciones desventajosas, respecto a otras zonas productoras que gozan de un clima idéntico al nuestro, y además, disponen de agua de riego de buena calidad a precios económicos, e incluso, gratis.

Eso es lo que tenemos hoy. Pero de cara al futuro, si de aquí a unos años se materializa el proyecto del trasvase Júcar-Vinalopó, del que tanto se está hablando en los últimos tiempos, tal vez mejore la situación de los riegos en el campo de El-

che, en cuanto a la cantidad de agua disponible, pero dudamos mucho que se observe mejoría en cuanto a sus costos. Y decimos esto, porque en el mencionado proyecto se insinúa que estas aguas trasvasadas del Júcar, tendrán unas tarifas elevadas. Por lo tanto, entendemos que si estas aguas que aquí se utilizan para riego, continúan con esa dinámica alcista, en cuanto a sus costos para el agricultor, la agricultura ilicitana no podrá competir con las agriculturas de otras zonas de las mismas características, en cuanto a rentabilidad se refiere.

Otro factor importante que incide también negativamente en la agricultura ilicitana, es el progresivo envejecimiento de la población activa campesina, envejecimiento que está alcanzando unas cotas preocupantes. La deserción del campo de Elche de los agricultores jóvenes que se marchan en busca de otras ocupaciones que consideren más cómodas y rentables que la agricultura, alcanza unos porcentajes elevadísimos. Las nuevas generaciones de agricultores ilicitanos, por diversas causas y razones, han perdido el amor a la tierra y a la profesión, que fue una de las características más acusadas de sus antepasados. Hoy, de cada diez jóvenes campesinos, ocho no quieren saber nada de la agricultura y tratan de orientar sus vidas por otros derroteros profesionales. Ese fenómeno, es general en toda España, pero aquí en el campo de Elche, está más acentuado aun que en parte alguna.

Y sin esa savia joven que reemplace a los cansados brazos de los mayores en las duras tareas del campo, ¿qué perspectivas de futuro tiene la agricultura ilicitana? ¿Quién llevará a cabo esas profundas transformaciones imprescindibles que el campo de Elche está pidiendo a gritos, para adaptarlo a lo que demandan las nuevas circunstancias? Esas modificaciones, tienen que hacerlas los jóvenes, pues las personas a partir de cierta edad, no quieren complicarse la vida, y se limitan a sobrevivir, dejando las cosas conforme están. Y si los jóvenes, en su inmensa mayoría, no quieren saber nada de la agricultura, el futuro de ésta, no puede ser más oscuro.

Por otra parte, Elche, como ciudad industrial y dinámica, se está «comiendo» materialmente el campo. Su poder de absorción de todos sus entornos, es extraordinario, por su creciente expansión, hasta el extremo de que, actualmente, la agricultu-

ra apenas cuenta en el conjunto de sus actividades.

El colectivo agrícola ilicitano, antaño muy significativo y preponderante, va perdiendo peso específico cada día que pasa, en todos los sentidos.

Desde hace varias décadas, mientras la población incrementa sus índices demográficos, el censo de los habitantes del campo, permanece estancado alrededor de las 20.000 personas.

Multitud de naves industriales y de servicios ocupan una gran cantidad de tahullas de terreno agrícola. De la misma manera, varios miles de chalets de nueva construcción, pertenecientes a gentes cuyas profesiones son ajenas a la agricultura, se han levantado por todos los rincones de la geografía rural, en las pequeñas parcelas de tierra que adquirieron con ese exclusivo fin. Esto, ha contribuido, en gran medida, a que el campo de Elche, de un tiempo a esta parte, se vaya reduciendo en sus contornos agrícolas, al írsele restando continuamente retazos de su superficie cultivable, para dedicarlos a otros menesteres ajenos a la agricultura. En otras palabras, el campo de Elche, agrícolamente, está atravesando un período regresivo, que se va acentuando de día en día. Y si a esto le añadimos que la mayoría de los jóvenes campesinos abandonan el cultivo de la tierra, para dedicarse a otras ocupaciones, el panorama agrícola ilicitano, no puede resultar más desalentador.

En la mayoría de los casos, el amor a la tierra y a la profesión que sentían los agricultores ilicitanos del pasado, va perdiendo vigencia. De ahí el que actualmente se vendan muchas propiedades rústicas para emplear el dinero en otras actividades, cosa que antes no ocurría entre las gentes campesinas. Y si no se venden más, es por falta de compradores.

En otro orden de cosas, se tenía el convencimiento de que al integrarnos en la Comunidad Económica Europea, integración por la que tanto habíamos suspirado, las cosas iban a mejorar en nuestra agricultura. Pero desgraciadamente, no ha sido así como estamos comprobando. Tal vez de aquí a unos años, cuando finalice el período de adaptación, se noten las ventajas y beneficios de nuestra integración. Pero de momento, estas ventajas y beneficios no se ven por ninguna parte. Más bien todo lo contrario, ya que seguimos pagando en nuestras exportaciones de productos agrarios a la C.E.E. unos aranceles más ele-

vados que los que pagan los mismos productos de algunos países ajenos a la Comunidad, además de padecer muchas trabas e inconvenientes de todo tipo. Esto, está creando entre los agricultores españoles en general, y los ilicitanos en particular, una sensación de disgusto y desengaño, al comprobar la triste realidad de cada día.

Otro tanto se puede decir de los ganaderos, cuya situación actual es aun peor que la de los agricultores. Todo ello es consecuencia de las pésimas condiciones en que se llevó a cabo nuestra integración en lo que al sector agrario se refiere.

Quizás en otras zonas de España, con circunstancias distintas a las nuestras, pueda prosperar una agricultura rentable y competitiva de cara a los mercados europeos. Pero dudamos mucho de que en el campo de Elche pueda ocurrir tal cosa, por mucho empeño y voluntad que se ponga en ello.

Y si eso es así, mucho tendrán que cambiar las circunstancias actuales, para que esta decadencia que está experimentando la agricultura ilicitana, toque fondo y se intente iniciar un proceso de recuperación. Para que esto ocurra, entre otras cosas, los hijos de los agricultores que empiecen a ser adultos en los próximos años, tendrán que recuperar la ilusión por la agricultura que han perdido los jóvenes actuales. Pero para que este fenómeno se produzca tendrán que cambiar muchas cosas antes.

En los próximos años, con pequeños altibajos, esta tendencia decadente seguirá su curso de una forma acelerada. De ahí que a medio y largo plazo, seamos pesimistas respecto al porvenir de la agricultura ilicitana. Las razones de nuestro pesimismo, trataremos de exponerlas en los capítulos siguientes de este libro.

¡Ojalá nos equivoquemos en nuestras previsiones!

EL FUTURO DEL CAMPO DE ELCHE

En el mes de agosto de 1979 publiqué un artículo en la prensa local, titulado EL FUTURO DEL CAMPO DE ELCHE, que llamó mucho la atención y causó cierto revuelo, incluso se comentó en los medios universitarios alicantinos, ya que en él hacía algunas afirmaciones que a determinadas personas le causaron extrañeza. Y les causó extrañeza, sobre todo, a las personas ajenas a la agricultura que vivían un poco de espaldas al campo, cuando decía, entre otras cosas que, «a medio y largo plazo, el campo de Elche, agrícolamente, no tiene futuro», o también que «por pura lógica, tal como hoy la vivimos y entendemos, la agricultura ilicitana está abocada a una decadencia irreversible, y por lo tanto, carece de futuro». Estas afirmaciones se consideraron un tanto exageradas y fuera de lugar, pues no entendían cómo una agricultura que había sido siempre tan importante y significativa pudiera desaparecer por inanición, pudiera morir por agotamiento en el plazo de pocas décadas.

Un año después de publicarse este artículo, mi criterio no había cambiado lo más mínimo respecto a su contenido y a las

perspectivas de la agricultura ilicitana. Tanto era así, que el mencionado artículo lo incluí íntegramente en mi libro EL CAMPO, ENTRE LA MARGINACION Y LA ESPERANZA, que se publicó por aquellas fechas.

Pues bien, las afirmaciones que se hacían en aquel trabajo, siguen vigentes siete años después. Es más, yo diría que algunas de las circunstancias desfavorables que existían entonces y que nos hacían ser pesimistas respecto al futuro del campo de Elche, incluso se han agudizado más aún en los últimos tiempos, tales como el desmesurado incremento de los costos de producción, sobre todo, por el excesivo encarecimiento del agua del trasvase, que en estos momentos se está pagando a precios prohibitivos (3.175 pesetas los 180 m^3 de agua que componen la hora).

Como el contenido del presente libro va a ser, en definitiva, una ampliación del texto del artículo mencionado, pensamos que sería conveniente transcribirlo literalmente a continuación, para después, en base a su contenido, desarrollar este trabajo y llegar posteriormente a unas conclusiones globales de lo que a nuestro modesto entender va a ser el futuro del campo de Elche, partiendo de un presente de todos conocido.

El artículo en cuestión, decía lo siguiente:

«A medio y largo plazo, el campo de Elche, agrícolamente, no tiene futuro. Es doloroso que tengan que decir esto unos hombres que, por tradición familiar, han sido agricultores toda la vida y a través de muchas generaciones, y que sienten y aman, apasionadamente, la agricultura, porque intrínsecamente forma parte de su propia naturaleza. Pero tenemos que ser realistas y contemplar las cosas con desapasionamiento y objetividad. Y hacemos estos razonamientos en estos momentos en que, por parte de la Corporación Municipal, se han tomado acuerdos restrictivos en lo concerniente a conceder licencias de edificación en la mayor parte del campo de Elche con el pretexto de proteger y potenciar la agricultura ilicitana. Como es lógico, este acuerdo del Ayuntamiento ha originado un gran malestar y crispación entre los agricultores, por considerarlo enormemente lesivo para sus intereses, y así lo han manifestado por medio de diferentes escritos de protesta.

El contexto y las circunstancias futuras para la agricultura

española, lo mismo que para los demás sectores productivos, cambiará, radicalmente, respecto al presente, y mucho por supuesto, respecto al pasado. Por consiguiente, lo que ayer y hoy es viable, lógico y hacedero, mañana puede llegar a ser inservible, e incluso, contraproducente. El tiempo y la experiencia nos marcan la pauta a seguir y nos aconsejan lo que debemos hacer en cada momento.

La propiedad rústica en el campo de Elche, está muy repartida. Y debido al aumento constante de la población rural, a la vuelta de dos generaciones, difícilmente se encontrarán propiedades que superen las dos hectáreas de extensión, constituyendo casi todas ellas, verdaderos minifundios, en su más mínima expresión.

En el pasado, cuando las labores agrícolas se realizaban manualmente, o mediante caballerías, los costos de laboreo eran prácticamente los mismos, proporcionalmente, en las propiedades grandes que en las pequeñas. Pero hoy, y mucho más en el futuro, cuando la avanzada tecnología ponga al servicio de la agricultura todos los adelantos y la mecanización imprescindible, como está ocurriendo en los países más ricos y desarrollados, como Estados Unidos, por ejemplo, para hacer de la misma una actividad rentable y remuneradora, se tiene que partir, forzosamente, de unas parcelas con una extensión muy superior a la media que habrá en el campo de Elche en un futuro no muy lejano. Las naciones que componen el Mercado Común Europeo, al que ansiosamente intentamos integrarnos, y que para conseguirlo, no sabemos cuándo, estamos realizando desesperados esfuerzos, están llevando a cabo estudios sobre este particular, y consideran la parcela ideal para que tenga una correcta rentabilidad, la media de quince a veinte hectáreas de extensión. Por lo tanto, la pequeña explotación familiar será ruinosa, por no poder aplicar en ella toda la gama de maquinaria agrícola imprescindible que habrá que emplear para ahorrar mano de obra en los cultivos, con el consiguiente abaratamiento de costos. Aunque en parte, esto pueda paliarse con el agrupamiento de los agricultores en cooperativas agrícolas, grupos sindicales o entidades similares, nunca podrán competir en igualdad de condiciones con los agricultores que poseen unas parcelas de tierra en sus explotaciones agrarias con una extensión y caracte-

rísticas apropiadas, para poder aplicar en ellas todos los adelantos que la ciencia y la investigación pongan al servicio de la agricultura. Pero, es que además, hay otro factor importantísimo a tener en cuenta, y es que en la planificación que la agricultura española está pidiendo a gritos, es imprescindible una racional ordenación de cultivos a escala nacional, después de un concienzudo estudio de todos los factores determinantes, como son la climatología, pluviometría, características y condiciones de la tierra, posibilidades de riego, demanda de productos agrarios para el consumo, tanto humano como animal en concepto de piensos, preferencias de los consumidores por determinados productos en detrimento de otros, tanto en los mercados nacionales como extranjeros que, indudablemente, estarán expuestos a una feroz competencia por parte de otras naciones exportadoras que concurrirán a ellos con los mismos productos que nosotros. Esto, claro está, en el supuesto de que más pronto o más tarde, nos integremos en la Comunidad Económica Europea, de pleno derecho, como esperamos y deseamos, para que nuestro trabajo sea rentable y nuestros productos competitivos en los mercados foráneos. Estos prioritarios objetivos, sólo los podremos conseguir si partimos de tierras nuevas y de fincas de una extensión apropiada, como existen en los campos de Cartagena, por ejemplo, que al recibir las aguas dulces del trasvase Tajo-Segura, puedan adaptarse a los cultivos que los imperativos circunstanciales manden a partir de ahora, después de los análisis y estudios pertinentes. Pero ¿cómo podemos hacer esto en el campo de Elche con predios minúsculos de dos, cinco o diez tahullas, donde generalmente hay palmeras, higueras, olivos, almendros, etc., en anárquica mescolanza? ¿Es viable desde el punto de vista de la rentabilidad, la planificación en parcelas de estas características? ¿Podrán vivir en el futuro, con cierto desahogo, las familias campesinas ilicitanas, con el producto de sus explotaciones, dadas sus mínimas dimensiones? A estas tres interrogantes, tenemos que contestar negativamente, mal que nos pese, no obstante la proliferación de invernaderos en los últimos tiempos, a lo largo y ancho de todo el campo de Elche, hasta el extremo de que está cambiando la fisonomía tradicional de la agricultura ilicitana.

Y está ocurriendo lo mismo con la ganadería. Generalmente,

los agricultores ilicitanos han sido y siguen siendo aún, aunque en menos cuantía, ganaderos al mismo tiempo, de una manera complementaria. Pero las grandes explotaciones ganaderas, al estar más mecanizadas, producen carne y leche a menor costo que las pequeñas explotaciones familiares que, lógicamente, al no ser rentables, van desapareciendo paulatinamente de una forma irreversible. Tenemos en el campo de Elche numerosos casos de pequeños ganaderos, personas honestas y trabajadoras que han perdido mucho dinero en este negocio, incluso todo su patrimonio particular. Es un fenómeno generalizado al cual no nos podemos sustraer.

Otro factor no menos importante a tener en cuenta, es el factor humano de la cuestión. El 80% de los hombres que trabajamos directamente la tierra, en el campo de Elche, tenemos una edad superior a los 50 años y más del 50% una edad superior a los 60. La mayoría de los hijos de los agricultores en activo, no quieren saber nada de la agricultura y se han ocupado en otras actividades que consideran más cómodas y atractivas y, por supuesto, menos esclavizantes y sacrificadas que la de sus padres, unos por propia iniciativa y otros impulsados por sus progenitores, que quieren para ellos una vida más desahogada que la suya.

A la vista de estos datos, ¿que pasará en el campo de Elche a la vuelta de unas décadas, cuando por ley natural tengamos, forzosamente, que dejar nuestra actividad y no haya detrás de nosotros quien nos reemplace? ¿Volverán nuestros hijos y nuestros nietos a trabajar en el campo de nuevo, cuando haya probado ya otras actividades, otras costumbres, otras formas de vida más cómodas, menos sacrificadas? Desde luego que no. ¿Qué pasará, entonces, en el campo de Elche? ¿Quién trabajará la tierra con el mismo espíritu de sacrificio que hoy la trabajamos y conservamos nosotros? ¿No estaremos, de alguna manera, contribuyendo a la aceleración de este proceso de desertización del campo de Elche si nos empeñamos en ponerle trabas y dificultades con el pretexto de que tratamos de protegerlo y favorecerlo?

Tal vez que algunos piensen que es demasiado sombrío el panorama que hemos tratado de esbozar para la agricultura ilicitana, a pocos años vista. Pero, teniendo en cuenta los facto-

res analizados y lo que supone el pueblo de Elche, como núcleo generador de riqueza, desde el punto de vista industrial, comercial y de servicios y, en consecuencia, sumamente absorbente de todo lo que radica a su alrededor, tenemos que convenir que por pura lógica, tal como hoy la vivimos y entendemos, la agricultura ilicitana está abocada a una decadencia irreversible, y por lo tanto, carece de futuro.

La creciente demanda de pequeñas parcelas de tierra para edificar, con la consiguiente revalorización de la misma, es otro factor que va en contra de la agricultura tradicional y le va restando espacio cada día que pasa».

Hasta aquí el texto del artículo escrito hace siete años y que hoy conserva toda su vigencia. En base a este texto fundamentaremos el contenido del libro que tratamos de escribir sobre la problemática de la agricultura ilicitana, con la mirada puesta en el futuro.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

LA PERDIDA DE UNAS SEÑAS DE IDENTIDAD

Hasta hace unas décadas, los agricultores ilicitanos, formaban un colectivo importante, con unas señas de identidad autóctonas y muy bien definidas, unas señas de identidad características, que se manifestaban en todos los aspectos y sentidos de su vivir diario, y que iban desde la vestimenta que usaban hasta la forma de cultivar la tierra. Estas señas de identidad diferenciadoras, conformaban su propia cultura, cultura que se transmitía de padres a hijos, a través de las generaciones, y que se ha ido difuminando poco a poco, al paso de los años, hasta desaparecer casi por completo, en esta época moderna, tan propensa a los cambios y mutaciones.

Una de las señas de identidad más significativas de los agricultores ilicitanos, aunque poco ostensibles, era su amor a la tierra que cultivaban y a la profesión que ejercían, amor que, en la mayoría de los casos, llegaba al apasionamiento. En términos generales, estos agricultores se mostraban orgullosos de serlo, y había una sana rivalidad entre los mismos por ver quién

de ellos hacía las labores agrícolas con más esmero y perfección. El superar a los demás, en este sentido, era motivo de gozosa satisfacción para todos aquellos que lo conseguían.

Los agricultores ilicitanos del pasado, sentían por las propiedades rústicas que poseían y cultivaban, un afecto ejemplar, particularmente, si esas propiedades eran heredadas de sus antepasados, como ocurría en la mayoría de los casos. No se desprendían de estas propiedades si no era por una necesidad extrema, y en el supuesto de que tuvieran que hacerlo por alguna circunstancia adversa, lo lamentaban profundamente, como si se tratara de la pérdida de un miembro de la familia.

Vivían (con las excepciones de rigor), con una dedicación exclusiva a la agricultura, ejerciendo su trabajo diario como un sacerdocio, sin límites de edad, de horarios ni de esfuerzos, y además, con unas condiciones bastante difíciles y duras, en la mayoría de los casos. En épocas de sementera o de recolección de la cosecha (entonces el cultivo mayoritario en el campo de Elche eran los cereales), la ejecución de las labores agrícolas, estaba por encima de los domingos y días festivos. En esos casos, el trabajo primaba sobre todo lo demás, con una atención preferencial a la realización del mismo.

Su aprovechamiento del tiempo y del dinero, fue siempre proverbial. Tanto de uno como del otro, eran ahorrativos hasta la exageración, sobre todo del dinero. Esto lo hacían por pura y simple necesidad, pues como los ingresos, generalmente, eran escasos, a la peseta que recogían le hacían siete nudos, gastando solamente lo estrictamente imprescindible, en previsión de lo que pudiera ocurrir en el futuro. Como los cultivos estaban siempre expuestos a muchos contratiempos, sobre todo, de tipo meteorológico, la seguridad de unos ingresos, provinientes de la tierra, era siempre muy relativa y problemática. De ahí la necesidad de ahorrar a toda costa, dosificando al máximo los gastos de todo tipo. Al no haber tampoco seguridad social agraria, como ocurre ahora, para cubrir la asistencia sanitaria y asegurarse una pensión de jubilación, trataban de ahorrar, peseta a peseta, para poder formar un fondo de reserva, con el fin de poder hacerle frente a cualquier contingencia adversa que les pudiera reservar el futuro. A esta tendencia ahorrativa tan generalizada, le llamaban, coloquialmente, «alforrar pa la ve-

llea» (ahorrar para la vejez).

Aunque poseyeran un patrimonio particular relativamente grande, habitaban en viviendas rurales sencillas y amuebladas modestamente, sin ningún signo de ostentación. Y en cuanto a su esfuerzo y dedicación en el trabajo de cada día, no se diferenciaban en nada los terratenientes de los asalariados. Todos trabajaban por igual, mientras tuvieran fuerzas físicas para ello.

Por otra parte, no es que los agricultores ilicitanos formasen un compartimento impenetrable, encerrado en sí mismo, pero sí que procuraban mantener inamovibles sus propias características y peculiaridades, sus hábitos de vida y sus costumbres tradicionales. En este sentido, era poco frecuente que emparentasen con familias que no fueran de su propio entorno y condición, pues las relaciones de amistad o amorosas entre los chicos y las chicas, salvo raras excepciones, siempre nacían y se desarrollaban dentro de unos estrechos círculos de estricta vecindad, que raramente traspasaban los límites de la partida donde vivían, o como máximo, los del término municipal. Eran muy frecuentes también los emparejamientos entre primos hermanos o primos segundos. En muchos de estos casos, la razón principal que les impulsaba a esta unión, al margen del afecto personal, era el poder unir de nuevo unas propiedades que dos generaciones antes habían pertenecido al patrimonio de la misma persona, persona que a su vez, era antepasado directo de ambos.

Pero en cualquier caso, lo normal era que los hijos de agricultores se casasen con hijas de agricultores del mismo entorno, todos criados y aducados con arreglo a las mismas costumbres y normas de vida y hablando el mismo lenguaje coloquial, es decir, el valenciano del campo de Elche.

El espíritu de seriedad tendente al estricto cumplimiento de los compromisos adquiridos, estaba muy desarrollado entre los agricultores ilicitanos del pasado. La palabra empeñada tenía para ellos más fuerza moral que un documento notarial, hasta el extremo de que resultaba muy raro el que la incumplieran, sin mediar unas muy justificadas razones para ello. En sus comportamientos diarios, respetaban escrupulosamente las costumbres y tradiciones heredadas de sus antepasados, y tenían muy en cuenta el «qué dirán». De ahí el que procuraran, por todos los medios, el seguir unas normas de conducta intachables, pa-

ra que su reputación y honestidad no sufriera merma a la vista de los demás.

A pesar de su desconfianza proverbial, como padecían todos los mismos problemas y necesidades, eran bastante solidarios entre sí, no obstante vivir bastante aislados unos de otros. El amor a la tierra y a la profesión que sentían todos por igual, establecía entre ellos unos vínculos de afinidad muy consistentes, como componentes del mismo colectivo.

En la actualidad, las cosas han cambiado mucho en el campo de Elche, en todos los sentidos. Esa cultura tradicional tan característica, fundamentada en la forma de cultivar la tierra, ha desaparecido casi por completo. Hoy se cultiva la tierra aquí con los mismos tractores e idénticos aperos que son empleados en las demás comarcas españolas de las mismas características. Lo mismo ha ocurrido con los demás signos culturales que les diferenciaban de los otros colectivos: vestidos, gastronomía, bailes, tradiciones, etc., ya que actualmente, los agricultores ilicitanos visten, comen y se divierten de la misma manera que lo hace la gente de la población. Lo mismo ocurre con las viviendas rurales, ya que las nuevas viviendas que se construyen las gentes del campo, no tienen ni el más remoto parecido, en cuanto a su estilo arquitectónico, con las viviendas tradicionales que se construyeron hasta hace unos años. Las nuevas construcciones son de formas y aspectos distintas unas de otras, idénticas a las que se construyen la gente de la población, como segunda vivienda, en las pequeñas parcelas de tierra que adquirieron con tal fin.

El amor a la tierra y a la profesión que sentían los agricultores ilicitanos del pasado, se ha resquebrajado por completo, en las nuevas generaciones de campesinos. En la actualidad, de cada diez jóvenes, hijos de agricultores, ocho han desertado del campo de Elche y no quieren saber nada de la agricultura. Incluso, hijos de agricultores bastante acomodados, con fincas muy productivas, no quieren saber nada de la profesión de sus padres, y tratan de buscar otros horizontes profesionales en la industria, el comercio, los servicios, la docencia, etc. Salvo raras excepciones que confirman la regla general, la agricultura, para ellos, ya no tienen ningún atractivo.

Los emparejamientos entre jóvenes campesinos, ya no se

producen según los cánones que observaban sus antepasados. En la actualidad, se emparejan según la preferencia, la afinidad y la voluntad de cada cual, sin tener en cuenta para nada, otra clase de consideraciones. Al haberse ampliado más el círculo de relaciones y amistades entre los jóvenes campesinos, lo mismo se casan entre sí, que con otras personas residentes en la población de Elche o de otros lugares más alejados.

Los nuevos tiempos han traído nuevas costumbres y nuevas formas de vivir, más acordes con la realidad actual. Eso ha ocurrido en todas partes, y el campo de Elche que no podía ser una excepción, ha experimentado también, en ese sentido, notables cambios y mutaciones, en el transcurso de pocos años. Los escasos vestigios de esas señas de identidad que caracterizaban a los agricultores ilicitanos de los pasados tiempos, y que están en trance de desaparecer, sólo se conservan, en parte, en las personas de edad avanzada que aun permanecen en el campo cultivando la tierra y que no saben vivir de otra forma distinta a como vivieron siempre.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

EL ENVEJECIMIENTO DE LA POBLACION ACTIVA CAMPESINA

El excesivo envejecimiento de la población activa campesina, es la tónica general entre todos los agricultores españoles. Este hecho en consecuencia lógica de esa progresiva emigración de la juventud de los medios rurales, en busca de otros horizontes de trabajo, emigración que se inició en la década de los años sesenta y que no se ha detenido aún, sino todo lo contrario. Todos estos jóvenes que se alejaron de los campos, emigraron hacia el extranjero y también hacia las poblaciones industriales españolas, tratando de encontrar otras ocupaciones en la industria o los servicios, que les permitíera vivir de una forma más cómoda y menos sacrificada que habían vivido sus padres.

Hubo casos, aunque en menor cuantía, en que también salieron para cursar estudios universitarios y poder escalar así algunos peldaños en los ambientes sociales y en la consideración de las gentes, a la vez que incrementaban su bagaje de conoci-

mientos. Lo cierto es que por una u otra causa, un elevado porcentaje de agricultores jóvenes abandonaron la profesión de sus padres para integrarse en otros medios sociales y laborales.

En lo que al campo de Elche se refiere, ese notable envejecimiento de la población activa campesina, aun es mayor de lo que lo es en la media nacional. Y eso es lógico, por ser Elche un pueblo absorbente en todos los sentidos, muchos jóvenes campesinos dejaron de cultivar la tierra y se alejaron de la explotación familiar, que se quedó a cargo de sus padres. Ocurrió, precisamente, lo contrario de lo que debería de haber ocurrido en buena lógica, y ahora resulta que muchas personas mayores, agricultores de toda la vida, no tienen, detrás de ellos, quien les reemplace para ponerse al frente de la explotación familiar, cuando ya están inmersos en la edad de jubilación y por pura y simple necesidad, tienen que seguir trabajando, mal que les pese, o dejar las tierras incultas. Esa es la causa principal por la cual encontramos tantas personas mayores trabajando todos los días en el campo de Elche.

Para escribir este trabajo, hemos recabado información de la Cámara Agraria Local, a través de su relación de afiliados a la misma, tanto de trabajadores por cuenta ajena como por cuenta propia. Y entre el conjunto de ese colectivo de agricultores, en un muestreo bastante significativo (200 personas seguidas, revisadas por orden alfabético, que diferirá muy poco de todo el conjunto), tienen las siguientes edades: menores de 30 años, el 2%; (aquí hay que hacer una salvedad, y es que, hasta los 25 años, dependen de la cartilla del padre para la seguridad social, y por consiguiente, generalmente, no se dan de alta hasta después de esa edad); entre 30 y 40 años, el 5%; entre 40 y 50 años, el 13%; entre 50 y 60 años, el 29%; entre 60 y 70 años, el 33%; entre 70 y 80 años, el 14%, y mayores de 80 años, el 4%.

Estos datos son muy elocuentes. Detengámonos en algunos de ellos. Por ejemplo, llama mucho la atención que entre los 30 y 40 años que es la edad de la plenitud, sólo hay un 5% de agricultores ilicitanos, y de 40 a 50 solamente un 13%, ambas cifras demasiado bajas. En cambio, de 60 a 70 años hay nada menos que el 33%, y mayores de 65 años, es decir, la edad de jubilación hay el 36%, o lo que es lo mismo, más de la tercera parte del total.

Estos datos son francamente preocupantes y la lectura de los mismos nos lleva a la siguiente conclusión: si de aquí a pocos años esta tendencia no se invierte, a la vuelta de dos décadas, el campo de Elche se va a quedar, prácticamente, sin brazos útiles para el trabajo. Y de seguir por el mismo derrotero las actuales circunstancias, dudamos mucho que esta tendencia se modifique.

Se nos dirá que tanto a escala nacional como a escala local, tiene que disminuir la población activa campesina (actualmente, a escala nacional está alrededor del 17% del conjunto de la población, mientras que en los países de agriculturas más desarrolladas, como Israel, Holanda y Estados Unidos, por ejemplo, oscila sobre el 7%) eso es cierto. Pero por este camino, la agricultura ilicitana se va a quedar, a la vuelta de la esquina, completamente anquilosada, por falta de savia joven en aquellos que la practican.

Con agricultores de estas edades, ¿cómo se va a hacer la reconversión que la agricultura ilicitana está pidiendo a gritos? Eso es, prácticamente, imposible. A lo máximo que se puede aspirar es a ir decayendo de una forma irreversible, sin apenas posibilidades de supervivencia.

En los últimos tiempos, la Administración ha dictado algunas leyes y ha habilitado ciertas ayudas tendentes a favorecer a los agricultores jóvenes que empiezan a trabajar por cuenta propia, al frente de sus explotaciones familiares. Pero estas normas legales y ayudas ofrecidas hasta ahora, no han sido suficientes para que la juventud viera en la agricultura el suficiente atractivo para que quisieran dedicarse a ella, y de esta forma se invirtiera la tendencia actual a la desertización de los campos que tanto preocupa en estos momentos.

El problema es de una importancia capital y habrá que buscarle la terapéutica apropiada para subsanarlo. De que no va a ser tarea fácil encontrarle una solución idónea, de eso estamos convencidos. Pero algo habrá que hacer si de verdad queremos que la agricultura no desaparezca por completo a la vuelta de pocos años, en lo que al campo de Elche se refiere.

La agricultura ilicitana necesita, imperiosamente, rejuvenecerse a toda costa. Le va en ello el ser o no ser. Así de fácil y sencillo.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

HAY QUE CAMBIAR LOS METODOS DE CULTIVO

Por pura y simple necesidad, la agricultura tiene que ir modernizándose a pasos agigantados, buscando una reducción de los costos de cultivo y una mayor producción con un mínimo esfuerzo. Y esta modernización, no tiene que consistir solamente en una mayor mecanización para poder realizar todos los trabajos agrícolas, sino también en cambiar los métodos de cultivos tradicionales para ir adaptándolos a lo que demandan las nuevas circunstancias.

Para llevar a cabo toda clase de labores agrícolas, existe actualmente en el mercado la maquinaria apropiada que puede liberar al hombre del fatigoso esfuerzo que supondría el hacerlo manualmente, como siempre lo hizo. En ese sentido, aunque existen otras agriculturas mucho más mecanizadas que la nuestra, aquí en España, excepto trabajos aislados y específicos, todas las labores del campo se pueden hacer también mecánicamente.

Esta circunstancia, la tienen muy bien asumida los agricultores ilicitanos. Lo que ya no asumen con tanta facilidad, es

el cambiar de métodos de cultivo. Para eso, salvo raras excepciones, se muestran algo reacios, pues siempre mostraron cierta resistencia a los cambios y modificaciones en sus métodos de trabajo habitual. No obstante, y aunque lentamente, algunos ya empiezan a darse cuenta de que todas las cosas tienen que ir cambiando, para que su trabajo tenga alguna rentabilidad, que es, en definitiva, de lo que se trata.

Donde más cambios se observan es en el cultivo de determinadas hortalizas, particularmente en los tomates, tanto en invernaderos como a la intemperie. Y estos cambios se producen desde un principio, es decir, desde la preparación de la tierra y el vivero. Antes, los viveros, se hacían en tierra, sembrando la semilla a voleo, y en el momento oportuno, se trasplantaban las plantas, con el consiguiente quebranto para las mismas, que todo trasplante lleva consigo. Ahora, como las semillas que se emplean en estos momentos son híbridas, y por consiguiente, importadas del extranjero y pagadas a precio de oro (en España, la investigación en ese campo, como en otras muchas cosas, está en pañales) para su máximo aprovechamiento, se hacen los viveros por el sistema de cepellón, poniendo una sola semilla a cada uno de ellos. De esta forma, además de ahorrarse semilla, las plantas no padecen lo más mínimo con el trasplante, lo que es una ventaja.

Por otra parte, antes, la preparación del terreno, que es muy costosa, sólo servía para plantar una sola cosecha de tomates, y cada año que se repetía la plantación, había que repetir también los mismos trabajos de laboreo con los costos que esto comporta. Esto se puede evitar, pues es el caso que desinfectando la tierra adecuadamente, en el mismo bancal, sin realizar labor alguna, se puede repetir varias veces la misma cosecha de tomates, sin detrimento ni merma en la producción.

Y no es esto sólo. Hasta ahora, las plantas de lo tomates se sostenían a base de un entramado de cañas, unas de pie, cuya base estaba metida en la tierra y otras cruzadas y sujetas con hilos o esparto a las primeras. Estas cañas, al finalizar la cosecha, había que quitarlas, deshaciendo el entramado y la mayor parte de las mismas, ya no servía para otra vez. Así es que entre el detrimento de las cañas y los trabajos de ponerlas y quitarlas, suponía un gasto considerable que incrementaban enor-

memente los costos de cultivo.

Para evitar estos gastos y trabajos, ahora ya empiezan a prescindir de las cañas, que son sustituidas por unos palos, más o menos como los que sostienen los parrales, puestos a pares y sujetos por alambres cruzados. En estos casos, las tomateras se sostienen sobre unos hilos de plástico colocados verticalmente, hilos que a su vez, se cruzan con los alambres.

Como en el mismo bancal se pueden plantar tomates varios años seguidos, sin mover la tierra para nada, este entramado de palos y alambres, no hay que moverlo mientras tanto. Además, cuando se quitan los palos y los alambres, tanto uno como el otro, sirven para utilizarlos otras veces. Así, los gastos, por este concepto, son más reducidos.

Esta forma de cultivar los tomates, ya hace varios años que se viene practicando en las zonas costeras de las provincias de Almería y Granada, aunque allí, actualmente, casi todos los tomates se cultivan en invernaderos bajo plástico, lo mismo que las demás hortalizas. Aquí en el campo de Elche están empezando ahora a introducirse estos nuevos métodos de cultivo, ya que en esto, como en muchas cosas, vamos a remolque de lo que ocurre en otras zonas más avanzadas agrícolamente.

Esto que acabamos de exponer, es sólo un ejemplo de ese cambio tan radical que se está experimentando en los métodos de cultivo, aplicado a determinadas plantas. Como éste, hay otros muchos casos en que se pueden introducir muchos cambios y modificaciones en la forma de cultivar las plantas y los árboles, con miras a reducir los gastos y aumentar la producción, cambios y modificaciones que tendrán que asumir los agricultores ilicitanos si no quieren perder el tren de la modernidad. Renovarse o morir. No hay otra opción, de cara al futuro.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

CULTIVOS TRADICIONALES

Planificar, en agricultura, con visión de futuro, siempre resulta difícil y arriesgado, sobre todo, cuando se trata de planificar cultivos arbóreos, buscándole una mayor rentabilidad a las cosechas que se obtengan. Porque un árbol, después de plantado, por término medio, tarda cinco años en empezar a dar fruto, y diez para que esté en plena producción, y en una década pueden pasar muchas cosas, en unas circunstancias tan cambiantes y mudables como las actuales.

Hasta principios de siglo, los cultivos arbóreos más tradicionales y característicos del campo de Elche, fueron las palmeras, los olivos, las higueras, los granados y los garroferos. Después, al empezar a regar con aguas dulces elevadas de los sobrantes de la Vega Baja del Segura, empezaron a plantar almendros por todas partes, hasta el extremo de llegar a ser en estos momentos, los árboles más abundantes del campo ilicitano. Esto fue así hasta la década de los años 60, en que por falta de rentabilidad, los agricultores del campo de Elche empezaron a perder interés por la mayoría de estas variedades arbóreas que habían prevalecido siempre, y por consiguiente, los

arrancaban para sustituirlos por otros distintos. Y para reemplazar a los árboles que arrancaban, se plantaron limoneros, naranjos y parrales, entre otras variedades, siendo estos tres cultivos, después de los almendros, los más importantes y numerosos actualmente, al mismo tiempo que iban desapareciendo las higueras, las palmeras, los olivos y los garroferos, sobre todo los garroferos, hasta el extremo de haber desaparecido casi por completo.

Pero a los pocos años de iniciarse esta nueva tendencia, ya se empezó a dudar de que estos cultivos fueran los más apropiados y rentables para estas tierras. Y lo que en un principio se creyó que eran los árboles que tenían más futuro, la realidad se encargó de demostrar que tal cosa ofrecía muchas dudas. Y se comprobó que en naranjos no podíamos competir con Valencia, ni en limoneros con Murcia, ni tampoco podíamos competir en uva de mesa con Novelda y sus alrededores, que tradicionalmente se habían dedicado de una manera intensiva a este cultivo, o con los campos del norte de Orihuela, donde los pa-



Huerto de granados cargados de fruto en la época de la recolección.

rales, de unos años a esta parte se han multiplicado por diez, en unos terrenos muy apropiados para ellos. Tampoco podemos competir en los nísperos con Callosa de Ensarriá y su comarca, ni con Lérida en las peras y las manzanas, y menos aún con la Vega Alta del Segura en cuanto a los albaricoques y los melocotones.

Pero es que además de que por todos estos lugares mencionados se hacen mejor que aquí sus frutos más característicos, resulta que los precios de estos productos, cuando aquí se cosechan, no son tampoco todo lo rentables que se esperaba que fueran, sobre todo, por lo excesivamente cara que pagamos el agua de riego en el campo de Elche. El único lugar que riegan con aguas más caras aún que en Elche, es en la zona de Novelda, donde además de cara está escasa, como ocurre aquí también en la mayoría de las veces. Y de esta forma, muchas plantaciones que se hicieron hace pocos años, creyendo que tenían una gran rentabilidad, resulta que al dar fruto, nos damos cuenta de que no son tan rentables como suponíamos, como está ocurriendo con las peras, las manzanas, los nísperos y también con la uva de mesa.

Todo esto crea un gran desconcierto entre los agricultores



Hermoso ejemplar de garrofero, uno de los pocos que quedan en el campo de Elche.



Conjunto de olivos con gran cosecha de aceitunas en plena maduración

ilicitanos, pues en muchas ocasiones no saben a qué carta quedarse, ni qué cultivo poner en sus tierras, porque con el paso de los años observan que no hay nada seguro respecto a conseguir una rentabilidad media aceptable.

Por otra parte, ahora resulta que los mismos árboles que se arrancaron hace pocos años por carecer de rentabilidad, ahora, con el paso del tiempo, vuelven a ser rentables de nuevo. Y son, precisamente, los árboles más característicos de la agricultura ilicitana. Tal es el caso de los granados, las higueras y los garroferos, cuyos frutos ocupan los primeros lugares en cuanto a los precios se refiere. Otro tanto está ocurriendo con las palmeras, ya que en la década de los años 70 se enterraron muchas por los propios agricultores ilicitanos, o se regalaron a los viveristas que hicieron su agosto a costa de los mismos. Y esto fue así porque todas estas palmeras regaladas o compradas a precios irrisorios, las vendieron a buenos precios para adornar parques y jardines de muchas ciudades españolas, obteniendo por las mismas buenos beneficios.

A la vuelta de pocos años, las palmeras pueden volver a tener una gran rentabilidad, como árboles ornamentales, con tal de que se regule su cultivo de una manera correcta y racional.

Lo cierto es que actualmente, en el campo de Elche, ya nadie arranca garroferos (quedan muy pocos en pie) ni granados y menos aún higueras, sino todo lo contrario, ya que se están invirtiendo los términos, al volverse a plantar de nuevo, porque han vuelto a ser rentables, como lo fueron antes. Y además, con la particularidad de que estas tres especies arbóreas admiten las aguas de una calidad media y baja que son las que más abundan y las más baratas que tenemos aquí.



Plantación regular de higueras, con un árbol de gran tamaño al frente.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

LA INDUSTRIA, COMO COMPLEMENTO DE LA AGRICULTURA ILICITANA

Hasta la década de los años 60, las familias campesinas ilicitanas, salvo raras excepciones, se ocupaban sólo y exclusivamente, de realizar trabajos relacionados más o menos directamente, con la agricultura y la ganadería. En términos generales, los agricultores ilicitanos, lo eran por completo y a todos los efectos, siendo muy raros los casos en que la agricultura se compartía con otra profesión ajena a los trabajos del campo. Y eso ocurría tanto en las mujeres como en los hombres. Lo normal era que se viviese en el campo y se trabajase en la tierra como única ocupación. Esto fue así durante esa época de posguerra en que la agricultura ilicitana fue sumamente próspera, la más próspera y rentable de los últimos tiempos.

Pero al iniciarse la mecanización de la agricultura, en la década de los años 60, la máquina sustituyó al hombre y la caballería, ya que se encargaba de hacer la mayor parte de los trabajos que hasta entonces se habían realizado manualmente o

con aperos de tracción animal. Por este motivo, en el campo disminuyó la ocupación y sobraba gente.

Esta época coincidió con la eclosión de la industria del calzado en Elche y que absorbía toda la mano de obra disponible, tanto la ilicitana como la de la masa de inmigrantes que afluían a Elche desde muchas regiones atraídos por el señuelo de una ocupación segura en una industria en expansión.

A partir de esos momentos, muchos agricultores empezaron a alternar sus ocupaciones habituales con otros trabajos ajenos a la agricultura. Esto fue positivo, ya que para muchas familias campesinas, el cobro de unos jornales a finales de semana, siempre eran bien recibidos, máxime cuando la agricultura iba perdiendo rentabilidad y paralelamente, disminuían los ingresos procedentes de la misma. Entonces se inició el abandono de la agricultura por parte de muchos campesinos, sobre todo de los más jóvenes, que buscaron trabajos alternativos en la industria y los servicios. Trabajar en la población los jóvenes campesinos, llegó a ser un fenómeno corriente y normal. Esta tendencia se incrementó con el paso de los años, hasta el extremo de que en la actualidad, más del 80% de los trabajos agrícolas los realizan las personas mayores, como se explica más detalladamente, en otro capítulo de este libro.

Además del trasvase de gente de la agricultura a la industria, la industria de por sí, empezó a invadir los ámbitos rurales, pues además del Polígono Industrial de Altabix, ubicado fuera de la población, se construyeron también muchas naves industriales en terreno rural por todo el campo de Elche, particularmente, en los aledaños de las carreteras secundarias.

En esa lucha desigual entablada entre la industria y la agricultura ilicitana, la industria llevaba todas las de ganar, pues mientras ésta iniciaba una época próspera y expansiva, la agricultura acusaba los síntomas de una notable decadencia, por falta de rentabilidad.

Además del gran número de naves construidas en pleno campo, para dedicarlas expresamente a las actividades industriales, restándole suelo a la agricultura, centenares de viviendas rurales las dedicaban también a pequeñas industrias y talleres clandestinos donde se ocupaba mucha gente, particularmente, del campo, en trabajos auxiliares.

Una política permisiva por parte del Ayuntamiento, favoreció el que muchas industrias se ubicaran en zonas rurales, proliferando así las fábricas por todas partes. Si además de eso, una carencia absoluta de inspección, permitía la existencia de un gran número de pequeñas factorías y talleres clandestinos situados en casas rurales, la industria, poco a poco, iba incrementando su protagonismo, en detrimento de la agricultura, incluso en su propio espacio territorial.

Pero no todo era negativo en esta cuestión, pues la industria proporcionaba muchos ingresos a las familias campesinas por los trabajos realizados y también en concepto de alquileres por las viviendas y almacenes que cedían en arriendo a los pequeños fabricantes.

La expansión industrial, junto con la demanda de suelo para edificar miles de chalets, como la segunda vivienda de mucha gente de la población, (fenómeno que se puso de moda en la década de los años 60, como consecuencia del incremento del nivel de vida de la clase media y baja), propició el que el valor

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR



Una de las muchas naves industriales que hay esparcidas por todo el campo de Elche.

de la tierra subiera como la espuma. Esta circunstancia motivó el que se vendieran también muchas parcelas de tierra para edificar, restándole más espacio a la agricultura.

Para muchos agricultores, la venta de una pequeña parcela de tierra para edificar, les posibilitaba el poderse comprar un tractor o cubrir otra necesidad cualquiera, venta que en la mayoría de los casos, no se hubiera llevado a cabo si el producto de su trabajo le hubiesen cubierto holgadamente sus necesidades. Y se daba la circunstancia paradógica de que mientras la tierra subía de precio, la rentabilidad de la agricultura disminuía.

Pero al margen de estas consideraciones, lo cierto es que a partir de esos momentos, un gran porcentaje de los ingresos que entraban regularmente en el campo de Elche, no procedían de la agricultura, sino de la industria. La mayoría de las mujeres campesinas jóvenes, se ocupaban como aparadoras del calzado. Muchas de ellas retiraban este material directamente de las fábricas y en otros casos, los propios fabricantes lo llevaban a los domicilios de las aparadoras, de donde lo recogían después de ultimado el trabajo. Este trabajo de aparado, lo hacían a destajo y entre los fabricantes y las aparadoras campesinas, no existía más compromiso ni relación laboral que el pago semanal de las cantidades correspondientes al trabajo realizado, según el precio establecido previamente.

Esta forma de trabajo, les permitía a las mujeres, sin moverse de sus casas, aprovechar las horas libres que les dejaban sus ocupaciones domésticas, consiguiendo, al mismo tiempo, unos ingresos complementarios de los del cabeza de familia, que les ayudaba al sostenimiento de los gastos familiares.

Los fabricantes aún se favorecían más, pues haciendo estos trabajos de aparado fuera de sus factorías, se ahorraban tener personal fijo en plantilla, con los consiguientes gastos de seguridad social. Al no existir compromiso inherente al asalariado fijo, a estas aparadoras sólo se les daba trabajo cuando interesaba y había de sobra. En caso contrario, legalmente no podían reclamar nada si se veían obligadas a cesar en su actividad.

No obstante estas relaciones laborales anómalas y un poco extrañas, lo cierto es que por estos trabajos de aparado hechos

a destajo, entraban en el campo de Elche muchos millones de pesetas al año como ingresos complementarios de la agricultura, como una ayuda significativa para muchas familias de pequeños agricultores ilicitanos.

Aunque en la población también había aparadoras en estas condiciones, era en los ámbitos rurales donde más abundaban.

A partir de 1986, las circunstancias han cambiado mucho en este sentido. Al implantarse el I.V.A., condición obligada para nuestra integración en la Europa Comunitaria, muchos talleres clandestinos ubicados en las zonas rurales, han tenido que legalizarse o han desaparecido. Por otra parte, los fabricantes pretenden que las aparadoras que trabajan en sus domicilios, se den de alta en la Seguridad Social como trabajadoras por cuenta propia, con el costo tan elevado que esto les supondría. Es ésta una cuestión muy debatida entre los industriales, las centrales sindicales y el propio colectivo de aparadoras, a la que tendrán que encontrarle una solución justa y razonable, compaginando todos los intereses que hay en juego.

De todas formas, lo incuestionable es que muchas familias de agricultores ilicitanos, en parte, siguen viviendo de la industria.

MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

EL ALGODON, COMO ALTERNATIVA

El cultivo del algodón en el campo de Elche, en los últimos tiempos, se ha ido incrementando de año en año. Excepto en el 83 y el 84 en que se sembró muy poco debido a la sequía y a la falta de agua de riego, en los demás años ha gozado de las preferencias de los agricultores ilicitanos que le han dedicado muchas tierras al cultivo de esta planta industrial. Tanto es así que en el año 1985 se sembraron en el campo de Elche unas 21.500 tahúllas de algodón y en el 86, 26.000, con un incremento aproximado del 20%. Estas cantidades son ciertamente importantes, pasando a ser el algodón, en la actualidad, el cultivo herbáceo mayoritario del campo de Elche.

Esta preferencia de los agricultores ilicitanos por el cultivo del algodón, está más que justificada, pues descartados los cereales por ser poco rentables y cansados de plantar hortalizas de invierno y de verano, ya que en la mayoría de los casos, el variable valor de sus productos no les compensa tampoco de los elevados costos de producción que precisan, prefieren ir a lo seguro. Y lo seguro es el algodón, porque a priori ya saben

a cómo van a vender la cosecha que producen. Y además de saber anticipadamente a cómo van a cobrarlo por tener un precio prefijado, no tienen tampoco problemas de comercialización ni de excedentes distorsionadores, como ocurre frecuentemente, con otros productos agrícolas que están siempre supeditados a los altibajos de la demanda y el mercado. El algodón, cuando se siembra, ya se sabe a cómo se va a cobrar la cosecha que se produce y que no va a surgir ningún problema de cobro.

Por todas estas circunstancias favorables, un elevado porcentaje de «tierra blanca» del campo de Elche, es dedicada al cultivo del algodón, particularmente, en las pedanías del sur del término municipal, que es, precisamente, donde hay más tierras sin arbolados.

De todas formas, cabría preguntarse si a pesar de todas las circunstancias favorables que concurren en este cultivo, el algodón constituye una alternativa válida para la agricultura ilicitana del futuro, respecto a los demás cultivos tradicionales deshechados o en trance de desaparecer, por falta de rentabilidad. Entendemos que no, a pesar de que con nuestra incorporación a las Comunidades Económicas Europeas, haya mejorado los precios de la fibra en un 30% aproximadamente, respecto a los del año 85.

Si bien es cierto que con el algodón no hay problemas de ninguna clase y se tiene asegurada una rentabilidad, no lo es menos que es una rentabilidad mínima, y por lo tanto, para que una familia de agricultores pueda vivir holgadamente del cultivo del algodón, tiene que sembrar una cantidad de tahúllas que rebasa en mucho las que tiene el agricultor medio ilicitano.

Si el cultivador de algodón dispone de tierra propia y tiene mano de obra familiar suficiente para su recolección, y por lo tanto, no paga ni arrendamiento ni jornales, en esas condiciones, tiene un pequeño beneficio asegurado. Pero si tiene que pagar arrendamiento y hacer todos los trabajos con mano de obra ajena, la rentabilidad es prácticamente nula.

La producción media de algodón por tahúlla, en una cosecha óptima, oscila alrededor de 325 kilos de fibra. El precio a que se va a pagar esta fibra en la cosecha del 86, con arreglo a las disposiciones comunitarias, es de 144'14 pesetas kilo, (138'60 de precio oficial, más 5'54 de I.V.A.) siempre que esta

fibra tenga un máximo de 3% de impurezas y un 14% de humedad. Si las impurezas y la humedad son inferiores, se incrementa el precio base, y si por el contrario, los porcentajes de impurezas y de humedad son mayores, el precio de la fibra disminuye proporcionalmente. Partiendo de estos datos, el valor del algodón que produce una tahúlla de tierra en una cosecha buena, oscila alrededor de las 47.000 pesetas.

Veamos ahora los costos medios de producción por tahúlla de algodón.

Arrendamiento de la tierra.....	2.500 Pts.
Preparación terreno antes de la siembra	2.500 Pts.
Semilla, variedad Israel.....	1.300 Pts.
Insecticidas, varios tratamientos.....	3.000 Pts.
Abono químico.....	2.500 Pts.
Trabajo monocultor.....	1.100 Pts.
Maquinaria fumigadora.....	600 Pts.
4 h. de agua antiguas concesiones (6 riegos)	5.000 Pts.
3 jornales diversos cultivos, regar, etc. .	7.500 Pts.
Recogida algodón (325 kilos a 40 pesetas)	13.000 Pts.
Total gastos.....	39.000 Pts.

Como se observará por estos datos, si se contabilizan todos los gastos, como debe de hacerse en una valoración correcta, los beneficios en el cultivo del algodón son mínimos, beneficios que pueden desaparecer por completo si en vez de regarse con aguas elevadas de las antiguas concesiones que son más baratas, se riega con aguas del trasvase, ya que entonces este capítulo de gastos pasaría de 5.000 a 12.700 pesetas, (7.500 pesetas más en el cómputo total de gastos de producción).

Lo que ocurre es que, en la mayoría de los casos, muchos de estos gastos de cultivo no se contabilizan ni se tienen en cuenta. Por ejemplo, cuando la tierra es propia, no se le pone arrendamiento, aunque indirectamente se pague casi otro tanto en impuestos y contribuciones. Por otra parte, si el agricultor dispone de mano de obra familiar y por consiguiente, no tiene que pagar jornales, esas 20.500 pesetas a que asciende ese capítulo, se quedan en casa, aunque esto no se pueda considerar un beneficio, sino el cobro recibido por un trabajo realizado.

Consecuentemente con todo lo expuesto, entendemos que el algodón no puede ser, de cara al futuro, la solución de una agricultura ilicitana moderna, atractiva y rentable. Quizás sí que lo sea en otras zonas donde las propiedades son más grandes, donde los costos de producción son inferiores y donde la recolección puede mecanizarse, como es el caso de Andalucía, por ejemplo.

Pero en el campo de Elche, con la propiedad tan repartida, con el agua de riego tan cara y con la recogida de la fibra manualmente, como siempre se ha hecho, a lo único que se puede aspirar con el cultivo del algodón, es a sacarle un buen jornal a los días que se les dedican, aunque esto no sea demasiada rentabilidad. De ahí el que su cultivo se incremente de año en año, sustituyendo a las hortalizas, de resultados más inciertos y problemáticos.

Hasta hace unos años, lo normal era sembrar trigo de ciclo corte en el rastrojo del algodón, como un cultivo comple-



Cogiendo algodón en una explotación familiar.

mentario. Esa tendencia, está en franca decadencia, ya que el trigo casi ha desaparecido por completo de la geografía agraria ilicitana, como ocurrió antes con la cebada, por falta de rentabilidad.

Aproximadamente el 60% del algodón ilicitano, se comercializa a través de la Cooperativa Algodonera Levantina y el 40% restante, por medio del llamado Grupo Algodonero de Torrepacheco. Estas dos entidades, facilitan a los agricultores la semilla que necesitan, cuyo importe se lo descuentan después al pagarles la fibra. También suelen facilitarles, en las mismas condiciones, productos fitosanitarios para los diversos tratamientos que necesitan las plantas.

Si no surge ningún contratiempo, está previsto cosechar en el campo de Elche en esta cosecha de 1986, alrededor de las ocho mil toneladas de algodón, cuyo valor aproximado se cifra en unos 1.152 millones de pesetas, una cantidad, ciertamente respetable.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

LA DISTRIBUCION DE LAS PROPIEDADES RUSTICAS

Con arreglo al censo de propietarios de fincas rústicas del año 1986, en el campo de Elche hay un total de 48.832 fincas que se distribuyen entre 11.525 propietarios, con una superficie total de 32.153 hectáreas, 89 áreas y 36 centiáreas. El resto, hasta 32.578 hectáreas que es la superficie total del término municipal de Elche, según el censo de la Cámara Agraria Local, es terreno no agrícola. Según estos datos, la propiedad media en el campo de Elche, es de 2'780 hectáreas por propietario, lo que se puede considerar verdadero minifundio, pues ahí se incluye todo, tanto terrenos cultivables, como saladares y terrenos montañosos.

Es evidente, que el fraccionamiento de la propiedad rústica en el campo de Elche está alcanzando caracteres muy acusados, existiendo un gran porcentaje de propietarios, cuyas fincas están reducidas a la mínima expresión. Este fraccionamiento se va incrementando de día en día, y a la vuelta de dos generaciones, será muy difícil encontrar propietarios en el campo de Elche que tengan más de una hectárea de tierra propia.

De este censo que comentamos, hemos entresacado como muestra significativa, los 200 primeros propietarios correlativamente, para poder conocer la distribución aproximada del conjunto de los porcentajes, con arreglo a la superficie de cada uno de ellos. El resultado de esta investigación, ha sido el siguiente:

Propietarios de hasta 0'20 hectáreas de tierra,	el 7%
Propietarios entre 0'20 y 0'50 hectáreas de tierra,	el 13%
Propietarios entre 0'50 y 1 hectáreas de tierra,	el 19%
Propietarios entre 1 y 5 hectáreas de tierra,	el 53%
Propietarios entre 5 y 10 hectáreas de tierra,	el 7%
Propietarios con más de 10 hectáreas de tierra,	el 1%

Como se observará, existen en el campo de Elche muchos propietarios cuyas fincas tienen una superficie máxima de dos mil metros cuadrados. Casi todas estas propiedades se han comprado en los últimos veinte años por personas que viven en la



Un bancal de girasol, cultivo minoritario en el campo de Elche

población, con el fin de construirse su segunda vivienda, eso que se ha dado en llamar chalets o casas de recreo, para pasar los fines de semana y las vacaciones.

También es bastante importante el número de propietarios que tienen entre 0'20 y 0'50 hectáreas de tierra. Ese 13% que está en esas condiciones, son también, en su mayor parte, de los llamados «chaleteros», o de personas que viviendo en el campo, no tienen a la agricultura como su principal ocupación, como su medio de vida habitual.

Como se observará por los datos reseñados, el porcentaje más numeroso (53%) es el de los propietarios que tienen entre una y cinco hectáreas de tierra propia. Ese es el verdadero prototipo del agricultor medio ilicitano, que vive exclusivamente del producto de las tierras que cultiva.

De cinco a diez hectáreas, el porcentaje ya se reduce mucho, pasando a ser solamente el 7%, y de más de 10 hectáreas ya sólo hay el 1%.

El latifundio, como propiedad dedicada a la agricultura, no existe en el campo de Elche, sino todo lo contrario. Si bien es cierto que existen, excepcionalmente, cuatro propietarios que tienen más de mil hectáreas cada uno, solamente uno es una persona física; las tres restantes son personas jurídicas o corporaciones. Tal es el caso del propio Ayuntamiento de Elche, que es el mayor propietario de todos, con 1.665 hectáreas, 17 áreas y 51 centiáreas, distribuidas en 19 fincas. Le sigue Asunción Sánchez Navarro, con 1.326 hectáreas, 4 áreas y 34 centiáreas, distribuidas en 37 fincas. A continuación está el Estado con 1.318 hectáreas, 12 áreas y 86 centiáreas, distribuidas en 31 fincas. Y por último, está la Comunidad de Riegos de Levante (margen izquierda del Segura), con 1.069 hectáreas y 40 centiáreas, distribuidas en 16 fincas. La inmensa mayoría de las propiedades de la Comunidad de Riegos de Levante, la constituyen los embalses del Hondo.

Estos son los cuatro grandes propietarios del campo de Elche, que entre los cuatro se reparten la sexta parte de la superficie total del término municipal, pero con la particularidad de que la mayoría de estos terrenos son montañosos o de saladares, y por consiguiente, no aptas para dedicarlas a una agricultura rentable.

Después de estos cuatro grandes, sigue un colectivo de catorce personas que tienen más de 100 hectáreas cada una, cuya relación nominal, de mayor a menor, es la siguiente:

Francisco Pastor Agulló,
con 331 hectáreas, 58 áreas y 38 centiáreas.
Juan Lucas Rodríguez,
con 265 hectáreas, 83 áreas y 77 centiáreas.
Asunción Ibarra Santamaría,
con 245 hectáreas, 78 áreas y 35 centiáreas.
Rústica, S.A.,
con 219 hectáreas, 19 áreas y 40 centiáreas.
María Teresa Roca de Togores,
con 182 hectáreas, 74 áreas y 88 centiáreas.
Joaquín Cruz Bru,
con 152 hectáreas, 23 áreas y 47 centiáreas.
Tomás Brotóns Pomares,
con 151 hectáreas, 91 áreas y 79 centiáreas.
Vicente Maciá Pascual,
con 148 hectáreas, 76 áreas y 48 centiáreas.
Teresa Pomares Ruiz,
con 134 hectáreas, 15 áreas y 00 centiáreas.
José Rojas Moreno,
con 127 hectáreas, 67 áreas y 87 centiáreas.
Tomás Mollá Tarí,
con 125 hectáreas, 46 áreas y 86 centiáreas.
Baroneas Satrústegui,
con 109 hectáreas, 46 áreas y 50 centiáreas.
Salinera Catalana, S. A.,
con 107 hectáreas, 14 áreas y 4 centiáreas.
María Teresa Roca de Togores,
con 99 hectáreas, 68 áreas y 28 centiáreas.

Nos da la impresión de que este censo no está del todo actualizado, y que el fraccionamiento real de la propiedad rústica en el campo de Elche, es todavía mayor del reseñado. Y decimos esto, porque hay algunos de los mayores propietarios que

tienen más de 100 hectáreas, que han muerto hace ya algunos años, y cuyas fincas se han dividido entre varias personas, figurando aún a nombre de un solo titular. Pero damos por válidas estas referencias, por ser las únicas de que se dispone, aun a sabiendas de que contienen contrastables inexactitudes, y haciendo la salvedad pertinente.

De todas formas, los datos manejados en este trabajo, nos darán una idea aproximada de la distribución de la propiedad rústica en el campo de Elche, y sobre todo, nos darán una idea de la clase de agricultores que existen y trabajan en el mismo.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

LA DESAPARICION DE LAS GRANDES FINCAS RUSTICAS

Las fincas rústicas más grandes del campo de Elche, han sido siempre, casi en su totalidad, de personas que vivían en la población y que no eran agricultores de profesión. Los auténticos agricultores ilicitanos, nunca fueron grandes terratenientes.

Aunque en Elche no ha existido nunca el latifundio en las magnitudes que se conoce en otras regiones españolas, sí que han habido hasta hace unas décadas, algunas propiedades que rebasaban las 25 hectáreas de extensión, incluso que llegaban hasta las 50 (las fincas con una extensión superior a esta cantidad, en el campo de Elche, se podían contar con los dedos de una mano).

El cultivo de estas grandes propiedades lo llevaban a cabo sus dueños directamente, a través de un administrador o las cedían en arriendo o aparcería a terceras personas, para que las cultivasen ellos. Se daban casos de arrendatarios que estaban cultivando una de estas fincas toda la vida, incluso, estas obligaciones respecto al dueño de la propiedad, se las traspasaban de padres a hijos, con la aquiescencia y conformidad de las dos partes.

Eran aquellos unos tiempos en que apenas se pagaban impuestos y el mantenimiento de una de estas propiedades ocasionaba unos gastos mínimos.

La mayor parte de estas grandes fincas rústicas, fueron intervenidas por el Ayuntamiento durante la Guerra Civil, que las continuó cultivando bajo su control. Al finalizar el conflicto fueron recuperadas por sus legítimos dueños, que se hicieron cargo de ellos de nuevo.

A partir de estos momentos, los dueños de estas propiedades, fueron perdiendo interés por las mismas, ya que después de la guerra, cambiaron las circunstancias y los costos de cultivo se iban incrementando de día en día. Por otra parte, ya no resultaba tan fácil cederlas a terceras personas para que las cultivasen por su cuenta y riesgo. En vista de ello, empezaron a venderlas a unos precios relativamente baratos, pues la oferta de tierra superaba a la demanda.

En un principio, los compradores de estas grandes propiedades eran los propios agricultores, que a trozos más o menos



Bancal de tomates de invierno cosechados a la intemperie.

grandes, adquirían estas tierras para seguir cultivándolas, ahora en calidad de propietarios.

Fueron aquellos unos años prósperos para los agricultores ilicitanos, pues la tierra se compraba barata y los productos que cosechaban tenían una gran aceptación por la escasez de alimentos que se padecía por aquellos tiempos. Todo lo que se producía en el campo, se vendía pronto y bien.

A partir de la década de los años 60, el interés de los agricultores por comprar más tierra disminuyó mucho. Los precios de los productos agrarios se normalizaron a la baja una vez que España normalizó su comercio internacional y en consecuencia, la agricultura ilicitana perdió la rentabilidad que había tenido circunstancialmente hasta entonces. Por otra parte, los costos de cultivo se iban incrementando de día en día de una manera exagerada.

Fueron aquellos los tiempos en que la agricultura inició su mecanización y los agricultores tenían que comprar tractores y aperos para continuar cultivando la tierra con arreglo a las nuevas técnicas. Por lo tanto, lo que precisaban era dinero en efectivo que no siempre les proporcionaban suficientemente las cosechas que producían.

En estas circunstancias, comprar más tierra no tenía ningún aliciente y por lo tanto, había más vendedores que compradores. En el plazo de pocos años, se habían invertido los términos. No obstante, fue aquélla una época transitoria breve, ya que al cabo de algún tiempo, se incrementó de nuevo la demanda de suelo rústico, aunque esta demanda ya no obedecía a fines agrícolas, como había sido antes, sino más bien para edificar. Fueron los tiempos en que al socaire del alza del nivel de vida de las gentes, se puso de moda la adquisición de la segunda vivienda, la vivienda rural para pasar las vacaciones y los fines de semana, eso que se empezó a llamar «chalet». Contruirse un «chalet» en el campo ya era una posibilidad que estaba al alcance de cualquier economía, por modesta que fuera, y como esta clase de edificaciones se podían construir en una parcela de 2.000 metros cuadrados, siempre que se les diera la calificación de «viviendas rurales», con la licencia de obras correspondiente del Ayuntamiento, la demanda de parcelas con estas dimensiones, se incrementó notablemente, hasta el extremo de que

en el transcurso de pocos años se compraron varios miles de estos pequeños trozos de tierra para edificar en ellos. Lógicamente, al aumentar la demanda, subió como la espuma el precio de la tierra que alcanzó cotas muy elevadas cuando se vendía a pequeñas parcelas. Era un alza continua y permanente.

Al amparo de estas circunstancias tan favorables, surgieron muchas personas que se dedicaron a especular con el terreno rústico que se podía convertir en urbanizable con el beneplácito del Ayuntamiento. Entonces se compraron todas las grandes propiedades que se pusieron a la venta; las fraccionaron en pequeñas parcelas de 2.000 metros cuadrados y se vendían para edificar en ellas. Esta clase de transacciones resultó muy beneficiosa para las personas que estaban involucradas en ellas y en el plazo de pocos años ganaron mucho dinero. Fue la época dorada de la especulación del suelo.

De esta forma, la mayor parte de las fincas rústicas que quedaban en el campo de Elche de más extensión, cambiaron de dueño y se convirtieron en colonias de «chalets», construi-



Bancal de alcachofas en plena producción.

dos por gente de la población como segunda vivienda, restándole tierra a la agricultura a la que se iba desplazando poco a poco y relegándole a un segundo término.

Si en el campo de Elche quedan aún alguna de estas grandes propiedades, es porque sus dueños no quisieron venderlas en esos años en que la tierra tuvo tanta demanda para hacer parcelaciones, o bien porque no reunían condiciones apropiadas para poder edificar en ellas. De no ser así, lo más seguro es que hoy estuvieran parceladas y llenas de edificaciones.

Con el Nuevo Plan General de Urbanismo, aprobado recientemente, y mucho más restrictivo para edificar en el campo de Elche, la venta de parcelas de 2.000 metros cuadrados, eso pasó a la historia. Hoy vender tierra con miras exclusivas a edificar en ella, ya no es tan fácil. Las pocas transacciones que se hacen es entre agricultores. Lógicamente, esta menor demanda ha influido para que la tierra tenga actualmente menos valor comercial, es decir, el patrimonio de los agricultores ha disminuido notablemente.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

LA PROBLEMATICA DE LA COMUNIDAD DE RIEGOS DE LEVANTE

MUSEO ESCOLAR

La Comunidad de Riegos de Levante (margen izquierda del Segura), se constituyó, por Decreto, el día 14 de abril de 1942. Su constitución ya se contemplaba en las Ordenes Ministeriales reguladoras de las concesiones de agua que el Estado le hizo a la Real Compañía de Riegos de Levante, a partir de 1918. Estas concesiones se hicieron para un plazo de 99 años, finalizado el cual, tanto las concesiones de agua como los canales e instalaciones que la mencionada Compañía construyera para su distribución pasarían automáticamente a ser propiedad de la Comunidad de Regantes que se crearía a tal efecto, a partir de esos momentos.

Una vez terminadas las obras en su primera fase, las primeras aguas se distribuyeron el día 31 de enero de 1923, y en esa misma fecha, vino a la inauguración de las instalaciones y canales su Majestad el Rey Alfonso XIII. Estas obras fueron financiadas por la Banca Dreyfus, de París, y una parte del ca-

pital empleado en esta empresa pertenecía a la Corona de España; de ahí el que la Compañía llevará el calificativo de «Real».

En los primeros años de funcionamiento de la Real Compañía, todo se desarrollaba normalmente y sin dificultades. Había agua abundante para riego, salvo algunos cortos intervalos de sequía, y la situación de la agricultura comprendida dentro del ámbito territorial que se beneficiaba de estos riegos, mejoró enormemente, al perder la traumatizante condición de secanos, aunque estas aguas aprovechadas tenían la condición de sobrantes de las antiguas Pías Fundaciones del Cardenal Belluga. No obstante esta limitación en la utilización de las aguas de riego, toda la zona que se puso en regadío experimentó una notable prosperidad y enriquecimiento, aumentando enormemente sus producciones agrarias.

Pero una vez finalizada la guerra civil española, empezaron a surgir las dificultades y las cuestiones. Crecía el desconcierto entre los regantes y algunos comportamientos de la Real Compañía originaron rozaduras con la Administración que se mostraba disconforme respecto a la manera como distribuía las aguas y los precios aplicados a las mismas. Estos hechos iban enrareciendo el ambiente y dieron pie para llevar a cabo la creación inmediata de la Comunidad de Riegos de Levante, como estaba previsto desde un principio. Esto calmó los ánimos de los regantes, pues entendían que al convertirse en comuneros, sus intereses estarían mejor defendidos respecto a los posibles abusos que la Real Compañía pudiera cometer en la venta y distribución de las aguas.

Desde el momento de su constitución, la Comunidad se ocupó de la venta de las aguas que distribuía la Compañía, cobrando una pequeña cantidad por este servicio, al margen del precio oficial del agua.

A partir de estos momentos, ya empezó a barajarse la posibilidad de llevar a cabo el rescate anticipado de las concesiones e instalaciones de la Compañía, pagando para ello una cantidad determinada que en varias ocasiones se intentó negociar con la Compañía. Los primeros intentos no fructificaron, pero ante la inminencia de la llegada de las aguas del trasvase Tajo-Segura, y alentados por la Administración que ponderaba las ventajas que reportaría a los comuneros el rescate anticipado,

éste se llevó a cabo el día 10 de diciembre de 1976. El criterio de la Administración era que al ser las instalaciones propiedad de la Comunidad, el Ministerio de Obras Públicas y el IRIDA se volcarían en ayudas y subvenciones, cosa que no podían hacer cuando todo era propiedad de una empresa particular. Estos razonamientos vencieron las últimas resistencias de los comuneros —no todos eran partidarios del rescate anticipado— y así, después de muchas deliberaciones, éste se realizó en la fecha indicada.

Por este rescate anticipado, la Comunidad pagó a Hidroeléctrica Española que unos años antes había adquirido estas propiedades, la cantidad de 70 millones de pesetas, pagaderas en ocho anualidades. Aparentemente, la cantidad era insignificante, para el valor real del conjunto de los canales e instalaciones adquiridas, que incluían también los embalses del Hondo. Pero esta aparente baratura no era tal, si tenemos en cuenta que el conjunto de canales e instalaciones estaban en un estado lamentable y para modernizarlos y ponerlos al día, tendrían que hacerse grandes inversiones. En ese capítulo de gastos era donde el Gobierno prometía toda clase de ayudas y subvenciones, en condiciones ventajosas para la Comunidad.

La Administración tenía un gran interés en que la Comunidad llevara a cabo el rescate, por la sencilla razón de que así ya se disponía de una red de canales para poder distribuir las aguas del trasvase Tajo-Segura. De lo contrario, el IRIDA tendría que hacer una nueva canalización paralela a la existente, con el tremendo costo que esto supone en tiempo y dinero, como ya había hecho en los campos de Cartagena y otras zonas. Por eso la Administración le dijo a la Comunidad: «Ustedes rescaten y nosotros mejoraremos y modernizaremos todos los canales e instalaciones, en condiciones muy ventajosas para los comuneros. De esta forma, todos saldremos ganando». Vistas así las cosas, y después de muchas reuniones y deliberaciones por parte de la comisión de comuneros que se eligió para que estudiara en profundidad todos los pros y contras de esta cuestión, por fin se aprobó por mayoría el rescate anticipado que se firmó en Madrid.

Fue ésta una fecha histórica para la Comunidad de Riegos de Levante y este hecho tuvo consecuencias trascendentales pa-

ra la agricultura de todo el sur de la provincia de Alicante.

En un principio, los comuneros no se dieron cuenta de lo que este hecho significaba para ellos, ni supieron valorar, en su justa medida, el significado real del paso que se había dado. Continuaron comprando el agua en los mismos puntos de venta, agua que servían los mismos repartidores, y aparentemente, todo continuaba exactamente igual. Pero la realidad era completamente distinta, ya que desde el momento en que se realizó el rescate, la Comunidad había adquirido unos compromisos y una responsabilidad enorme. Desde estos momentos, tenía que gestionar y administrar todo el complejo funcionamiento de una empresa de estas dimensiones y hacerle frente a una serie de pagos que, en muchos casos, eran superiores a los medios económicos de que disponía. Esta situación empeoraba de día en día.

Por otra parte, los rectores que se pusieron al frente de la Comunidad después del rescate, estaban enfrentados entre sí, al propugnar planteamientos distintos respecto a lo que debería hacer la entidad en su nueva singladura. Las acusaciones y enfrentamientos entre el Presidente de la Comunidad y el Presidente del Sindicato de Riegos, (Andrés Quiles Esclapez y Vicente Boix Navarro, respectivamente) fueron notorios y muy sonados, hasta casi el extremo de paralizar la marcha normal de la entidad. Alrededor de estas dos personas, se agruparon sendos sectores de comuneros enfrentados entre sí de una manera irreconciliable. Todo esto iba creando alrededor de la Comunidad un ambiente enrarecido y deprimente.

Todas estas circunstancias y avatares, dificultaban enormemente el buen funcionamiento de la entidad, cuyo panorama se ensombrecía por momentos.

Por otra parte, al no querer subir el precio del agua, como lo exigía una administración correcta, porque esto resultaba una medida impopular entre los comuneros que, lógicamente, lo que pretendían era que el agua les costara lo más barata posible, las pérdidas se iban acumulando de año en año, hasta el extremo de poner a la entidad al borde del colapso económico por falta de liquidez.

Llegadas las cosas a estos extremos, las Asambleas Generales que se celebraban cada seis meses, eran todas tormentosas y conflictivas y no había forma de tomar acuerdos válidos

ni de conseguir el menor consenso. Los comuneros estaban divididos en capillitas y banderías, lo que originaba enfrentamientos y crispaciones, mientras la situación de la sociedad se deterioraba por momentos.

En una de estas Asambleas se tomó el acuerdo de nombrar una Comisión Gestora para que en un plazo de seis meses elaborara un informe exhaustivo sobre la situación de la Comunidad, finalizado el cual informaría a la Asamblea y se elegiría a un Presidente y un Vicepresidente de la Comunidad. Los miembros de esta Comisión eligieron Presidente de la misma a José Sepulcre Fuentes.

Esta Asamblea estuvo presidida por el Gobernador Civil de Alicante, Octavio Cabezas Moro, y fue la más tormentosa y conflictiva de todas, hasta el extremo de que tuvo que suspenderse a mitad de su desarrollo. Después del informe de la Comisión Gestora, figuraba en el orden del día de la Asamblea la elección de Presidente y Vicepresidente de la Comunidad, pero un sector de comuneros era partidario de que no se llevara a



Canal principal de la Comunidad de Riegos de Levante, con la segunda elevación al fondo.

cabo tal elección y que la Comisión Gestora continuara rigiendo los destinos de la entidad. Por su comportamiento, quedó claramente demostrado que el Gobernador Civil también era partidario de esta solución, pues cuando algunos comuneros propusieron la continuidad de la Comisión Gestora, en vez de elegir un Presidente, como figuraba en el orden del día, el Sr. Cabezas permitió que la Asamblea dilucidase este extremo mediante votación a mano alzada. Esto crispó los ánimos de los asambleístas, por su ilegalidad, pues en las votaciones de los comuneros, no es cada hombre un voto, sino un voto cada hectárea de tierra con derecho a riego.

Ante las ruidosas protestas y altercados que se originaron entre los asambleístas, el Sr. Cabezas no tuvo más remedio que suspender la Asamblea antes que las cosas pasaran a mayores. En el momento de la suspensión, el Sr. Sepulcre declaró públicamente que como había un sector de comuneros disconforme en la continuidad de la Comisión, para evitar enfrentamientos, la Comisión, con él al frente, renunciaban a continuar desempeñando sus funciones de gestores, facilitando así la elección de un Presidente y un Vicepresidente de la Comunidad, como figuraba en el orden del día de la Asamblea. Entonces el Gobernador Civil anunció que la Asamblea se reanudaría lo antes posible, para finalizar su desarrollo.

Previamente a la suspensión de la Asamblea, se habían presentado como candidatos a Presidente y Vicepresidente de la Comunidad, Andrés Quiles Esclapez y Francisco Martínez Sánchez, que ya habían ocupado dichos cargos varios años seguidos.

Pero las promesas que se hicieron en el momento de la suspensión de la Asamblea, no se cumplieron jamás. La continuación de la misma para terminar su desarrollo, no se llevó a cabo como se había prometido, y la Comisión Gestora continuó desempeñando sus funciones como si nada hubiese pasado, a pesar de las declaraciones del Sr. Sepulcre, renunciando a la continuidad.

Mientras tanto, se redactaron unas nuevas ordenanzas reestructurando el funcionamiento de la Comunidad y el sistema de votación, ya que a partir de la aprobación de las mismas, los comuneros elegirían unos compromisarios que les representarían a todos los efectos, ya que estos compromisarios eran los

que formarían la Asamblea General con amplios poderes de decisión. De esta forma, se trataba de evitar que las asambleas fueran multitudinarias y ruidosas, y a la postre, ineficaces.

Basándose en estas nuevas ordenanzas, se celebraron elecciones para compromisarios, síndicos y jurados de riego. A estas elecciones sólo se presentaron candidaturas formadas por personas afines a la Comisión Gestora, registrándose un bajísimo índice de participación en las mismas, por parte de los comuneros. Como estaba previsto, el Sr. Sepulcre fue elegido Síndico de zona y posteriormente, Presidente de la Comunidad.

Después de todos estos acontecimientos, los comuneros continuaron tan divididos como siempre, y un grupo cualificado de los mismos, impugnó la Asamblea suspendida a mitad de su desarrollo y todas las actuaciones posteriores de la Directiva, por entender que no se ajustaban a derecho. Entre estas actuaciones, la más significativa era la implantación de unas derramas sobre la tierra, al margen de los precios oficiales del agua.

Los comuneros que llevaron a cabo la impugnación fundamentaban su razonamiento en el hecho de que los rectores de la Comunidad actuaban con arreglo a lo que determinaban unas ordenanzas que, en realidad, no estaban aprobadas por el Ministerio de Obras Públicas.

A pesar de la impugnación, los órganos rectores de la Comunidad, con el Sr. Sepulcre al frente, continuaron inflexibles gestionando todos los asuntos de la entidad, basándose en las nuevas ordenanzas, que según ellos eran legales a todos los efectos.

El cobro de las derramas aplicadas a la tierra, se llevó a rajatabla, hasta el extremo de que a los comuneros que no las pagaban, se les privaba del derecho a riego. Ante tal tesitura, pagaron casi todos, pues el no hacerlo suponía el quedarse de secano. Fue ésta una cuestión muy polémica y controvertida que originó una gran crispación entre los comuneros.

En cuanto al resultado de la impugnación de la Asamblea, en diciembre de 1985, la Audiencia Territorial de Albacete, falló a favor de los comuneros que la llevaron a cabo, y en contra de los rectores de la Comunidad. No obstante, estos, dentro del plazo que marca la Ley, recurrieron esta sentencia de la Audiencia ante el Tribunal Supremo, que aún no se ha pronunciado ocho meses después de realizados estos trámites legales.

Dentro de toda esta problemática, una cosa quedó clara desde un principio: el apoyo político del Gobernador Civil de Alicante, Sr. Cabezas, a los nuevos rectores de la Comunidad de Riegos de Levante y a los métodos empleados por los mismos en sus gestiones al frente de la entidad. Eso quedó exhaustivamente demostrado desde que presidió la famosa Asamblea General que tuvo que suspenderse a mitad de su desarrollo, al intentar y conseguir que la comisión de los veintiocho continuara en sus funciones por medio de unos procedimientos poco ortodoxos.

Entendemos que tal vez por las circunstancias tan difíciles por las que estaba atravesando la Comunidad, con motivo de los fuertes enfrentamientos que se producían entre comuneros, había que tomar medidas radicales para poder salir del atolladero. Entendemos también que es positivo el que un cargo político de la categoría que tiene un Gobernador Civil, se interese por las cuestiones relacionadas con el regadío, que tanto afectan a la provincia de la cual, él es la máxima autoridad. Eso le honra y es digno de encomio. Pero creemos igualmente que en estas cuestiones tan delicadas y polémicas, hay que actuar con mucho tacto y prudencia, desempeñando el papel de un árbitro imparcial, ecuánime y comprensivo, desde el más estricto respeto a las normas y a las leyes. Si se procede de esta forma, esta labor, forzosamente, tiene que ser apoyada y respetada por todos. De lo contrario, por muy buena voluntad que se demuestre y por mucho interés que se ponga en solucionar un problema, puede ser peor el remedio que la enfermedad.

De que el Sr. Cabezas era un valedor entusiasta de los nuevos rectores de la Comunidad de Riegos de Levante, lo demuestra el hecho de que cuando el Gobierno lo cesó el día uno de agosto de 1986, dichos rectores le invitaron a una comida-homenaje de despedida, en el transcurso de la cual, le entregaron un obsequio como reconocimiento a su labor en defensa de los intereses de la Comunidad. Es éste un dato muy sintomático y significativo.

En estos momentos se está a la espera de que el Tribunal Supremo se pronuncie en la cuestión de la impugnación, para saber a que atenerse. Del fallo del más alto organismo de la justicia española están pendientes los comuneros, pues si acepta

la impugnación, como ya se hizo en su día la Audiencia Territorial de Albacete, en la Comunidad pueden pasar cosas muy graves. También se espera con interés la postura que pueda tomar sobre esta cuestión, el nuevo Gobernador Civil de Alicante D. Virgilio Fuentes Martínez. Desde luego, es sintomático que en sus primeras declaraciones después de tomar posesión de su cargo, dijera que el tema del agua es una de las cuestiones prioritarias a las que tendrá que dedicarle mucha atención desde el Gobierno Civil.

Pero al margen de todas estas cuestiones internas de la Comunidad, hay otra cuestión de fondo que preocupa también sobremanera a los comuneros. Se trata de las grandes cantidades de dinero que en los próximos años tendrá que pagar la sociedad para amortizar las obras de mejora de los canales y de la modernización de las instalaciones de bombeo que está llevando a cabo el Ministerio de Obras Públicas y el IRIDA.

Como es bien sabido, las elevaciones de bombeo del canal principal, en el momento del rescate, estaban anticuadas y obsoletas. Lo mismo ocurría en la red de canales de distribución, ya que todos ellos estaban en mal estado y faltos de reparación. La Administración era consciente de ello y planificó la reparación y puesta al día de todas estas instalaciones.

Algunas de estas obras ya se han ejecutado. Otras están en período de ejecución y la mayor parte de las mismas aún son sólo proyectos para ejecutar en un plazo más o menos largo. El importe del conjunto de todas estas obras de remozamiento, asciende a varios miles de millones de pesetas.

Indudablemente, cuando todas estas obras se hayan llevado a cabo, las instalaciones de la Comunidad habrán mejorado mucho, ahorrándose fluido eléctrico y mano de obra en la elevación y distribución de las aguas de riego. También se evitarán las pérdidas de agua que ahora producen las filtraciones de unos canales en mal estado.

Pero este mejoramiento de instalaciones va a suponer un costo económico tremendo para la Comunidad, ya que no podemos olvidar que estas obras, casi en su totalidad, se están haciendo a fondo perdido solamente en un 40% de su coste total, siendo el 60% restante a cargo de la Comunidad.

Aunque por parte de los organismos oficiales se programe

que estas amortizaciones se lleven a cabo mediante muchas anualidades, no cabe duda que esto va a suponer para los comuneros un gravamen importante que va a pesar sobre ellos como una losa. Si como se supone, de estas deudas tienen que responder las tierras con derecho a riego, estas tierras pueden quedar gravadas para dos generaciones. Esto supondrá una nueva dificultad para la agricultura de todo el ámbito de la Comunidad.

En lo que al campo de Elche se refiere, el porvenir que le espera en esta cuestión, puede ser bastante sombrío, pues si además de los elevados precios a que tendrá que pagar las aguas de riego, encima hay que pagar también unas derramas impuestas a la tierra para amortizar unas obras de mejora que importan unas cantidades tan elevadas. Va a ser muy difícil que los agricultores ilicitanos puedan hacerle frente a este gravamen.

Para la agricultura ilicitana, el agua de riego es primordial, lo es todo. Sin agua de riego no hay agricultura posible. Y en esta cuestión, la Comunidad de Riegos de Levante, desempeña un papel de primer orden. Por eso, todo lo que afecte a la Comunidad, tiene una gran incidencia en el campo de Elche. De ahí el que los agricultores ilicitanos sean tan sensibles a la problemática de la Comunidad, pues al fin y al cabo, los problemas de la Comunidad, son sus propios problemas. Por eso están tan sumamente preocupados cuando observan que la entidad no funciona todo lo correctamente que sería de desear. Y no es para menos. Les va mucho en ello.

Unos días después de escribir el presente capítulo —concretamente, el día 20 de noviembre de 1986—, la Comunidad de Riegos de Levante celebró Asamblea General Extraordinaria de Compromisarios (hacía cuatro días que había celebrado Asamblea General Ordinaria en la Murada, donde se aprobó el Presupuesto de 1987, con un montante de 1.070.418.000 y donde fue reelegido José Sepulcre Fuentes como Presidente de la entidad) convocada expresamente para recabar la conformidad de los Compromisarios a la propuesta de la absorción del Sindicato de Riegos de la Huerta de Alicante. A esta Asamblea Extraordinaria de tan trascendental importancia, sólo asistieron 51 de los 66 compromisarios que representan a todos los comuneros, de los cuales, 49 se manifestaron a favor de la absorción y dos votaron en blanco.

Desde esos momentos, el Sindicato de Riegos de la Huerta de Alicante quedaba integrado en la Comunidad de Riegos de Levante, así como el patrimonio que representaba. Este patrimonio, estaba compuesto, entre otras cosas, por el Pantano de Tibi (uno de los más antiguos de Europa) con la casa y la ermita del mismo; la Presa de Chapitell y el Canalillo de Montnegre; El Azul de Muchamiel y Boquera; las construcciones y el propio Pantanet de Muchamiel; el Azud de San Juan y Galeró; el Azud de Campello, así como algunas fincas rústicas y una propiedad urbana en Alicante.

Todas estas posesiones no están registradas en el correspondiente Registro de la Propiedad, pero «han venido siendo poseídas y administradas públicamente, desde tiempo inmemorial y a título de dueño por el Sindicato de Riego de la Huerta de Alicante, los que pasarán con idéntica detección a la Comunidad de Riegos de Levante».

Por otra parte, al asumir su patrimonio, la Comunidad de Riegos de Levante asumió también las deudas que tenía el Sindicato de Riego de la Huerta de Alicante, deudas que ascendían a cerca de los nueve millones de pesetas, entre préstamos recibidos pendientes de amortización, descubiertos en la Seguridad Social e impago de jornales al personal empleado.

Al realizar esta absorción, la Comunidad de Riegos de Levante se comprometió a servir 350 horas de agua anuales de las antiguas concesiones a 2.100 pesetas cada una, a la zona que abarca el Sindicato de Riego de la Huerta de Alicante.

Con esta absorción, la Comunidad de Riegos de Levante amplía mucho su zona de riego y de influencia. Lo que ya no está tan claro es que esta operación resulte positiva desde la óptica de los comuneros actuales, particularmente los del campo de Elche. Tenemos nuestras dudas al respecto, dadas las circunstancias por las que atraviesa la Comunidad. El tiempo, como siempre, tiene la última palabra.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

ELCHE, PALMERAL DE EUROPA

Así reza el eslógan del Ayuntamiento para promocionar la ciudad turísticamente, haciendo hincapié en los encantos paisajísticos de las palmeras. Al margen de esta catalogación, no cabe duda que los tres signos de identidad más característicos que tiene la ciudad ilicitana son la Dama de Elche, busto ibérico encontrado en la Alcudia el 4 de agosto de 1897, la Festa o Misteri, drama Sacro-Lírico, que se viene representando anualmente en el templo Arciprestal de Santa María desde hace varios siglos y sus famosos palmerales, llamados frecuentemente como el Palmeral de Europa. Famosa trilogía sobre la que descansa y se fundamenta el renombre de la ciudad ilicitana desde hace ya mucho tiempo.

En lo que a las palmeras se refiere, ya en el año 1265, cuando el Rey Jaime I de Aragón reconquistó Elche del domino árabe, se quedó maravillado al contemplar los palmerales que rodeaban la ciudad amurallada, como un cinturón verde y boscoso, dictando las primeras normas tendentes a su protección y conservación. Pero estos deseos protectores, pronto chocaron con la dinámica expansiva de la propia población que tendía

a engrandecerse en todas las direcciones, a medida que aumentaba su demografía. Tanto fue así que la construcción inmediata del Arrabal, para que pudieran vivir los árabes expulsados de la «Vila», que permanecieron bajo el dominio de los cristianos, aunque rigiéndose por sus propias Leyes y costumbres, ya se hizo a costa del sacrificio de muchas palmeras que ocupaban esos terrenos. Por tal motivo, se puede afirmar que el primer enemigo que tuvieron los palmerales de Elche, fue la expansión natural urbanística de la población, que se iba agrandando de día en día.

El cauce del río Vinalopó fue otro factor determinante que colaboró, aunque de forma pasiva, en el exterminio de muchas palmeras, si tenemos en cuenta que hasta hace doscientos cincuenta años no hubo ningún puente para cruzarlo, lo que constituía un obstáculo natural que dificultaba que la población se pudiera ensanchar hacia el oeste, que era, precisamente, el único punto donde no habían huertos de palmeras.

A partir de la construcción del Puente de Canalejas, en el año 1913, ya con dos viaductos sobre la Rambla, la expansión de la población hacia el oeste fue casi total, disminuyendo desde entonces la tala de palmeras en la periferia, aunque ésta continuó por algún tiempo, para satisfacer la demanda de suelo industrial, en unos momentos en que el auge de la industria del calzado en Elche se iba incrementando de año en año.

Los arranques masivos de palmeras en los alrededores de Elche, chocaron frontalmente con la sensibilidad de muchas personas representativas de la sociedad ilicitana, amantes denodados de este patrimonio cultural común, patrimonio que trataban de defender con todos los medios a su alcance. Entre estas personas amantes de las palmeras que se rebelaban contra su desaparición, merece mención especial el historiador ilicitano Pedro Ibarra Ruiz, que fue archivero municipal durante muchos años. Pedro Ibarra luchó con todas sus fuerzas para conseguir que la Administración dictara una Ley que protegiera los palmerales de Elche. Fue una lucha tenaz de muchos años de duración. Para este ilustre ilicitano, la conservación de los palmerales de Elche, constituía una verdadera obsesión. Manifiestos, artículos en los periódicos y revistas, conferencias, recomendaciones a todas las personalidades destacadas de la políti-

ca que pasaban por Elche, cualquier oportunidad o circunstancia favorable que se presentara era válida y aprovechada para insistir en ese tema que para él era prioritario por encima de todos los demás: regular legalmente la defensa y protección de nuestros palmerales que evitase su deterioro y expolio.

Por fin, después de muchos años de campaña, consiguió ver sus anhelos convertidos en realidad, ya que el día 8 de marzo de 1933, durante el período de la Segunda República, y siendo Ministro de Agricultura, Industria y Comercio, Marcelino Domingo (unos meses antes estuvo en Elche y habló con Pedro Ibarra de esta cuestión, a quien prometió que se interesaría por el tema) éste promulgó un Decreto regulando la protección de los Palmerales de Elche y penalizando su destrucción y deterioro. Este fue el primer paso legal que se dio orientado a la protección y custodia de nuestros palmerales. Nueve años después, es decir, el 28 de marzo de 1942, de creó el Patronato para aplicar el cumplimiento del mencionado Decreto, aunque en un principio se dijo que dicho Patronato se crearía en el plazo de un año, un año después, o sea el 27 de julio de 1943, se declararon los Palmerales de Elche, Jardín Artístico Nacional, y el 18 de octubre de 1967 se declararon las palmeras árboles forestales sujetas a protección. Por otra parte, el propio Ayuntamiento de Elche, en su Ordenación de Palmerales de octubre de 1972, vinculó las palmeras a urbanismo, y en función de esta vinculación el cultivo incorrecto o el atentado a las mismas, lo consideraba como una infracción urbanística merecedora de sanción.

El 26 de febrero de 1973, se reestructuró la composición del Patronato de los Palmerales y se creó la Junta Local Gestora dependiente del mismo, pero ambos organismos fueron totalmente ineficaces, ya que no llegaron a reunirse ni una sola vez durante muchos años. El Presidente del Patronato era el Ministro de Agricultura y el Presidente de la Junta Local Gestora el Alcalde de Elche, y en uno y otro organismo, los dueños de las palmeras que eran los más directamente afectados por esta cuestión, sólo tenían un representante, que ni siquiera podían elegir ellos mismos.

En todo este ordenamiento legal, que como una tela de araña, se tejió alrededor de los Palmerales de Elche, con el fin de

protegerlos y fomentarlos, no se tuvieron en cuenta los intereses materiales de los cultivadores de los mismos, ya que no se habilitaron contrapartidas económicas que les compensaran de las limitaciones que las propias normas protectoras les imponían al pleno dominio de sus propiedades. Los legisladores no tuvieron en cuenta este detalle que era importantísimo, como se demostró después. Esta circunstancia dio pie a que los agricultores, cuando las palmeras dejaron de ser rentables como árboles agrícolas y no podían sustituirlos por otros cultivos, porque con la Ley en la mano, eran intocables, les declararon una guerra sorda, en contra de sus sentimientos afectivos. El corazón y la cabeza caminaban por caminos divergentes y contrapuestos, ya que amaban las palmeras, pero como tenían que vivir del producto de sus tierras y el cultivo de las palmeras, salvo raras excepciones, les resultaba ruinoso.

Si en los últimos años, en el campo de Elche se han arrancado miles de palmeras, no ha sido por un simple capricho de sus dueños o por animadversión hacia las mismas o por querer atentar contra este patrimonio cultural común que tanto nos enorgullece a todos, sino, sencillamente, porque su cultivo les resultaba gravoso y la Administración no habilitó a su debido tiempo, unas ayudas compensatorias que les resarciera de esa manifiesta falta de rentabilidad.

Por todo ello, han transcurrido unos años muy difíciles, llenos de crispaciones y de incomprensión que enfrentaron hasta la exasperación, a los agricultores y al Ayuntamiento por culpa de las palmeras. Crispación y enfrentamiento que podía haberse evitado si se hubiera tratado esta cuestión con más comprensión, agilidad y realismo. Pero no ocurrió así y lamentablemente, se ha perdido un tiempo precioso entre la inhibición y la indiferencia, mientras el problema se iba agravando de día en día.

Una nueva Ley de Palmerales se acaba de promulgar por las Cortes Valencianas, elaborada por la Consellería de Cultura, Educación y Ciencia, ya que la tutela de los Palmerales de Elche se considera materia cultural.

Por otra parte, el borrador del Reglamento que desarrolla esta Ley, se ha redactado en Elche, por personas que están viviendo más de cerca toda esta problemática, y por consiguiente, disponen de mayores elementos de juicio sobre la misma.

No obstante, la última palabra sobre este Reglamento, la dirán en Valencia, ya que será la Conselleria de Cultura la que en última instancia, la que le otorgue la aprobación definitiva, con o sin enmiendas al texto elaborado en Elche.

Como al aprobarse la Ley por las Cortes Valencianas el 29 de abril de 1986, se dio un plazo máximo de seis meses para la aprobación del Reglamento que la desarrolle, así como para la creación del Patronato correspondiente que se encargue de su cumplimiento, si estos plazos se cumplen, antes de finales de año pueden estar en funcionamiento estos organismos y normas reguladoras.

En la Ley también se contempla la creación de otros órganos gestores dependientes del Patronato, con residencia en Elche que se encarguen de ir solucionando, sin pérdida de tiempo, todas las cuestiones menores relacionadas con las palmeras que vayan surgiendo cada día. Las funciones y competencias de estos órganos gestores tendrán que regularse reglamentariamente y deberían ser amplias y específicas.



Plantación de palmeras caperuzadas es su totalidad.

Esperamos que todas estas normas legales que ya han visto la luz o se están gestando actualmente, se aprueben en breve de una manera definitiva, derogando todo lo que se había legislado hasta ahora en esta materia. Y lo que es más importante aún: que estas normas legales sean aceptadas de buen grado por todos los directamente afectados por esta cuestión, para que de esta forma, desaparezca la tensión actual.

A priori, una vez dado a conocer el Proyecto de Ley de Palmerales de la Generalitat Valenciana, como borrador inicial, ya fue fuertemente rebatido por determinados colectivos, por entender que en la elaboración del mismo, no se había consultado para nada a los más directamente afectados por esta cuestión. Otro motivo de disconformidad era que si la Ley se aprobaba tal como se había redactado en principio, cosa que ha ocurrido así, consideraban que era una Ley represiva, ya que se recalcaban más las sanciones que los incentivos, cuando en buena lógica debería ser a la inversa, con el fin de que los agricultores se ilusionaran de nuevo en el cultivo de las palmeras co-



Uno de los pocos huertos de palmeras jóvenes y bien cuidadas que se ven por las partidas rurales.

mo había ocurrido en épocas pasadas. Lo único que se modificó al aprobar la Ley, respecto al anteproyecto inicial, era que el máximo de las multas que se podían poner a los infractores de la misma, se rebajaran de veinticinco a quince millones de pesetas.

También se ha censurado mucho el que en el Patronato se incluya solamente un representante de los cultivadores de palmeras entre los ocho miembros que lo componen.

De todas formas, está claro que una nueva época empieza para los palmerales de Elche. Una nueva época que puede ser muy positiva si se enmiendan a tiempo los errores del pasado. Pero es demasiado pronto para hacer juicios de valor de cara al futuro.

No obstante, hay un dato esperanzador que nos induce al optimismo y que es justo resaltar: la comprensión y la buena voluntad del Concejal de Parques y Jardines del Ayuntamiento de Elche, Juan Antonio Maciá Torregrosa, que tantas horas y desvelos está dedicando al tema de los palmerales. El es muy consciente de que es ésta una cuestión muy delicada y controvertida que hay que abordarla con realismo y comprensión, cosa que hasta ahora no había ocurrido así. Desde luego, por encima de él hay otras personas con más potestad para decidir y legislar sobre esta cuestión, pero no es menos cierto que desde su concejalía se pueden hacer muchas cosas que redunden en beneficio de los palmerales de Elche y de los que los cultivan, sin detrimento para nadie, consiguiendo un perfecto equilibrio de intereses.

Otro buen síntoma propiciado por Juan Antonio Maciá es que recientemente haya convocado por primera vez (esto estaba contemplado legalmente desde 1933) un concurso dotado con sustanciosos premios, para otorgarlos a los dueños de los huertos de palmeras que más se hayan esmerado en el buen cultivo de los mismos, tanto los del casco urbano como los rurales. Si esto se hubiera hecho desde un principio, como estaba legislado, el Ayuntamiento se hubiera granjeado las simpatías de los cultivadores de palmeras, lo que demuestra un cambio de mentalidad en algunos (no todos) gestores municipales en todo lo relacionado con las palmeras.

Otro dato revelador del cambio de mentalidad por parte

del Ayuntamiento lo constituye los recientes contactos establecidos con las Universidades de Alicante y Palma de Mallorca, encaminadas a estudiar la posibilidad de la reproducción invitro de las palmeras, para programar este cultivo de cara al futuro, para conseguir una mayor rentabilidad y selección. Esto es una cosa que venimos pidiendo insistentemente desde hace bastante tiempo: la creación por parte del Ayuntamiento, con la colaboración de otros organismos oficiales, de un gabinete técnico, con los medios apropiados, para que estudie toda la problemática de nuestros palmerales.

Los palmerales de Elche son un patrimonio cultural común que rebasa el ámbito local. Y si es común para su goce y disfrute, común debe de ser también para su conservación, fomento y mantenimiento. Partiendo de esa premisa es como se debe legislar para una correcta protección.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUESTA EN FUNCIONAMIENTO LA NUEVA LEY DE PALMERALES

Como ya dijimos en el capítulo anterior, las Cortes Valencianas aprobaron el 29 de abril de 1986 una nueva Ley por la que se regula la tutela de los palmerales de Elche. Esta Ley entró en vigor 10 días después, es decir, el día 9 de mayo.

El Reglamento que desarrolla dicha Ley, que en un principio se esbozó en el Ayuntamiento de Elche por los técnicos municipales, un ingeniero de ICONA y un representante de los palmereros, fue aprobado, mediante Decreto, por la Consellería de Cultura, el uno de diciembre del mismo año.

En el artículo décimo de la mencionada Ley se dice: «Se creará el Patronato del Palmeral de Elche como órgano competente para la aplicación de las disposiciones de la presente Ley».

«El Patronato del Palmeral de Elche dependerá orgánica y funcionalmente de la Consellería de Cultura, Educación y Ciencia y tendrá su sede en la ciudad de Elche».

«Dicho Patronato estará compuesto de la manera siguiente: Presidente, el Conseller de Cultura, Educación y Ciencia;

Vicepresidente, el Alcalde del Ayuntamiento de Elche; Vocales, el Director General del Patrimonio Artístico, el Director General de Desarrollo Agrario, el Director General de Urbanismo, dos Concejales del Ayuntamiento de Elche designados por el Pleno y un representante de los cultivadores de palmeras. Actuará como Secretario, con voz, pero sin voto, el que lo sea del Ayuntamiento de Elche».

«El Patronato del Palmeral de Elche se reunirá como mínimo, una vez al año».

«La organización y funcionamiento del Patronato del Palmeral de Elche se establecerá reglamentariamente».

En el artículo once de la Ley, apartado segundo, se dice: «El Patronato de huertos y grupos de palmeras de Elche, será dotado de los Organos Gestores y Administrativos oportunos para el ejercicio de estas atribuciones y podrá delegar en ellos, en los términos y condiciones que reglamentariamente se establezcan, las que se contemplan en los apartados b), c), d), y e) de la de la disposición primera del presente artículo».

Consecuentemente, con esta disposición de la Ley, en el apartado 8.° del Reglamento que la desarrolla, se especifica: «De acuerdo con lo dispuesto en el artículo 11, 2 de la Ley 1/1986 se crea la Junta Gestora del Patronato y la Comisión Técnica».

«La Junta Gestora estará integrada por el Alcalde de Elche como Presidente, por los dos miembros del Patronato designados por el Pleno del Ayuntamiento de Elche entre sus Concejales y por el representante de los cultivadores. Será Secretario de la Junta el que lo sea del Patronato».

«La Comisión Técnica estará integrada por un técnico designado por el Ayuntamiento de Elche, un Inspector Técnico designado por la Consellería de Cultura, Educación y Ciencia y un Técnico designado por la Consellería de Agricultura y Pesca».

En el artículo siguiente del Reglamento se establece que las sesiones ordinarias de la Junta Gestora se celebrarán una vez al mes, y con carácter extraordinario cuantas veces se precise.

También queremos hacer mención a que en la tercera de las Disposiciones Finales de la Ley se establece que, «el Patronato del Palmeral de Elche se constituirá en el plazo máximo de seis meses desde la entrada en vigor de la presente Ley».



Viveros de palmeras en una zona de huertos.

No obstante, estos plazos no se cumplieron, ya que la constitución formal del Patronato del Palmeral de Elche tuvo lugar en el Salón de Plenos del Ayuntamiento de la ciudad ilicitana el día 15 de septiembre de 1987. En el mismo acto se constituyó también la Junta Gestora y la Comisión Técnica.

El Patronato quedó compuesto por las siguientes personas: Presidente, D. Cipriano Císcar Casabán, Conseller de Cultura, Educación y Ciencia; Vicepresidente, D. Manuel Rodríguez Maciá, Alcalde de Elche; Vocales, D. Tomás Lloréns Serra, Director General del Patrimonio Artístico, D. Gonzalo Casanova López, Director General de la Producción Agraria, Dña. Blanca Blanquer Prats, Directora General de Urbanismo, D. José Fornés Caselles, Concejal de Urbanismo del Ayuntamiento de Elche, Dña. María Rosa Verdú Alonso, Concejala de Cultura del Ayuntamiento de Elche, y D. Baltasar Brotóns García, representante de los cultivadores de palmeras, y como Secretario, D. Lucas Alcón Zaragoza, Secretario del Ayuntamiento de Elche.

La Junta Gestora quedó constituida de la manera siguiente: Presidente, D. Manuel Rodríguez Maciá y Vocales, D. José Fornés Caselles, Dña. María Rosa Verdú Alonso y D. Baltasar Brotóns García.

En cuanto a la Comisión Técnica quedó compuesta por D. Francisco Picó Meléndez, designado por el Ayuntamiento de Elche, D. Santiago Varea Botella, designado por la Conselleria de Cultura, Educación y Ciencia, y D. Juan Giner Tortosa, designado por la Conselleria de Agricultura y Pesca.

En el acto de la constitución del Patronato no estuvo presente uno de sus miembros, Dña. Blanca Blanquer Prats, Directora General de Urbanismo.

Una vez constituido formalmente el Patronato, intervino su Presidente diciendo, entre otras cosas que, «el palmeral es parte de la historia económica y social del pueblo de Elche y por lo tanto, del pueblo valenciano, teniendo también un importante valor evocador como lo atestiguan las citas literarias y las representaciones gráficas de los dos últimos siglos. Tiene

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR



Vivero de palmeras recién plantadas.

además un carácter singular por sus características como objeto vivo del patrimonio cultural valenciano; de ahí la importancia de su conservación y fomento».

Después habló D. Tomás Lloréns diciendo que, «toda la información que exista en el Ayuntamiento de Elche sobre los palmerales de su término municipal se traduzcan en los correspondientes expedientes administrativos a través de un equipo especializado por parte de la Junta Gestora».

Intervino después D. José Fornés diciendo que, «el Ayuntamiento de Elche había realizado un censo de todas las palmeras existentes en la totalidad del término municipal, cuyos datos podían ser de gran utilidad de cara a un registro que hay que llevar a cabo a partir de estos momentos, tanto de los huertos como de los grupos y palmeras diseminadas».

Todas estas intervenciones, lo mismo que la lectura de las actas y notificaciones, por parte del Secretario, se hicieron en lengua valenciana.

Indudablemente, el acto formal de la constitución del Patronato, marcó un hito histórico para los Palmerales de Elche, ya que en ese momento se puso en funcionamiento la Ley de la Generalitat Valenciana 1/1986 del nueve de mayo por la que se regula su tutela. Ahora sólo falta que se quiera y se pueda aplicar en todos sus apartados, compaginando la conservación y fomento de los palmerales con los legítimos intereses de sus dueños que son, en definitiva, los que tienen que cultivarlos y mantenerlos.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

FINCAS INCULTAS Y ABANDONADAS

Es muy frecuente ver en el campo de Elche algunas propiedades rústicas, tierra de buena calidad, completamente incultas y abandonadas por sus dueños. Generalmente, estas fincas pertenecen a personas que viven en la población, y que teniendo otras profesiones al margen de la agricultura, no quieren cederlas en arrendamiento o aparcería para que las cultiven otros. O también puede darse el caso de que queriendo darlas en esas condiciones, no encuentran a nadie que quiera cultivarlas, porque no les resultan rentables si tienen que compartir con sus dueños lo que producen.

En otros tiempos, cuando la agricultura ilicitana era más boyante, resultaba muy raro encontrar en el campo de Elche una propiedad rústica sin cultivar, tanto si sus dueños eran agricultores de profesión, como si no lo eran. En unas condiciones u otras, las tierras se cultivaban todas, bien por pesonas que lo hacían por cuenta propia, o bien por cuenta ajena. Eran tiempos en que los costos de cultivo de la tierra guardaban cierta relación con la rentabilidad de las cosechas que producían. Así,

pues, los arrendatarios y aparceros eran muy frecuentes en el campo de Elche.

Pero en la actualidad, los costos de cultivo se han incrementado de una forma exagerada. Todo está por las nubes: el agua de riego, los abonos, los insecticidas, la mano de obra, todo. Hoy, tener una finca rústica y cultivarla con personal ajeno, sin la intervención directa del dueño, haciéndolo todo a base de dinero, es francamente ruinoso.

Actualmente, toda clase de cultivos, tanto herbáceos como arbóreos, necesitan muchos cuidados y atenciones, siendo precisos multitud de tratamientos con productos químicos para combatir las plagas y enfermedades que padecen las plantas en todas las épocas del año. Sin tratamientos fitosanitarios, no hay posibilidad de cosechas sanas y abundantes de ninguna clase. Es más, las plagas proliferan y se incrementan de año en año, de una manera alarmante. Para combatirlas correctamente, se precisan unos cuidados y unos gastos adicionales considerables, gastos que hasta hace unas décadas no eran necesarios, ya que tanto las plantas como los árboles, producían normalmente sin necesidad de ningún tratamiento, siempre que se pudiera regar y las condiciones meteorológicas fueran favorables.

En tiempos pasados, podía ser agricultor cualquiera, con tal de que tuviera unos conocimientos elementales de cómo se cultiva la tierra. Actualmente es muy distinto y para ser ahora un buen agricultor, no basta con saber cultivar la tierra correctamente, sino que además, tiene que ser un técnico cualificado que sepa aplicarle a los cultivos todos los cuidados sanitarios que requieren para conseguir que produzcan unos rendimientos óptimos. Y esto resulta muy difícil poderlo hacer con personal asalariado que trabaje por cuenta ajena.

En la actualidad, salvo raras excepciones, los agricultores ilicitanos, a lo máximo que pueden aspirar es a conseguir obtener un jornal por las horas de trabajo que le dedican al cultivo de sus tierras, tanto él como sus familiares. Aunque sea muy poco, con eso tiene que darse por satisfecho, ya que no siempre lo consiguen, a pesar de sus esfuerzos y dedicaciones. En la mayoría de los casos, los costos de la mano de obra, suponen hasta el 50% de los costos totales de una cosecha. Por eso, cuando esa mano de obra es ajena y hay que pagarla, lo normal es que



Una de las muchas fincas incultas y abandonadas que existen en el campo de Elche.

no se gane nada, o que se pierda dinero. Siendo así, no es extraño el que muchos propietarios de fincas rústicas que no son agricultores, prefieran no cultivarlas, pues si lo hacen, se complican la vida y encima pierden dinero con ellas. Es lamentable que esto ocurra así, ya que resulta deprimente el ver propiedades incultas y abandonadas, con los árboles semisecos y llenas de matorrales, por carecer de un cultivo apropiado, fincas que bien cultivadas podían producir buenas cosechas por reunir condiciones para ello. Pero esa es una triste realidad que, desgraciadamente, se da con demasiada frecuencia en el campo de Elche en los últimos tiempos.

Tener una finca rústica inculta en el campo de Elche, siempre que no esté plantada de palmeras, no es delito. Eso puede hacerlo cualquiera y nadie le llamará la atención siempre que pague, puntualmente, los impuestos y contribuciones correspondientes. Y de seguir la agricultura por los derroteros actuales, a cada día que pasa abundarán más estos casos. Incluso, entre muchos de los propios agricultores, se va perdiendo interés por la profesión, lo cual propicia el abandono de la tierra.

Ver fincas incultas en el campo de Elche, es un mal síntoma que expresa claramente las dificultades por las que atraviesa actualmente la agricultura ilicitana. Muchas de estas fincas están a la venta, pero en las actuales circunstancias, existe poco interés por parte de los agricultores, por comprar tierra, si no es a precios económicos. De ahí el que algunas de estas propiedades pretendan venderlas y no encuentran comprador.

Por otra parte, al poner el Ayuntamiento muchas dificultades para edificar en el campo, esto ha contribuido sobremanera a que la tierra se depreciara y haya menos gente interesada en adquirirla. Todas estas circunstancias contribuyen a que las propiedades incultas en el campo de Elche, aumenten de día en día.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

AGUAS DE RIEGO

El gran problema que padece la agricultura ilicitana, es el agua de riego; es decir, la escasez y carestía de agua de riego de buena calidad. Y ese problema no es nuevo, sino endémico, ya que se arrastra desde siempre, aunque se haya mitigado en parte, en los últimos tiempos.

En una temperatura tan cálida como la nuestra (alrededor de 18 grados de calor de media, durante todo el año) y una pluviometría tan baja como la que aquí padecemos, (apenas llega a los 300 litros de lluvia por metro cuadrado y año, escasamente la mitad de la media nacional), el poder disponer de agua de riego suficiente y de buena calidad, en todo momento, es imprescindible para poder desarrollar una agricultura medianamente próspera y rentable. Por regla general, en el campo de Elche, la tierra necesita agua de riego por lo menos nueve meses de los doce del año. Cualquier cultivo, tanto herbáceo como arbóreo, precisa un mínimo de cinco riegos durante el ciclo vegetativo. En estas condiciones, el ser o no ser de la agricultura ilicitana, depende de que haya agua de riego suficiente. Así de sencillo. No hay otra alternativa válida posible, salvo un año excepcionalmente lluvioso, lo cual es muy raro.

Tanto es esto así desde tiempo inmemorial, que para mitigar estas deficiencias, los agricultores ilicitanos están intentando traer aguas de riego de otras cuencas hidrológicas, desde hace ya más de quinientos años, conscientes de que esa era la posible salvación. En un principio, se pensó trasvasar aguas del Júcar al Vinalopó. Después se creyó que la solución estaba en el Guadiana, desechándose por fin esta idea para dirigirse al Tajo, en un proyecto sumamente ambicioso que beneficiase a todos los secanos del sureste peninsular, incluido el campo de Elche. La magna obra del trasvase Tajo-Segura, muy polémica desde los primeros tiempos y más aún en la actualidad, quedó materializada en 1978, al trasvasar las primeras aguas. Esto, de momento, fue un respiro para la agricultura ilicitana, pero no la solución definitiva, como se ha visto posteriormente, pues este trasvase de aguas de una cuenca a la otra, sólo se autoriza, según la Ley reguladora del mismo, cuando en la cabecera del Tajo, hay un mínimo de agua embalsada. Es decir, cuando hay sobrantes que se pueda prescindir de ellos.

En los años 83 y 84, que debido a la sequía, las reservas de agua embalsada en la cabecera del Tajo eran escasas, los trasvases de agua para riego a la cuenca del Segura, se suprimieron casi por completo, y el campo de Elche, como el resto de la zona, padeció una época calamitosa al no poder regar regularmente.

A principios de siglo, primero Nuevos Riegos El Progreso y unos años después la Real Compañía de Riegos de Levante, empezaron a elevar aguas dulces de los sobrantes de la Vega Baja del Segura para regar el campo de Elche solamente en lo que al Progreso se refiere y el campo de Elche y los demás términos municipales del sur de la provincia de Alicante en cuanto a Riegos de Levante. A partir de aquí, la mayor parte del campo de Elche se pudo regar con aguas dulces elevadas y dejó de ser de secano, como había sido siempre, pues hasta entonces, sólo había para regar las aguas salitrosas, que desde tiempo inmemorial discurren por el cauce del Vinalopó. Esto fue el principio de una nueva época más próspera para la agricultura ilicitana, siempre pendiente y supeditada a la bondad de las lluvias, por lo general, escasas e insuficientes.

Pero estas aguas que elevaban y distribuían las menciona-



Plantación de patatas de otoño en pleno desarrollo vegetativo.

das sociedades, tenían también la condición de sobrantes, y por lo tanto, solamente se podía disponer de ellas cuando sobraban en la Vega Baja que tenían un derecho preferencial sobre las mismas desde tiempos muy antiguos. Así, pues, en los años húmedos y lluviosos, se regaba todo lo necesario en el campo de Elche y en los años secos y de escasas reservas, se pasaba sed.

Como hace algunos años, en la cabecera del Segura, se construyeron varios pantanos reguladores, sobre todo el Cenajo, que es el más grande de todos, y generalmente, el agua embalsada en los mismos es escasa, los desembalses para regar las Vegas Alta, Media y Baja del Segura, se suelen hacer muy ajustados a las necesidades de estos riegos. Por tal motivo, casi nunca hay sobrantes, con lo cual, la posibilidad de regar en el campo de Elche es bastante insegura y problemática. Para paliar, en parte, esta inseguridad, en la década de los años treinta, la Compañía de Riegos de Levante, construyó los embalses del Hondo, para llenarlos en épocas de abundancia, generalmente en Invierno y tener así una reserva disponible para aprovecharla

en el momento oportuno. Esto mejoró la situación, pero no fue tampoco una solución definitiva. Por otra parte, al pasar las aguas por el embalse del Hondo, perdían calidad, ya que debido al suelo salitroso del mismo, las aguas se contaminaban.

Parece ser, que en un futuro no muy lejano, se van a trasvasar aguas de los sobrantes del Júcar, desde su desembocadura en Cullera, para regar la Marina Alta y Baja alicantina y el Medio y Bajo Vinalopó. Por lo menos, así está proyectado y según todos los indicios, existe la voluntad política por parte de la Administración, para llevar a cabo estas obras, venciendo las muchas reticencias que siempre manifestaron los agricultores valencianos a que se materializase este proyecto, que como hemos dicho antes, es muy antiguo. Si esta voluntad política de los poderes públicos se mantiene intacta, a la vuelta de una década, poco más o menos, el trasvase Júcar-Vinalopó, el antiguo sueño de los ilicitanos, podría convertirse en una gozosa realidad, portadora de muchos beneficios.

Pero llegado este momento, tendríamos que preguntarnos a qué precio les costarían a los agricultores ilicitanos estas aguas trasvasadas del Júcar para regar el campo de Elche. Porque esa es otra cuestión muy importante a tener en cuenta: el precio a que van a costar esas aguas trasvasadas a sus usuarios.

Según el proyecto de estas obras, «el precio de estas aguas será asequible a una determinada agricultura». Esta expresión es demasiada ambigua y se podría interpretar de muchas maneras. Lo que resulta evidente es que si los elevados costos de esta magna obra tienen que amortizarse íntegramente con los precios a que se venda el agua que se trasvase, estos precios resultarán sumamente elevados, tal vez prohibitivos para una agricultura rentable. Ahí radica el quid de la cuestión. Porque si importante es regar para poder producir, más importante aún es que la rentabilidad de lo que se produce, compense los costos de producción, cosa que, desgraciadamente, no siempre ocurre.

De todas formas, las aguas trasvasadas del Júcar, si más pronto o más tarde se realiza este proyecto, serían un valioso complemento a las que se trasvasan del Tajo al Segura desde hace unos años y a las que se elevan de los sobrantes de la Vega Baja, ya que actualmente resultan insuficientes para cubrir las necesidades de la agricultura ilicitana.

Los años 83 y 84 fueron francamente catastróficos, a causa de la sequía. Debido al agotamiento de las reservas de agua embalsadas en la cabecera del Segura y a la escasez de las reservas del Tajo, los riegos en el campo de Elche estuvieron muchos meses paralizados y los cultivos arbóreos sufrieron fuertes quebrantos por falta de agua. Además, hubo una gran merma en los cultivos hortícolas por el mismo motivo. Esta situación mejoró bastante en el 85, ya que aumentaron las reservas disponibles y se restablecieron los riegos normalmente. En 1986 continúa esta mejoría en cuanto a disponibilidades de agua, aunque se atisban ciertas deficiencias para los últimos meses del mismo, si la meteorología no lo remedia de inmediato. Al final del verano, tal vez se pasen apuros de nuevo.

Pero al margen de la escasez de agua de riego disponible, existe otro problema relacionado con la misma, que se va agravando de día en día: nos referimos a la creciente contaminación y pérdida de calidad de estas aguas que se emplean para regar el campo de Elche. Incluso, cuando estas aguas se toman directamente del río Segura, que son pocas veces, están altamente contaminadas, pues el Segura se ha convertido en una verdadera cloaca, por los muchos residuos que vierten en su cauce los pueblos ribereños. Por otra parte, como la Vega Baja casi siempre riega con aguas escasas, los únicos sobrantes que existen son las aguas que discurren por los azarbes de drenaje que son de baja calidad. Y para empeorarlas aún más, las que distribuye Riegos de Levante, en la mayoría de los casos, pasan por el embalse del Hondo, lo cual contribuye a que se incremente aún más su contaminación. Esta contaminación, en muchas ocasiones, llega hasta el extremo de dos y tres grados de salinidad. Lógicamente, regar muchas veces con aguas de estas características, producen un gran deterioro en la tierra, que pierde, poco a poco, sus propiedades productivas. Lo mismo ocurre con las aguas que distribuyen las sociedades de San Pascual y San Enrique, procedentes de Monforte del Cid y de Aspe, ya que cada día que pasa son más escasas y de peor calidad, estando los veneros donde proceden próximos a su agotamiento.

Estas circunstancias, contribuyen sobremanera, a que los distintos cultivos produzcan unos rendimientos más bajos, pues al regarse con aguas de baja calidad, los abonos químicos y or-

gánicos tienen menos aprovechamiento y la vegetación de árboles y plantas es más deficiente, así como la tierra pierde, por esta circunstancia, un gran porcentaje de su capacidad productiva. Este problema, está adquiriendo en el campo de Elche caracteres alarmantes y una gran preocupación entre los agricultores ilicitanos.

Las únicas aguas que se riegan aquí de buena calidad, son las trasvasadas del Tajo, que se distribuyen por el canal de Crevillente que parte del río Segura en la presa de Ojós, al sur de Cieza. (Hace unos días se ha inaugurado el pantano de Crevillente, para llenarlo a través del canal del mismo nombre, de las aguas del trasvase y que servirá de embalse regulador de dichas aguas). Pero estas aguas, resultan excesivamente caras, ya que se están pagando en estos momentos a 3.175 pesetas la hora, en un caudal de 50 litros por segundo, o lo que es lo mismo, a 17'63 pesetas el metro cúbico. Con aguas a estos precios, por buenas que sean, los costos de producción se encarecen tanto, que la mayoría de los cultivos que se dan en el campo de Elche, resultan antieconómicos. Desde luego, en plan ahorrativo, cabe la posibilidad de regar por el sistema de goteo, pero para ello, los agricultores tienen que hacer unas inversiones que, en la mayoría de los casos, son superiores a sus posibilidades económicas, si no disponen de unas generosas ayudas de la Administración para financiar los costos de la adaptación de los cultivos al nuevo sistema de riego.

El incremento de los costos de producción, no tendría la mayor importancia, si los productos cosechados tuvieran unos precios acordes y remuneradores. Pero en la mayoría de los casos, no ocurre así, sino todo lo contrario. Sobre todo, en el capítulo de frutas y hortalizas, nunca hay una rentabilidad asegurada de antemano. Se plantan cosas al buen tuntún y a lo que salga, dándose casos en que por distintas circunstancias, un producto determinado, resulta rentable un año y al siguiente altamente ruinoso. O viceversa. Producir en estas condiciones, siempre resulta una aventura de resultados imprevisibles. Por otra parte, todos los cultivos que están a la intemperie, están siempre expuestos a las inclemencias y contrariedades meteorológicas, con los consiguientes quebrantos y pérdidas.

La deducción lógica que se puede sacar de todos estos ra-

zonamientos, es que el futuro de la agricultura ilicitana, es bastante incierto y problemático. En estas circunstancias, es muy difícil poder competir con otras zonas de clima similar, donde tienen agua de riego de buena calidad abundante y además, gratis, con lo cual rebajan enormemente los costos de cultivo. Sin ir más lejos, la misma Vega Baja del Segura, está en estas condiciones de superioridad respecto al campo de Elche, aunque hay otras zonas más lejanas, que aún disfrutan de condiciones más ventajosas, como algunas comarcas de la provincia de Huelva, por ejemplo, donde están empezando a desarrollar una agricultura intensiva de amplios vuelos.

Por estas y otras cosas, lo cierto es que la agricultura ilicitana, a cada año que pasa, lo tiene más difícil y complicado. Los costos de cultivo suben como la espuma y la rentabilidad de las cosechas es muy incierta, y en la mayoría de los casos, completamente nula. Mucho tendrán que agudizar el ingenio y la imaginación los agricultores ilicitanos, si quieren vivir dignamente del producto de su trabajo, si quieren subsistir en su profesión.

Y uno de los mayores inconvenientes que tienen para conseguirlo, consiste en que no disponen con seguridad de aguas de riego suficientes y de buena calidad, a unos precios razonables y acordes con los precios de las cosechas que producen. Ese es el gran problema que puede llegar a asfixiar por completo la agricultura ilicitana en el plazo de pocos años.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

LAS CASAS DE CAMPO

En el campo de Elche, las viviendas rurales que se construyeron hasta hace tan pocos años, tenían unas características propias muy bien definidas, basándose en un estilo arquitectónico particular, ya que se diferenciaban mucho de las viviendas rurales que construían en los pueblos limítrofes. En este caso particular, se trataba de casas de una sola planta, orientadas hacia el sur, cuyas techumbres a dos aguas, estaban cubiertas con tejas planas de cerámica. Las paredes solían ser de piedra que se unían entre sí por medio de yeso al que se le añadía un determinado porcentaje de tierra para rebajarlo un poco. Estas paredes se enlucían también de yeso, tanto por fuera como por dentro.

Las vigas que sostenían las techumbres de estas casas, eran de madera, de una longitud aproximada a unos cuatro metros.

Adosada a la parte delantera de la vivienda, se construía la «porchá», que le proporcionaba sombra y abrigo en verano y en invierno. Y por la parte trasera, estas casas terminaban en el corral, en forma de apéndice, en cuyo interior se cobijaban las caballerías de labor y los animales domésticos, en unas de-

pendencias hechas exprofeso para estos fines.

En el interior de estas viviendas, siempre construían un aljibe donde recogían el agua de lluvia que discurría desde el tejado a través de unos canalones de zinc. Estas aguas de lluvia que iban a parar al aljibe, para que fueran limpias y puras sólo se recogían en invierno y cuando el tejado no tuviese suciedades de ninguna clase, ya que se gastaban para el servicio doméstico de la familia, particularmente, para beber. Como estas aguas dentro del aljibe estaban a varios metros de profundidad, tenían siempre la misma temperatura, no afectándoles los cambios climáticos del exterior. Por eso en verano estaban más frescas y en invierno más calientes que las que permanecían a la temperatura ambiente.

Estas casas de campo solían tener dos puertas al exterior. Una delantera en la parte central del edificio, que era la puerta principal de entrada, y otra trasera en la parte lateral, por donde entraban las caballerías de labor. El cuerpo principal de la casa y las dependencias inferiores, están comunicadas por una puerta interior. Dentro de este cuerpo central de la casa, estaban todas las dependencias principales de la vivienda, compuestas de varios dormitorios y una cocina-comedor, con su correspondiente horno de leña donde se cocía el pan que consumía la familia. Todas las habitaciones daban a la parte central de la vivienda.

En algunas de estas casas de campo, solían construir una sala o «cambra», que servía de almacén y trastero; a veces sin levantar más la techumbre parcialmente y en otras, levantando más el techo en toda aquella superficie que ocupaba este cuerpo superior de la edificación. A estas «cambras» se subía por una escalera de obra o de madera, que en algunos casos era interior y en otros exterior.

En la época de la posguerra, se puso de moda hacerle a estas viviendas rurales dos puertas delanteras, en la fachada principal. Por una de estas puertas se accedía a los dormitorios y por la otra a la cocina y el comedor, que ya los distribuían separados entre sí.

Este tipo de viviendas eran las que se construían los agricultores pequeños y medianos del campo de Elche. Era el prototipo de vivienda rural del agricultor medio ilicitano. Salvan-



Casa de Campo de estilo arquitectónico tradicional que tiende a desaparecer.

do pequeños detalles diferenciadores, todas estas casas de campo estaban cortadas por el mismo patrón.

No obstante, en las grandes fincas rústicas, tanto si eran de los agricultores más acomodados, como si eran de los terratenientes de la población, había unas casas más grandes, generalmente de dos plantas y de un estilo arquitectónico diferente. Eran unas viviendas más espaciosas, con varias dependencias, de aspecto más señorial que demostraban una mayor suntuosidad y más potencial económico por parte de sus dueños. Algunas de estas casonas aún permanecen en pie, aunque las propiedades donde están ubicadas se hayan parcelado en pequeños trozos.

Todos estos grandes edificios son muy antiguos y algunos de ellos tienen varios siglos de existencia, constituyendo una minoría dentro del conjunto de las viviendas campesinas. Son mudos testigos de las estructuras agrarias ilicitanas de otros tiempos.

De unos años a esta parte, estas viviendas rurales características del campo de Elche, han dejado de construirse por completo. En la actualidad, los gustos y las preferencias de los agri-

cultores ilicitanos por un determinado tipo de vivienda, han cambiado mucho respecto al pasado, lo mismo que ha ocurrido con otras muchas cosas.

Al margen de que sean más o menos lujosas, (eso siempre está en función del capricho y de las posibilidades económicas de cada cual) las viviendas que en la actualidad se construyen los agricultores del campo de Elche, son del mismo tipo y estilo de las que se construye la gente de la población, en plan de segunda vivienda. Es un tipo de vivienda moderna que por su forma y materiales empleados en su construcción, no tienen ninguna semejanza con las viviendas rurales tradicionales. En esto, como en otras muchas cosas, los agricultores ilicitanos han renunciado, en aras de la modernidad, a sus propios signos de identidad, que hasta hace pocas décadas, se iban transmitiendo de padres a hijos, a través de las generaciones.

Y no es que hayan adoptado un nuevo modelo de edificios de unas características uniformes determinadas. Nada de eso. Las casas que ahora se construyen en el campo los agricultores ilicitanos para sus hijos o para ellos mismos, son distintas unas a otras, dejándose llevar por lo que los arquitectos les sugieren, en cuanto a su forma y estilo arquitectónico se refiere, lo cual da pie a una gran variedad y una notable diferencia entre unas y otras. Es más. Las casas de campo que ahora se construyen los propios agricultores, además de ser muy diferentes entre sí, y distintas a las que se construían antes, en cuanto a su forma y estilo, han perdido hasta su propio nombre. Ahora ya no dice nadie «voy a construir una casa»; dice simplemente, «voy a construir un chalet». Con eso está dicho todo. Es el signo de los tiempos modernos. Las casas de campo, han cambiado de forma y de nombre.

IMPUESTOS DE TRANSMISIONES

En las transmisiones de fincas rústicas, tanto por herencia como por compra-venta, el Ayuntamiento de Elche trata de cobrar el «impuesto sobre el incremento del valor de los terrenos», más conocidos como impuesto de plus-valía. A tal efecto, el Ayuntamiento tan pronto recibe notificación del Registro de la Propiedad de que una finca rústica ha cambiado de titular, les pasa aviso a las dos partes implicadas en la transmisión instándoles al pago de las cantidades estipuladas en concepto de dicho impuesto, cantidades que están en función del tiempo transcurrido desde la transmisión anterior.

Aunque legalmente, cuando procede pagar dicho impuesto (siempre que las partes contratantes no acuerden lo contrario) tendrá que pagarlo la parte vendedora, el Ayuntamiento suele avisar a las dos partes implicadas, y en última instancia, siempre actúa sobre el comprador o heredero, que es en esos momentos el que ostenta la titularidad de la propiedad en cuestión, y es en definitiva, el que tiene que responsabilizarse de dicho pago.

Cuando se trata de propiedades urbanas, la cosa no ofrece la menor duda, ya que todas están sujetas al impuesto de plus-

valía cuando se transmiten de una persona a otra. Pero en las fincas rústicas es diferente, ya que en unos casos procede pagar y en otros no, por estar exentas. Todo depende de las circunstancias particulares de cada caso.

No obstante, el criterio del Ayuntamiento es que, en principio, todas las transmisiones de terreno rústico están sujetas al pago del impuesto de plus-valía, y que para quedar exento del mismo, el interesado tiene que aportar los datos y documento suficientes que justifiquen que la finca en cuestión es una explotación agrícola. Justificando, inequívocamente, dichos extremos, se puede conseguir la exención del mencionado impuesto.

Hasta aquí, todo correcto, pues la letra y el espíritu de la Ley dice claramente que están exentos del pago de dicho impuesto todas las fincas rústicas que tengan la condición de explotaciones agrícolas, ganaderas, mineras o forestales.

Pero los problemas surgen a la hora de determinar cuándo un terreno rústico adquiere la condición de explotación agrícola. Aquí, las cosas ya no están tan claras y las interpretaciones son muy distintas unas de otras, según la persona de que se trate y los intereses que defienda.

En lo que al Ayuntamiento de Elche se refiere, obra y procede según el criterio del técnico municipal encargado de estas cuestiones que es el que determina en cada caso si se ha de pagar dicho impuesto o se le exime de dicho pago.

El criterio de un técnico del Ayuntamiento que estuvo varios años gestionando estas cuestiones y que en función de sus informes decidía el Ayuntamiento si tenía que pagarse o no, el mencionado impuesto, era que la «tierra blanca», (es decir, sin arbolado) era terreno rústico, pero no podía considerarse como explotación agrícola, y por lo tanto estaba sujeta al pago del impuesto de plus-valía, en el momento de la transmisión. Afirmación un tanto ilógica y carente de sentido, pues hay miles de hectáreas de tierra así en el campo de Elche que se dedican todos los años a los cultivos herbáceos y hortícolas, incluso de una manera intensiva, siendo, por lo tanto, verdaderas explotaciones agrícolas a todos los efectos, y por consiguiente, deben de quedar exentas del pago de dicho impuesto. Este mismo técnico, no tenía tampoco una uniformidad de criterio a la hora de hacer estas calificaciones, ya que en igualdad de circuns-

tancias, en unos casos decía que había que pagar y en otros no.

Estos comportamientos crearon un acusado malestar en el campesinado ilicitano, ya que en muchos casos se vieron obligados a pagar un impuesto que consideraban improcedente y fuera de lugar.

Pero en lo relativo al impuesto de transmisiones, hay otra faceta aún más importante que la reseñada, y que está creando también un gran malestar entre los agricultores. Se trata de las valoraciones que hacen de las fincas rústicas objeto de transmisión, los técnicos de la Delegación Provincial de Hacienda, para la aplicación del Impuesto de Derechos Reales. Como es bien sabido, en estos casos se paga en concepto de impuesto de transmisión, un determinado porcentaje del valor catastral que le ponga Hacienda a la finca en cuestión, porcentaje que en los casos de compra-venta oscila alrededor del 6%, siendo mayor en los casos de herencia, aumentando su cuantía a medida que disminuye el grado de parentesco que une a las personas implicadas en la herencia.

Hasta hace unos años, Hacienda, en estos casos, valoraba estas propiedades a unos precios mucho más bajos que los precios de mercado, y por consiguiente, las cantidades a pagar en concepto de Derechos Reales, no resultaban muy gravosos. Pero de un tiempo a esta parte, estas valoraciones oficiales a cargo de los técnicos de Hacienda las han incrementado tanto que llegan a ser incluso mucho más elevadas que las que rigen en el mercado libre de la tierra. Hay casos particulares en que la valoración de Hacienda es un 20% superior al precio real de compra de la finca en cuestión.

No siempre aplican el mismo baremo de valoración para toda la superficie del campo de Elche. Depende de la zona donde esté ubicada la propiedad y de otros factores. En función de estas circunstancias, la valoración será más o menos elevada.

Pero de todas formas, lo normal es que actualmente Hacienda valore las tierras del campo de Elche, en su conjunto, para efectos del pago del impuesto de transmisiones, entre las 200.000 y 300.000 pesetas por tahulla.

Por distintas causas, actualmente hay poca demanda de tierra. Por tal motivo, las pocas operaciones de compraventa que se hacen en estos momentos, en la mayoría de los casos, se rea-

lizan a unos precios inferiores a los reseñados.

Otra cosa muy distintas es cuando Hacienda tiene que hacer valoraciones de terrenos objeto de expropiación para construir obras públicas de interés general. En estos casos Hacienda se muestra más cicatera a la hora de valorar los terrenos que se han de expropiar, si bien al valor de la tierra en sí, se añade el valor de los árboles o cultivos que contenga.

Desde que el Ayuntamiento de Elche empezó a poner trabas y dificultades para edificar en terreno agrícola, la tierra en el campo de Elche perdió valor comercial, por falta de compradores. No obstante, Hacienda no ha tenido en cuenta esta circunstancia a la hora de las valoraciones para efectos de impuestos, valoraciones que en la mayoría de los casos, son superiores a los precios reales. Esta circunstancia dificulta aún más la posibilidad de encontrar comprador para la tierra que se pretenda vender, lo cual redunda en perjuicio de los propios agricultores.

Han habido épocas en que la demanda de tierra en el campo de Elche, sobre todo, en pequeñas parcelas para edificar, era superior a la oferta, y como consecuencia lógica, ésta se revalorizaba a medida que pasaba el tiempo. Hoy ocurre todo lo contrario, ya que si alguien quiere vender tierra, lo difícil es encontrar comprador para la misma, sobre todo, entre agricultores, debido a los malos momentos por los que está atravesando la agricultura ilicitana.

LA ESTERILIZACIÓN DEL CAMPO DE ELCHE

Las tierras del campo de Elche se van esterilizando a pasos agigantados, a causa de regarse, frecuentemente, con aguas salitrosas y de mala calidad. Este grave problema no es nuevo, ya que se viene arrastrando desde hace bastantes años y se va agravando a medida que pasa el tiempo.

Cuando el Progreso y la Compañía de Riegos de Levante empezaron a elevar y distribuir aguas de los sobrantes de la Vega Baja del Segura, estas aguas, generalmente, eran de una calidad excelente, ya que eran aguas que discurrían por los azarbes de riegos, como sobrantes, o por el cauce del río hasta la presa de Guardamar.

Por aquellos tiempos, salvo algunas esporádicas y breves temporadas de sequía, al final de algún verano, habían aguas suficientes para poder regar en todas las épocas del año. Tanto era así, que la Compañía de Riegos de Levante, para estimular a los agricultores a que gastasen más agua, daba un riego gratis a todos aquellos que plantasen ciertos cultivos de verano.

No obstante, en la década de los años treinta, la Compañía de Riegos de Levante pensó hacer un embalse regulador para llenarlo cuando hubiese abundancia de agua disponible y escasease la demanda de la misma. Generalmente, esto ocurría en los meses lluviosos del invierno, cuando las tierras tenían menos necesidad de riego. La idea era excelente y respondía a una necesidad de planificación, con miras a un aprovechamiento máximo y en el momento más oportuno de unos recursos líquidos que aquí en esta zona, siempre han sido escasos.

El único lugar aprovechable para construir este embalse, eran los saladares comprendidos en los términos municipales de Elche y Crevillente, cruzados de norte a sur por el Canal Principal. Este proyecto que era excelente se materializó en un breve plazo, construyéndose sendos pantanos a uno y otro lado del Canal Principal, llamados pantanos del Hondo. A partir de esos momentos, al poder retener cierta cantidad de agua embalsada, para utilizarla cuando más necesidad hubiese de ella, los regadíos de toda la zona podían tener mayor regularidad durante todas las épocas del año, lo que, evidentemente, constituía un gran beneficio para los regantes.

Pero pronto se comprobó que alrededor de estos embalses recién construidos, concurría una circunstancia negativa, que enturbiaba, en parte, la valoración positiva que a priori se había hecho de los mismos, como era el que al tener el suelo salitroso, las aguas que allí se embalsaban se contaminaban y perdían calidad, lo cual era un perjuicio para las tierras que se regaban después con estas aguas.

De esta manera, durante más de medio siglo, el campo de Elche (igual que el resto de la zona comprendida en el ámbito de riegos de la Compañía de Riegos de Levante) ha estado regándose, en la mayoría de los casos, con aguas de mala calidad, produciéndose, por este motivo, una creciente esterilización de sus tierras.

Esta paulatina degradación de los terrenos por regarse con aguas contaminadas, afecta a toda clase de cultivos que se pongan en ellos, tanto herbáceos como arbóreos, particularmente a los más sensibles y delicados, como son, por ejemplo, los cítricos y los almendros. Por esta causa, muchos miles de árboles se han secado en el campo de Elche o han tenido un desarrollo



Huerto de limoneros en plena producción.

vegetativo deficiente. Lo mismo ocurre con ciertas hortalizas, como los melones y las sandías, que antes se hacían aquí con mucha facilidad y ahora no hay forma de producirlos sin un previo saneamiento de la tierra.

En los últimos tiempos, después de la llegada de las aguas trasvasadas del Tajo, esta lamentable situación se ha podido subsanar en parte, ya que estas aguas son de buena calidad y se distribuyen directamente, a través del canal de Crevillente, sin pasar por el Hondo. Esto, al menos, da opción a poder alternar los riegos de los distintos cultivos con aguas de una y otra procedencia, disminuyendo la contaminación de los terrenos.

Pero aunque se quisiera regar siempre con aguas trasvasadas, no habría posibilidad de hacerlo, ya que no hay continuidad en su distribución, por tener también la condición de sobrantes y estar sujetas a un estricto control su distribución. Tanto es así, que si en los embalses de la cabecera del Tajo no hay almacenadas unas reservas que superen unos mínimos determinados, se suprimen los trasvases, como ya ocurrió en los años

83 y 84. Por otra parte, aunque las aguas trasvasadas fueran abundantes, al tener precios tan elevados, resultan prohibitivas para regar cultivos de baja rentabilidad, que son la mayoría. Por eso, en estos casos, los agricultores recurren a las aguas de las antiguas concesiones, por ser mucho más baratas, aun a sabiendas que son de peor calidad, sobre todo, para regar los cultivos más resistentes, como los granados, los olivos y las palmeras.

En los años 83 y 84 en que apenas se dispuso de agua trasvasada del Tajo y en que las reservas del Segura fueron también escasísimas, los riegos en el campo de Elche se redujeron a la más mínima expresión, siendo malísimas casi todas las aguas utilizadas en los mismos. Fueron estos dos años verdaderamente calamitosos para la agricultura ilicitana a causa de la sequía, llegándose a regar en aquellos meses aguas que contenían hasta cuatro y cinco grados de salinidad.

Esta contaminación de las aguas de riego se ha visto incrementada en los últimos tiempos a causa de los desagües residuales que los pueblos ribereños del Segura vierten al río, convirtiéndolo, casi permanentemente, en una verdadera cloaca de aguas fétidas y turbias. Hasta hace unos años, las aguas que discurrían por el Segura en más o menos cantidad, eran aguas limpias y puras. Pero ahora, en la mayoría de los casos, contienen tal cantidad de suciedad y contaminación, que las hace poco menos que inservibles para el riego. Por lo tanto, no solamente se contaminan en el Hondo, como ocurría en los primeros tiempos, sino que cuando llegan ahora al embalse, ya vienen contaminadas y en malas condiciones.

Por todas estas causas, cada día resulta más difícil regar en el campo de Elche con aguas elevadas de las antiguas concesiones (otro tanto ocurre con las aguas que distribuye el Progreso) que sean, por lo contaminadas que llegan, medianamente aceptables. Es este un problema muy grave que se viene agudizando de día en día, y que puede llegar a tener una incidencia muy negativa en el futuro de la agricultura ilicitana.

Si las condiciones metereológicas no cambian y continuamos con esta escasez de lluvias que venimos padeciendo en los últimos años, regar con aguas elevadas va a ser muy difícil y problemático, con el agravante de que cada día que pasa estas

aguas van a ser de peor calidad.

La Comunidad de Riegos de Levante, a través del Ministerio de Obras Públicas y del IRIDA, está haciendo cuantiosas inversiones modernizando las instalaciones de bombeo de todas las elevaciones del Canal Principal, que estaban anticuadas y casi inservibles. Estas instalaciones, sólo sirven para elevar las aguas de las antiguas concesiones que, como estamos comentando, cada día que pasa son más escasas y de peor calidad. Si eso es así, ¿serán estas inversiones rentables y tendrán una utilidad práctica? ¿Valdrá la pena hacer estos cuantiosos desembolsos, que en su mayor parte tendrán que pagar los propios comuneros? ¿Se podrán utilizar en el futuro estas aguas de los sobrantes de la Vega Baja del Segura, dada su creciente degradación? ¿Podrán soportar las tierras que se rieguen con estas aguas tanta salinidad, sin que pierdan sus cualidades productivas?

Para combatir este problema, parece ser (al menos se ha aireado en los medios de comunicación) que entre los proyectos de mejoras que tiene programados la Comunidad de Riegos de Levante, figura el entubado del Canal Principal, a su paso por el Hondo, para impedir las filtraciones de aguas salmayas de nacimiento, como ha ocurrido siempre. Esto, evitaría en parte, su contaminación. También se ha apuntado la posibilidad de impermeabilizar el piso de los embalses del Hondo, para evitar igualmente, la contaminación de las aguas que allí se depositen.

Aunque en la actualidad se puede realizar cualquier clase de obra, por importante que sea, siempre que se disponga del dinero necesario para ello, este proyecto nos parece tan sumamente ambicioso, que dudamos mucho se convierta en realidad en un futuro inmediato.

Con aguas de baja calidad, sólo se pueden regar determinados cultivos tradicionales que, en la mayoría de los casos, hay que prescindir de ellos por no tener ninguna rentabilidad. Pero es que aún en este supuesto, es preferible no utilizarlas, si queremos evitar que las tierras continúen degradándose aún más de lo que están, por esta causa.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

EDIFICACIONES EN PARCELAS DE 2.000 METROS CUADRADOS

En la década de los años 60 se inició la gran eclosión de la industria del calzado en Elche. Aunque esta industria, primero fabricando alpargatas y después zapatos y sandalias tenía aquí un gran arraigo, fue en estos años cuando se incrementó notablemente, alcanzando un auge y esplendor inusitados. Este florecimiento industrial, generador de trabajo y de riqueza, potenció positivamente, todos los sectores de la sociedad ilicitana, propiciando un mejoramiento en el nivel de vida de las gentes. Había trabajo para todos y al mismo tiempo la mayoría de los negocios eran boyantes y prósperos. En términos generales, la gente ganaba dinero, tanto el sector empresarial, como la masa de asalariados, y por consiguiente, iba en aumento el poder adquisitivo de todos. Fue el inicio de lo que se llamó la época dorada del desarrollo, un poco a remolque del esplendoroso desarrollismo europeo que tuvo lugar en la posguerra.

Al disponer de más medios económicos, la gente empezó a comprar cosas que le apetecía tener y que hasta entonces no

había podido adquirir por no disponer de dinero o porque no estaban en el mercado. Primero fueron los electrodomésticos, para facilitarle a las mujeres los trabajos de la casa y hacer el hogar más confortable. Después fue la adquisición del coche utilitario, para los desplazamientos cortos de la familia, revolucionando de esta manera las costumbres de la clase media y baja, para pasar a continuación a la compra del piso, satisfaciendo la aspiración de poder habitar en una vivienda propia, aunque ésta fuera de pequeñas dimensiones y construida con materiales de baja calidad.

Todas estas cosas se compraban entregando, en principio, una cantidad a cuenta, en concepto de entrada, para pagar el resto mediante plazos mensuales. Fue aquella la época en que se puso de moda el comprar las cosas a plazos. De esta forma, se pagaba un poco más por los objetos adquiridos, pero al ser los pagos fraccionados, resultaba más fácil y asequible su amortización. Con esta modalidad de pago, la compra de un televisor, de un 600 o de una vivienda, estaba al alcance de cualquier economía. Por otra parte, como la oferta de todos estos objetos era desbordante, muy pocas familias resistían la tentación de adquirirlos, aunque tuvieran que hacer para ello, más o menos sacrificios.

A medida que iba mejorando la situación económica de la mayoría de la gente, se iban experimentando nuevas apetencias y creando nuevas necesidades que había que satisfacer.

Una vez ya las familias en posesión del televisor, el coche y el piso, el próximo paso a dar por la gente de la población, era construirse un chalet en el campo, eso que se llamó la segunda vivienda, reminescencia de la antigua «faeneta», para pasar las vacaciones y los fines de semana. Entonces fue, cuando en función de esas nuevas apetencias, se inició la demanda depequeños trozos de tierra con el único fin de edificar en ellos.

Como el Ayuntamiento permitía edificar en el campo en unas superficies con un mínimo de 2.000 metros cuadrados, se pusieron de moda las famosas «parcelas» con estas dimensiones. La palabra «parcela» se oía por todas partes, ya que estaba en boca de todos, asociándola siempre a la edificación en el campo, por parte de las gentes de la población, que se volcaron comprando pequeños trozos de tierra por todos los secto-



Uno de los miles de chalets que hay en el campo de Elche, algunos de los cuales están habitados por familias de agricultores.

res del campo de Elche. Fue aquella una tendencia generalizada que se iba contagiando de unos a otros, de la que muy pocas familias se quedaron al margen.

Esta creciente demanda de terreno agrícola para edificar, propició un incremento notable en el valor comercial del mismo. Además, se daba la circunstancia de que este hecho ocurrió en una época en que la agricultura ilicitana estaba en decadencia, por haber perdido un gran porcentaje de la rentabilidad que había tenido hasta entonces. Aunque esto, a primera vista, parezca paradógico, tenía su lógica y su razón de ser, ya que el incremento del valor de la tierra, no obedecía a motivaciones agrícolas, sino que por el contrario, era porque se podía convertir en suelo urbanizable, del què cada día había más demanda.

Así las cosas, muchos agricultores ilicitanos estaban predispuestos a vender, en algunos casos por necesidad y en otros, incentivados por los elevados precios a que se pagaban. Lo cierto

es que en el plazo de pocos años se pusieron a la venta por todo el campo de Elche, cerca de 10.000 parcelas de tierra de pequeñas dimensiones, comprándose la mayor parte de ellas, a unos precios cada día más elevados.

Este «boom» en la adquisición de pequeñas parcelas de tierra para edificar, llevó aparejado la construcción de una gran cantidad de chalets, chalets que proliferaban por todas partes, de la noche a la mañana. Este fenómeno se mantuvo a un ritmo acelerado hasta que el Ayuntamiento empezó a poner dificultades y restricciones en la concesión de licencias de obras para edificar en terreno que tenía la catalogación de agrícola, dificultades y restricciones que quedaron reflejadas explícitamente, en el nuevo Plan General de Urbanismo, aprobado en 1986, después de largas dilaciones y aplazamientos. Con este nuevo Plan General de Urbanismo, se había pasado de una permisividad casi absoluta para edificar en el campo, a una prohibición casi total, puesto que en las nuevas normas urbanísticas sólo se permitía edificar en parcelas de un mínimo de 5.000 metros cuadrados, y siempre que estas edificaciones tuvieran una relación directa con las necesidades de las explotaciones agrarias, debidamente justificadas. Las circunstancias cambiaron radicalmente, hasta el extremo de que la época de las autorizaciones masivas para edificar en el campo, quien quisiera, en pequeñas parcelas de tierra, había pasado a la historia. En vista de ello, la demanda de suelo agrícola para edificar, sufrió un brusco frenazo, reduciéndose, prácticamente, a cero. Lógicamente, al paralizarse la demanda, los precios se paralizaron también a la baja.

El que se pudiera edificar en el campo de Elche con tanta facilidad, (ocurría exactamente lo mismo en los pueblos limítrofes) fue en su día un tema muy controvertido y polémico, que dio lugar a muchas discusiones y comentarios, por los intereses de distinto signo que habían involucrados en esta cuestión. Mientras unos eran partidarios acérrimos de que las cosas continuaran así, por considerar que eran beneficiosas, otros estaban en contra de esta facilidad, por entender que ello redundaba en contra de la agricultura ilicitana, ya que muchas de las tierras agrícolas de las mejores del término municipal, las iban ocupando, poco a poco, los nuevos chalets y sus dependencias

que aumentaban de día en día.

Y los propios agricultores ilicitanos, ¿qué opinaban de esta cuestión que tanto les afectaba? ¿Estaban a favor o en contra de que se pudiese edificar en parcelas de 2.000 metros cuadrados? En su inmensa mayoría, estaba a favor de estas facilidades urbanísticas, aunque en su fuero interno reconocían que esto, indirectamente, les perjudicaba desde el punto de vista profesional. Esta opinión favorable casi generalizada, la manifestaron en varias ocasiones ante el Ayuntamiento, cuando la Corporación Municipal intentaba restringir estas facilidades. Y estaban de acuerdo por considerar que de esta forma, la tierra se revalorizaba, incrementando su patrimonio particular. Así, en caso de tener que pedir un préstamo a una entidad bancaria, sus propiedades rústicas ofrecían mayores garantías de solvencia. Y también en el supuesto de necesitar dinero para comprar un tractor, construir una vivienda o cubrir otras necesidades familiares valiéndose para ello sólo de sus propios medios, la venta de un trozo de tierra a los elevados precios que se pagaba, le solucionaba el problema, sin tener que recurrir a medios ajenos.

Ocurría también que en muchos casos, los agricultores ya no sentían por la tierra ese cariño y esa veneración que habían sentido siempre, y a la que tan apegados habían permanecido en todo momento. La pérdida de atractivo, por la falta de rentabilidad, de la agricultura ilicitana, iba enfriando poco a poco el interés de los agricultores por su profesión, particularmente, de los más jóvenes. «Si ser agricultor resulta cada día más difícil y problemático, al menos que la tierra valga bastante dinero y que sea vendible fácilmente. Así tendremos un capital potencial disponible en cualquier momento», pensaban muchos agricultores ilicitanos. Vistas las cosas desde esa perspectiva, el razonamiento era lógico y válido.

Lo cierto es que con estas facilidades para edificar, en el plazo de pocos años, se construyeron en el campo de Elche, varios miles de chalets sobre parcelas de tierra de pequeñas dimensiones, chalets que en su inmensa mayoría, eran de gente de la población.

Esto, en algunos casos, originó problemas y rozaduras entre los «chaleteros», (así llamaban los agricultores a la gente de la población que se habían construido chalets en el campo) y

los campesinos. Los «chaleteros», lo primero que hacían era verjar sus propiedades para que nadie pudiera entrar en ellas sin su permiso. De esta manera, trataban de aislarse de los agricultores, formando un mundo aparte que no tenía nada que ver con el colectivo campesino que seguía cultivando la tierra. En cambio, las propiedades de los agricultores, en su inmensa mayoría, no tenían ningún cerramiento, y por lo tanto, estaban expuestas a que penetraran en ellas personas desaprensivas que se comportaban incorrectamente, en detrimento de sus cosechas y pertenencias. Todas estas circunstancias iban generando una cierta tirantez entre dos colectivos de costumbres y mentalidad muy diferentes, ya que para algunas personas de la población que empezaban a tomar contacto con el campo, creían que allí todo el monte es orégano.

Para los agricultores, el campo era su medio de vida, su ambiente, su profesión, su problema. Para los «chaleteros», el campo era un lugar de expansión a donde se iba los fines de semana en busca de esparcimiento y de relax. O lo que es lo mismo, un lugar de asueto, donde lo único que se buscaba era librarse, por unas horas o por unos días, de las molestias, las incomodidades y el estrés de la población.

Entre estos dos colectivos tan diferentes, es fácil imaginar que en muchos casos, no existiese ese respeto mutuo, esa comprensión y esa solidaridad que debe de existir siempre entre convecinos, para que las cosas marchen bien en unas relaciones de vencidad más o menos permanentes. Pero ésa era la realidad creada por una situación irreversible.

Hasta hace pocos años, en el campo de Elche, salvo raras excepciones, sólo vivían los agricultores en sus viviendas rurales, al pie de sus explotaciones agrarias. Casi todos se conocían, compartiendo los mismos intereses, las mismas inquietudes y los mismos problemas. Hoy las cosas han cambiado mucho a este respecto.

En la actualidad, después de unos años de edificación masiva, hay más viviendas en el campo de Elche de ocupación temporal que de ocupación permanente. O lo que es lo mismo, el colectivo de personas de la población que tienen allí un chalet, como segunda vivienda, es más numeroso que el colectivo de agricultores que viven en el campo permanentemente.

Evidentemente, con esta situación, los agricultores ilicitanos han perdido protagonismo dentro del entorno de su propio ambiente. Hasta tiempos recientes, el campo de Elche, con su rica agricultura, era sólo y exclusivamente, para que los campesinos lo cultivasen y produjeran abundantes productos agrícolas. Hoy ya no es solamente eso, sino que además sirve también como lugar de recreo y esparcimiento de la gente de la población. En definitiva, el campo de Elche es ya menos agrícola y más lugar de veraneo.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

EL PORVENIR DE LOS ALMENDROS EN EL CAMPO DE ELCHE

La cosecha de almendras en el campo de Elche del año 1986, fue abundante y satisfactoria, en todos los sentidos. Además, se pudo recoger sin nungún contratiempo metereológico. El fruto terminó bien y en óptimas condiciones, ya que durante todo el año hubo agua suficiente del trasvase para regar los almendros, por lo que los árboles han tenido un desarrollo vegetativo normal durante toda la primavera y el verano. Para completar este panorama tan favorable, las almendras de esta cosecha se vendieron a unos precios desconocidos hasta entonces, ya que llegaron a pagarse, una vez recogidas, a más de 700 pesetas el kg. de almendra en grano, lo que supone un 70% de incremento respecto al precio de la cosecha anterior.

La escasez de producción en California y en algunas regiones españolas del interior de la península, por causas metereológicas, propiciaron la revalorización tan acentuada de este fruto seco tan característico del campo de Elche, mayoritario con mucha diferencia sobre todos los demás.

Por todos estos motivos, los cosecheros de almendras ilicitanos, se mostraron, por una vez, sumamente satisfechos al haber obtenido este año, por las almendras, una rentabilidad muy superior a los del año anterior.

Claro está, que no es tampoco motivo suficiente para lanzar las campanas al vuelo, ya que esa elevación de precios de las almendras, fue circunstancial, porque hubo también otras razones, al margen de la escasez de la producción, que motivaron esa espectacular subida, como fue la avería sufrida por la Central Nuclear de Chernobil, que le restó demanda a la almendra griega, por lo que pudiera haberle afectado la contaminación de la nube radioactiva que originó la avería. Esta nube radioactiva, preocupó al mundo entero, durante bastantes días, por lo que pudiera tener de peligrosa y contaminante de la atmósfera.

Lo cierto es que con una cosecha normal, en todas las zonas productoras del mundo, la oferta de almendras hubiera sido mucho más abundante, y los precios, lógicamente, más bajos. Es el dictado inapelable de la ley de la oferta y la demanda, en un producto que no está sujeto a un precio de regulación, como ocurre con otros productos agrarios.

Así las cosas, a iniciativa de los cosecheros de almendra de la zona de Fuente Alamo, en la provincia de Murcia, se celebraron varias reuniones entre ellos y los cosecheros ilicitanos, para cambiar impresiones y coordinar un frente común de cara a la comercialización de la cosecha, tratando de conseguir, de esta manera, el máximo precio posible. Estas reuniones, que se celebraron alternativamente en Elche y en Fuente Alamo, tuvieron una gran resonancia en los medios de comunicación, y en ellas, se trataba de concienciar a los cosecheros de que no vendieran las almendras, de momento, ya que se preveía un incremento de precios para las mismas, dadas las circunstancias tan favorables que se estaban atravesando para este producto.

Ante estas favorables perspectivas, estas reuniones que se iniciaron a primeros del mes de agosto, levantaron un gran revuelo, tanto entre los agricultores como en los medios de comunicación, que daban amplias referencias de las mismas, por lo que tenían de novedosas.

Con el fin de coordinar todas estas gestiones y para que



Flores de almendro que tanto adornan el campo de Elche por el mes de febrero.

tuvieran una mayor efectividad, se formó la Agrupación de Cosecheros de Almendras de Levante, entidad que era muy pretenciosa, como su nombre indica, ya que estaba formada solamente por personas de Elche y de Fuente Alamo. Como esta Asociación era informal, se pensó, con buen criterio, legalizarla, para que tuviera personalidad jurídica. Con este fin, en la reunión que se celebró en los salones de la Cámara Agraria de Elche el día 1 de octubre de 1986, los cosecheros de Fuente Alamo presentaron a los de Elche un modelo de Estatutos para legalizar las Agrupaciones Provinciales de Cosecheros de Almendras. Lo que en realidad se iniciaba con este acto fue el comienzo de unas gestiones para que cada provincia productora de almendras formalizara su propia Asociación de Cosecheros, empezando por Murcia y Alicante, para después agruparse todas en una Federación Nacional. De esta forma, en el futuro, a través de esta Federación de Asociaciones Provinciales, se podría comercializar toda la almendra española. El proyecto, no podía ser más ambicioso.

En esta misma reunión, y siempre a iniciativa de los cosecheros de Fuente Alamo, se nombró una Comisión Gestora compuesta de once personas, para que redactase los Estatutos de la Asociación Provincial de Cosecheros de Almendra de Alicante.

Casi la totalidad de los componentes de esta comisión, eran de Elche. Después, por votación de todos los asistentes a esta reunión (ciento y pico), se eligió un Presidente y un Vicepresidente de esta Comisión Gestora, cargos que recayeron en Vicente Boix Navarro y José Soler Bonete, respectivamente. Una vez elegido Presidente, el Sr. Boix dijo que tan pronto estuvieran redactados los Estatutos, se convocaría una nueva reunión, para su aprobación definitiva y posterior legalización. Así fue, en efecto, pues el día 24 del mismo mes de octubre, se celebró otra reunión en el mismo lugar que la anterior, donde se leyeron y aprobaron los Estatutos por todos los agricultores asistentes, encargando al Presidente de la Comisión Gestora que los presentase al organismo correspondiente para su legalización.

En todos estos trámites, faltó un requisito previo, como era el haber hecho una relación nominal de cosecheros de almendras de la provincia que estuvieran dispuestos a ser el germen de esa Asociación Provincial. Estos inscritos previamente (cualquiera que fuera su número), tenían que haber sido los que en Asamblea General aprobasen los Estatutos, como paso previo a su legalización. No se hizo así, lo cual constituyó un defecto de forma. Pero tampoco tiene demasiada importancia este obligado legalismo que se pasó por alto por parte de la Comisión Gestora.

Paralelamente a estas gestiones, la Cooperativa del Campo y Caja Rural de Elche, estaba gestionando también la creación de una APA de cosecheros de almendras de entre sus propios socios, con el fin de globalizar más la comercialización de este fruto, con miras a los años venideros. Si estas dos agrupaciones se legalizan y funcionan correctamente, puede ser altamente beneficioso para los cosecheros de almendras de toda la provincia, pues a través de una mayor unión se podrán conseguir mejores precios para un producto tan significativo del campo de Elche.

Por primera vez se iniciaba un movimiento asociativo de esta naturaleza, lo que resultaba altamente positivo, de cara al futuro. El tiempo dirá en qué queda todo este movimiento asociativo alrededor de las almendras. Lo que no cabe ninguna duda es de que se trata de un punto de partida muy interesante y positivo que puede tener una gran incidencia.

En el campo de Elche, hay actualmente, más de 6.000 hectáreas de almendros. Son el cultivo mayoritario que existe, cuatro veces superior en extensión a los limoneros, que con sus 1.500 hectáreas de superficie, ocupan el segundo lugar. Esta preponderancia de los almendros, respecto a todos los demás cultivos arbóreos, la sostienen desde la tercera década del presente siglo, ya que cuando el campo de Elche empezó a regarse con aguas elevadas de los sobrantes de la Vega Baja del Segura, los agricultores ilicitanos le dedicaron a este árbol una atención especial.

Los almendros se adaptan muy bien a las tierras del campo de Elche, particularmente a las de la mitad norte del término municipal. De ahí el que abunden tanto.

Por otra parte, como las almendras se pueden dejar de un año para otro, sin detrimento, se tiene la posibilidad de buscar el momento más propicio para venderlas, durante todo el año, buscando unos mejores precios, si la economía de los agricultores les permite esta demora. Por eso se ha dicho siempre que los almendros son un cultivo muy apropiado para los agricultores que no tengan problemas de tesorería; es decir, un cultivo para gente rica.

Conociendo sus características, y su posible rentabilidad, y no obstante ser hoy el cultivo mayoritario, cabría preguntarse en estos momentos, ¿tienen porvenir en el campo de Elche los almendros? En una agricultura ilicitana moderna, atractiva y rentable, ¿tienen cabida los almendros? Entendemos que sí, aunque esta afirmación habría que matizarla mucho.

Está claro que los almendros, por sus características, son unos árboles que precisan regarse con aguas dulces para que tengan un desarrollo vegetativo normal y puedan producir a pleno rendimiento. Si se riegan con aguas de mala calidad, languidecen y se secan, como estamos viendo todos los días. Así, pues, la posibilidad de que los almendros proliferen aquí en el futuro depende, en primer lugar, de que se disponga de agua de buena calidad para su riego. Esa condición es imprescindible.

Otro factor importante a tener en cuenta, con miras a que los almendros tengan una rentabilidad aceptable, es plantar una variedad que adaptándose bien a las características del terreno y a la climatología de la zona, diera un fruto con rendimientos

mayores en grano que los que hay aquí actualmente, como ocurre en California. Habría también que modificar los métodos de cultivo empleados actualmente por los agricultores ilicitanos, ya que los elevados costos que se van incrementando de año en año, exigen como contrapartida compensatoria unos rendimientos mayores de los que se obtienen actualmente como media.

En esas condiciones, los almendros podrían tener futuro en el campo de Elche, sobre todo, en las explotaciones agrícolas de superficies superiores a las tres hectáreas. Porque en los minifundios, que abundan tanto en el campo de Elche, tendrán que decantarse por otra clase de cultivos que tengan producciones más intensivas y abundantes.

El almendro es hoy el rey de la agricultura ilicitana. Pero para continuar siéndolo en el futuro, tendrán que cambiar muchas cosas en el campo de Elche.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

URGE CAMBIAR EL SISTEMA DE RIEGO

El problema más acuciante que tuvo siempre y continúa teniendo aún la agricultura ilicitana, tiene una relación directa con el agua de riego. Aunque este problema se solucionó, en parte, con la realización del trasvase Tajo-Segura, aún persiste latente, más que nada por los precios a que los agricultores tienen que pagar estas aguas.

Si bien es cierto que las aguas elevadas de las antiguas concesiones cuestan a menos de la mitad que las trasvasadas, no lo es menos que en la mayoría de los casos, son de tan baja calidad, que no resultan aptas para regar los cultivos, excepto los más resistentes, como son, por ejemplo, los olivos, los granados y las palmeras.

Actualmente, los agricultores ilicitanos pueden regar sus tierras con aguas de tres procedencias distintas: con las saladas que discurren por el Vinalopó y que distribuyen la Marchena y la Acequia Mayor desde hace muchos siglos, con las de los sobrantes de la Vega Baja del Segura, elevadas por la Comunidad de Riegos de Levante y Nuevos Riegos el Progreso, y las

del trasvase Tajo-Segura que distribuye también la Comunidad de Riegos de Levante, a través del Canal de Crevillente, que construido ex profeso para este fin, parte del río Segura en la presa de Ojós y desemboca en los canales de la propia comunidad.

También distribuyen aguas de riego la Comunidad de regantes El Porvernir en las pedanías de la Marina y el Molar, procedentes igualmente de los sobrantes de la Vega Baja y las Sociedades Agrarias de Transformación de San Enrique y San Pascual, en el norte del término municipal, aguas que proceden de acuíferos subterráneos que están ubicados allende los límites del campo de Elche. Pero las aguas que distribuyen estas tres sociedades, tienen escasa incidencia en el conjunto de la agricultura ilicitana, por ser de escaso volumen.

De unos años a esta parte, también se están aprovechando para el riego, las aguas residuales del alcantarillado de la población. En algunos casos, después de haber pasado por la depuradora de Algorós (depuradora que funciona deficientemente desde un principio) y que se riegan en la margen derecha del Vinalopó, distribuidas por la Marchena y la Comunidad de Regantes del Azud de los Moros, y en otros, sin depurar, distribuidas en la margen izquierda por la Acequia Mayor.

La distribución y aprovechamiento de estas aguas residuales, está originando conflictos y polémicas, entre los agricultores por una parte, y por determinadas entidades públicas y privadas por otra, pues se sustentan por unos y otros, actitudes y criterios contradictorios con miras a su uso y aprovechamiento para riego, por cuestiones sanitarias, debido a su contaminación. Es ésta una cuestión muy conflictiva y controvertida.

De todas estas aguas que actualmente se están aprovechando para regar en el campo de Elche, las únicas que son de buena calidad y aptas para regar toda clase de cultivos, son las trasvasadas del Tajo. El resto, en mayor o menor medida, son aguas deficientes y de mala calidad, y en algunos casos tan sumamente salitrosas y contaminadas, que regar con ellas supone la esterilización de las tierras, con todo lo que ello supone de cara al futuro de la agricultura ilicitana.

Pero de aguas trasvasadas no se dispone siempre, ya que al tener la condición de sobrantes, sólo se trasvasan cuando en los pantanos de la cabecera del Tajo hay embalsados unos cau-

dales que rebasen unos mínimos determinados, según establece la Ley que regula estos trasvases. Cuando no se alcanzan esos mínimos, se interrumpen esos trasvases de agua del Tajo al Segura, como ya ocurrió en los años 1983-84, años que fueron sumamente secos en toda España.

Pero al margen de la mayor o menor abundancia de estas aguas trasvasadas, el problema que genera en los usuarios de las mismas, es que cuestan demasiado caras (actualmente se están pagando a 17'60 pesetas el m^3.), teniendo en cuenta los precios medios a que se están vendiendo los productos agrícolas que se cosechan. Con aguas a estos precios, por buenas que sean, resultan prohibitivas para regar la mayor parte de los cultivos que se dan en el campo de Elche, por lo mucho que encarecen los costos de producción. Y si se continúa la tendencia seguida de unos años a esta parte, estas aguas, de cuando en cuando, se irán encareciendo aún más.

En el campo de Elche, tradicionalmente, siempre se ha regado a portillo, es decir, por inundación. Por este sistema, en términos generales, para regar una tahúlla de tierra con una superficie plana, se necesita alrededor de 150 m^3 de agua. Como los cultivos arbóreos precisan una media de cinco riegos, eso supone un consumo de 750 m^3 de agua por tahúlla y año, o lo que es lo mismo, un gasto de 13.200 pesetas por tahúlla y cosecha. Eso es demasiado dinero sólo para agua, tal como se encuentra hoy la agricultura, puesto que los demás capítulos que completan los gastos de cultivo, como son los abonos, insecticidas, mano de obra, etc., se incrementan también de año en año, a un ritmo superior al que experimentan los productos agrarios en sus valoraciones de mercado.

Partiendo de la base de que la mayor parte de los cultivos se tienen que regar, forzosamente, con aguas de buena calidad si queremos que produzcan en óptimas condiciones, y estas aguas hay que pagarlas demasiado caras, como está ocurriendo, la única alternativa que les queda a los agricultores, es tratar de gastar menos sin disminuir la producción. Y para conseguir eso, lo primero que tienen que hacer en el campo de Elche, es cambiar el sistema de riego tradicional, y regar por goteo o aspersión, según la clase de cultivo de que se trate. No tienen otra alternativa si quieren abaratar costos.

El sistema de riego por goteo, tanto para cultivos hortícolas, como arbóreos, ya lo vienen practicando algunos agricultores ilicitanos, con resultados satisfactorios. Pero esa tendencia que ahora se está abriendo camino aquí poco a poco, forzosamente tendrá que generalizarse en el plazo de pocos años, por pura y simple necesidad, como ya está ocurriendo, de un tiempo a esta parte, en las agriculturas de vanguardia de algunas regiones españolas, y mucho más aún, en las naciones más desarrolladas agrícolamente, donde el agua es un bien escaso, y por consiguiente, caro.

El riego por goteo, además de un ahorro sustancial de agua, también propicia una mejor distribución y aprovechamiento del abonado de las plantas, mediante abonos químicos líquidos, que se mezclan con el agua. De esta forma, al ahorro de agua, hay que añadir también el ahorro de mano de obra en el laboreo de la tierra, ya que las malas hierbas que hay que eliminar sólo nacen en los puntos húmedos.

El mayor inconveniente que genera el tener que cambiar el sistema de riego tradicional, son los grandes costos económicos que lleva consigo este cambio. Estos costos son inevitables, pues además de las instalaciones de distribución de las aguas, hay que disponer de una balsa reguladora para poder tener siempre unas reservas de agua disponibles, con el fin de poder utilizarlas en el momento más apropiado y oportuno.

Estas inversiones que se precisan hacer, generalmente, constituyen un freno y un obstáculo para muchos agricultores que estarían dispuestos a adoptar el sistema de riego por goteo, pero no lo hacen por carecer de los medios económicos suficientes para ello. En estos casos, recurrir a una entidad financiera para solicitar un préstamo, siempre resulta farragoso y caro, por los elevados intereses que hay que pagar y por las muchas garantías que se exigen al solicitante, a la hora de concederlo.

La Administración a través del IRA, concede préstamos para esta clase de operaciones, con un determinado porcentaje a fondo perdido, y con amortizaciones escalonadas a lo largo de varios años, y además con unos intereses más bajos de los que cobra la Banca privada. Son, claro está, unos préstamos ventajosos. Pero, generalmente, la solicitud y concesión de estos préstamos oficiales, lleva consigo muchos trámites, demo-

ras y papeleos. Y a la hora de la verdad, el poder conseguir este dinero en mejores condiciones que a través de un préstamo normal, en la mayoría de los casos no resulta tan fácil como quieren dar a entender los organsismos oficiales que los regulan y tramitan. De todas formas, es una posibilidad y una ventaja, que por lo menos, hay que intentar conseguir, cuando se precisa ese dinero para el mejoramiento de la explotación, por complicado que resulte su tramitación.

Cuando las explotaciones agrarias son medianas o relativamente grandes, no se tienen problemas de espacio para construir una balsa reguladora que cubra las necesidades de reservas de agua de la propia explotación en el riego por goteo. El problema puede surgir en los minifundios, que tanto abundan en el campo de Elche, si se tiene que construir una balsa en cada una de las pequeñas propiedades. En estos casos, cuando hay varias pequeñas explotaciones juntas, o cercanas unas a otras, lo más conveniente sería construir una balsa común para todos, en aquella propiedad que reúna mejores condiciones para ello, cuyos costos pagarían conjuntamente a prorrateo, en función de la extensión de tierra regable que tuviera cada uno de los beneficiarios de esta obra. Esto sería lo razonable, aunque entendemos que en la mayoría de los casos, no resultaría tarea fácil el conseguir que varios agricultores se pusieran completamente de acuerdo para llevar a cabo, en comunidad, una empresa de esta naturaleza.

Hay una cosa incuestionable y es que si de verdad se quiere modernizar la agricultura ilicitana, para hacerla atractiva y rentable, es imprescindible el poder disponer de agua de riego suficiente y de buena calidad. Pero como de momento, el agua de buena calidad es escasa y cara, a los agricultores ilicitanos sólo les queda la alternativa de ahorrar al máximo el agua que precisan para regar sus cultivos, sin disminuir la producción. Y eso sólo podrán conseguirlo cambiando el sistema de riego tradicional. Es este un reto al que tendrán que hacerle frente con decisión, aunque en principio, les suponga el tener que hacer unas inversiones adicionales en sus explotaciones agrarias para llevar a cabo las transformaciones que tendrán que hacer en ellas para adaptarlas a lo que demandan las nuevas circunstancias.

Porque lo que está claro es que los precios del agua de riego en el campo de Elche, cada día van a ser más caros, y estas aguas tendrán siempre la condición de sobrantes, aun en el supuesto de que a la vuelta de unos años, se convierta en realidad el trasvase Júcar-Vinalopó. Si se lleva a cabo este trasvase de aguas del río valenciano, también tendrán la condición de sobrantes y tendrán también unos precios elevados, según las previsiones del proyecto correspondiente. En este caso, posiblemente, las aguas de riego para esta zona sean más abundantes, pero habrá que pagarlas excesivamente caras para amortizar los costos de tan magna obra, lo que nos lleva a la conclusión de que la agricultura ilicitana del futuro tendrá que estar montada sobre unos consumos mínimos de agua de riego.

En definitiva, a los agricultores ilicitanos, si quieren seguir viviendo dignamente de su profesión, sólo les queda la opción de regar sus cultivos «gota a gota», y nunca mejor empleada esta expresión.

Hay otra alternativa de riego que supondría un ahorro en los costos de distribución del agua y un mayor aprovechamiento de la misma. Nos referimos a la instalación de unas tuberías de presión que partiendo del Pantano de Crevillente discurrirían paralelas a los canales transversales actuales y de las que saldría la red de cauces inferiores que distribuiría el agua, mediante contador, a cada uno de los regantes, como ya ocurre en otras zonas. Este sería el mismo sistema que se emplea para distribuir el agua potable en las viviendas.

Pero creemos que en las actuales circunstancias esto es improbable que se pueda llevar a cabo. Primero porque así sobrarían los canales actuales, después de aprobarse el proyecto de repararlos mediante grandes inversiones de dinero, y en segundo lugar porque para hacer eso habría que hacerlo para todo el ámbito de la Comunidad y no sólo para el campo de Elche, lo que complicaría mucho más las cosas. En teoría, esa posibilidad existe. Todo es cuestión de voluntad y de presupuesto. Pero dudamos mucho que en las actuales circunstancias eso se lleve a cabo.

Eso podría hacerse si se convierte en realidad el proyecto del trasvase Júcar-Vinalopó. En este caso, si los técnicos lo consideran conveniente y ventajoso, tal como piensan los agricul-

tores, sí que se podría planificar la distribución de estas aguas por medio de tuberías de presión. Pero esa es una posibilidad a largo plazo y no para un futuro inmediato.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

SEGUROS CONTRA RIESGOS CATASTRÓFICOS

La agricultura de todos los lugares, está siempre supeditada a la climatología, que la determina y condiciona. En función de esa climatología, la agricultura de cualquier zona o comarca, tendrá unas características determinadas y específicas, acordes con el medio ambiente en que se desenvuelve y desarrolla. A mayor benignidad climática, lógicamente, corresponderán mayores posibilidades de producción agrícola, siempre que la tierra contenga los elementos de fertilidad necesarios para ello, como es el caso del campo de Elche.

Los rasgos climáticos de la zona de Elche, son muy propicios para desarrollar una agricultura sumamente productiva durante los doce meses del año, siempre que se disponga del agua de riego suficiente para cubrir sus necesidades. Los 18 grados de temperatura media que disfrutamos aquí, hacen posible una aricultura muy diversa, tanto en cultivos arbóreos como hortícolas, dando cosechas abundantes en todo tiempo.

Pero a pesar de desarrollarse en un clima benigno, la agricultura ilicitana está expuesta también a riesgos catastróficos

de distinto signo, derivados todos ellos, de la meteorología, siendo los más significativos, las heladas y el pedrisco. Si bien es cierto que aquí, esta clase de riesgos no se producen con demasiada frecuencia, no lo es menos que en la mayoría de los años ocurren fenómenos meteorológicos perniciosos, que ocasionan a la agricultura ilicitana daños más o menos graves. El último de estos fenómenos calamitosos de gran magnitud que se ha padecido en el campo de Elche fueron las fuertes heladas sufridas del uno al quince de enero de 1985, que ocasionaron cuantiosas pérdidas, particularmente, en los cítricos y en las hortalizas.

La escasez de lluvias, tan normal en estos parajes, ya de por sí, es un riesgo catastrófico de primera magnitud para la agricultura de secano. Ahora bien, en lo que al campo de Elche se refiere, la escasez de lluvias se puede suplir por el agua de riego, siempre que ésta no falte, aunque el importe del agua de riego encarezca los costos de cultivo.

Además de esos riesgos catastróficos tan espectaculares y llamativos como pueden ser una gran sequía, una fuerte helada o una copiosa granizada, existen, frecuentemente, otros riesgos menores, que sin llamar tanto la atención, producen también enormes quebrantos en toda clase de cultivos, al disminuir su rentabilidad: un calor excesivo en la época de la granazón de los cereales, unas nieblas persistentes durante el tiempo que dura la floración de los árboles, una humedad excesiva en el tiempo de la maduración de la fruta, etc., pueden generar una gran merma en las cosechas.

Para que una cosecha producida por cualquier cultivo, sea óptima y abundante, tiene que haber durante todo el ciclo vegetativo de la planta o el árbol correspondiente, unas condiciones meteorológicas idóneas y apropiadas. A veces, se dan esas condiciones favorables y la cosecha termina bien. En otros casos, surgen factores adversos, en un momento determinado, y la cosecha es escasa o nula.

Por otra parte, como en la agricultura ilicitana hay tan gran diversidad de cultivos, durante todas las épocas del año, cuando llueve, beneficia a unos y perjudica a otros. Lo mismo ocurre cuando hace el tiempo excesivamente seco. Resulta muy difícil que uno de estos meteoros, beneficie o perjudique a todos por igual, ya que cada uno de ellos tiene unas necesidades dife-



Laboreo de la tierra en un pequeño tractor.

rentes a los que tienen los demás, incluso, en algunos casos, son contrapuestas unas a otras.

Hasta hace unos años, cuando una meteorología anormal, producía quebrantos de cierta magnitud en la agricultura, solía declararse zona catastrófica a la comarca afectada. En esos casos, el Ministerio de Agricultura, habilitaba ciertas ayudas y subvenciones, para paliar los daños. Estas ayudas consistían en la moratoria en el pago de impuestos y contribuciones, en la concesión de créditos con amortizaciones a largo plazo y con intereses más bajos de los normales, y en casos excepcionales, se concedían también a los afectados ciertas cantidades en metálico, a fondo perdido. Pero en la mayoría de los casos, esta clase de ayudas, se otorgaban tarde y mal, detectándose muchas irregularidades.

En este sentido, la Administración ha cambiado de criterio, suprimiendo ese tipo de ayudas, para paliar las pérdidas ocasionadas por los riesgos catastróficos. Lo que ahora se pretende, es que los agricultores aseguren sus cosechas contra es-

tos riegos naturales, pagando del Erario Público, un determinado porcentaje del importe de las pólizas de estos seguros. Es decir, facilitar una ayuda a priori, en vez de otorgarla después de haberse producido los daños.

Esta modalidad de seguros, que se implantó hace tres años, en un principio, sólo se admitía para unos cuantos cultivos, entre los que se encontraban los cereales y los viñedos de uva de vinificación. Después, de año en año, ha ido ampliándose a otros cultivos diferentes, hasta estar cubiertos en la actualidad, casi todos los existentes.

Para gestionar y administrar todo lo relacionado con esta cuestión, el Gobierno creó, con este exclusivo fin, una entidad estatal denominada Agroseguro, que fue la que se encargó de establecer conciertos con determinadas compañías aseguradoras, como Mutral o Mafre, por ejemplo, para que a través de las mismas, canalizar estos seguros agrarios.

Como en los primeros años en que se pusieron en práctica esta clase de seguros, las cantidades pagadas a los asegurados, como indemnización por los daños sufridos en sus diferentes cultivos, a causa de los riesgos catastróficos, fueron mucho mayores que el importe de las pólizas suscritas, se produjo un fuerte déficit, en perjuicio de las Compañías Aseguradoras. Para evitar esto, al menos en parte, Agroseguro ha ido incrementando el valor de las pólizas, de año en año. Además, las condiciones de estos seguros se van haciendo más restrictivas, a medida que pasa el tiempo, al mismo tiempo que se dejan fuera de cobertura, algunos riesgos catastróficos que antes estaban cubiertos. Así, por ejemplo, en años anteriores, se aseguraba el 80% del valor de la cosecha. Ahora (finales del año 1986), sólo se asegura el 60%. El año anterior, en el capítulo de hortalizas, el seguro cubría el pedrisco, las heladas y el viento huracanado y el encharcamiento. Este año sólo cubre las heladas y el pedrisco.

Como un ensayo, de cara a su perfeccionamiento, la implantación de estos seguros agrarios, para cubrir los riesgos catastróficos en la agricultura indudablemente ha sido positivo, aunque la mayor parte de los agricultores no lo han asimilado aún, mostrándose reticentes ante los mismos. Claro está, que para que tenga una aceptación general, por parte del campesi-



Uno de los muchos parrales que hay en el campo de Elche.

nado, tendrán que corregirse muchos fallos que han habido hasta ahora en su aplicación.

Por otra parte, ha existido también mucha picaresca, por parte de los agricultores, relacionada con estos seguros. En muchos casos, solamente suscriben estos seguros para cubrir aquellos riesgos que son más probables que ocurran en un punto determinado. Así, en su conjunto, las indemnizaciones a pagar por daños sufridos, siempre serán muy superiores al importe de las pólizas correspondientes, con lo cual, las pérdidas para las entidades aseguradoras, son casi inevitables. De ahí el que las condiciones de estos seguros se vayan modificando, para buscar un cierto equilibrio entre lo que se cobra y lo que se paga.

De todas formas, los agricultores tendrán que mentalizarse de que deben asegurar sus cosechas, para no quedarse al descubierto ante los riesgos catastróficos, que en un momento, pueden echar por la borda el trabajo de todo un año. Es preferible incrementar los costos de cultivo con la cuantía del importe de una póliza de seguros, a cambio de poder percibir una indem-

nización, más o menos cuantiosa, cuando ocurra una de estas calamidades, que tanta aflicción causa entre los agricultores.

Pero entendemos que lo más justo y racional sería que el Ministerio de Agricultura hiciese un estudio exhaustivo, basándose en las estadísticas, referente a la cuantía global de los posibles daños que se pudieran ocasionar en la agricultura española, por causa de los riesgos catastróficos de todo tipo, al cabo del año. Y que para paliar estos daños, que pagaría la Administración, el Ministerio de Hacienda incrementara, en un determinado porcentaje, el importe de todas las contribuciones rústicas. Así, solidariamente, y con la ayuda necesaria del Erario Público, se podría indemnizar a los damnificados, que no serían siempre los mismos, evitándose los fallos, la picaresca y las inhibiciones que se observan en estos momentos.

Esta cuestión de los seguros agrarios, es muy compleja y discutible, y la Administración tendrá que abordarla con rigor y seriedad, para evitar, en lo posible, los graves problemas que se están produciendo entre los agricultores, cada vez que la naturaleza le ocasiona daños y quebrantos a la agricultura. Claro está, que los agricultores tendrán que colaborar también, en la financiación de estos seguros, si quieren sentirse protegidos y amparados, cuando se presenten estas circunstancias adversas para sus propios intereses, pues les va mucho en ello. Todo, menos quedarse al descubierto, expuestos a muchos riesgos y contratiempos.

CULTIVOS DE PRIMOR

Hasta hace unos años, se tenía el firme convencimiento de que el porvenir de la agricultura ilicitana, pasaba por los cultivos de primor cosechados en invernaderos. Por eso, de un tiempo a esta parte, los invernaderos han proliferado en el campo de Elche por todas las zonas del mismo, aunque no en la cantidad que se presumía en un principio. Esta nueva modalidad de agricultura aquí han sido más bien unos tímidos intentos de orientar la agricultura ilicitana por unos derroteros nuevos, cuya tendencia no ha llegado a generalizarse, ni mucho menos, por distintas y variadas razones.

Aunque estos invernaderos ilicitanos, en algunos casos, los dedicaron a la floricultura y a las plantas ornamentales, casi todos ellos se montaron pensando producir productos hortícolas en aquellas épocas del año en que escaseasen más por motivos meteorológicos, buscando así una mayor rentabilidad en su producción. El cultivo hortícola preferido por los agricultores ilicitanos para producirlo en invernaderos, fueron los tomates, tomates de distintas variedades, aunque la experiencia ha demostrado posteriormente que hay otros cultivos menos conoci-

dos, que pueden tener, en la mayoría de los casos, una mayor rentabilidad, con los mismos costos de producción. Esta circunstancia hay que tenerla siempre muy en cuenta, porque cuando los gastos de cultivo son muy elevados como ocurre en los invernaderos, sólo se puede producir aquello que, al menos en teoría, pueda compensarlos con creces, con su rentabilidad.

En España, la pionera en producir cultivos de primor en invernaderos, en épocas extratempranas, fue la zona costera de la provincia de Almería, al oeste de la capital. Allí, a partir de la década de los años sesenta, se especializaron de tal forma en este tipo de agricultura, (empleando nuevas técnicas del cultivo y semillas híbridas importadas del extranjero y pagadas a precio de oro) que en una zona muy reducida, consiguieron producir ingentes cantidades de productos hortícolas extratempranos que no sólo abastecían los mercados nacionales sino que además se exportaban al extranjero en un gran porcentaje, generando un gran acopio de divisas.

En estas zonas almerienses, esacasamente productivas hasta entonces, por ser terrenos de baja calidad, se produjo en esos años, una verdadera revolución agraria. Para sacar adelante esta nueva agricultura de vanguardia, se hicieron en aquellas zonas grandes inversiones, parte de las cuales procedían de capital extranjero, capital que se empleó en la compra de terrenos, montaje de instalaciones y gastos de cultivo para producir directamente en las nuevas explotaciones agrarias, algunas de las cuales eran de grandes dimensiones. De esta forma, en el espacio de pocos años, estos cultivos de primor almerienses, que iban aumentando en cantidad y mejorando en calidad, debido a la introducción de nuevas técnicas de producción, inundaron los mercados nacionales y los de la Europa comunitaria de productos agrícolas extratempranos, aireando el nombre de Almería por todas partes.

Pero esta expansión productiva tuvo unos topes y unos límites, hasta el extremo de que si no se le encuentra remedio al acuciante problema del agua, el «boom» almeriense en la producción hortícola extratemprana está iniciando una etapa regresiva y tiene los días contados. Y esto es así porque hay que tener en cuenta que actualmente, las únicas aguas de riego de que dispone esta zona almeriense (cuyo centro es el Campo de



Uno de los muchos invernaderos que hay en el campo de Elche dedicado a Cultivos horticolas.

Dalias), de producción agrícola superintensiva, procede de los pozos perforados en la misma zona, a través de los cuales, extraen las aguas subterráneas. Estas aguas, en un principio, eran abundantes y de buena calidad, y además, estaban a poca profundidad. Pero debido al acelerado ritmo de extracción y al exceso de consumo, cada día que pasa, están más profundas, son más escasas y más salitrosas. De continuar por algún tiempo con este ritmo actual de extracción, el agotamiento del acuífero es irreversible a la vuelta de pocos años, lo que supondría el colapso total de la agricultura de primor almeriense.

Para remediar estas deficiencias, se solicita, insistentemente, trasvasar hasta aquí, aguas de los ríos granadinos que dispongan de caudales suficientes para ello. Pero estos proyectos de trasvase, siempre resultan costosos, conflictivos y de difícil realización, por entrecruzarse intereses contrapuestos que no siempre se pueden compaginar. Pero si estos trasvases no se realizan, lo más seguro es que a la vuelta de pocos años, la hoy próspera y floreciente agricultura del Campo de Dalias, entre en una decadencia irreversible.

Por este motivo fundamental, el centro de gravedad de esta agricultura de vanguardia, se va desplazando poco a poco hacia el oeste, particularmente, hacia determinadas zonas costeras de las provincias de Granada y de Huelva. Aquí en estas comarcas, gozan de un clima tan benigno como el de Almería y además tienen, por añadidura, terrenos de mejor calidad y aguas abundantes. En Huelva, sobre todo, tienen en este sentido, unas perspectivas fabulosas y a la vuelta de pocos años, determinadas zonas del sur de esta provincia, pueden convertirse en la huerta de Europa. Tiene para ello, los tres elementos básicos y fundamentales: tierra fértil, clima benigno y templado y aguas abundantes de buena calidad. Hay además grandes extensiones de tierras cerealísticas, sin ningún arbolado que ahora pueden adaptarlas perfectamente a una agricultura de vanguardia, sin necesidad de grandes costos de transformación.

En el campo de Elche, por mucho que se esfuercen los agricultores ilicitanos, en este tipo de agricultura, siempre trabajarán en inferioridad de condiciones respecto a los agricultores almerienses en el día de hoy y a los onubenses en un futuro inmediato. Aquí en Elche, las estructuras agrarias son distintas, las temperaturas en invierno algo más bajas (los cultivos bajo plástico sufren deterioros por el frío la mayoría de los años, cosa que es muy raro que ocurra en Almería y Huelva), una gran variedad de cultivos arbóreos ocupan la mayor parte de las tierras del campo de Elche y salvo raras excepciones, la mentalidad de los agricultores ilicitanos, sigue fiel aún a la agricultura tradicional, mostrándose reacios a cambiar de hábitos de trabajo y de cultivo.

Si bien es cierto que en los últimos tiempos se han montado muchos invernaderos en el campo de Elche, en la mayoría de los casos, los agricultores no lo han hecho como dedicación exclusiva a los cultivos de primor, ya que sólo han dedicado a ellos un pequeño porcentaje de las tierras que componen sus pequeñas o medianas explotaciones agrarias. Lo han hecho más bien como un complemento de la agricultura tradicional que han seguido practicando en el resto de sus fincas. Por eso, los cultivos de primor, hoy por hoy, en el campo de Elche, más que una realidad tangible es una posibilidad de cara al futuro, ya que hoy sólo tienen invernaderos un pequeño porcentaje de agri-

cultores ilicitanos que no llega al 10% del total y la mayoría de ellos son de pequeñas dimensiones.

No obstante, hay algunas explotaciones agrarias de este tipo más importantes dedicadas a la floricultura y a las plantas ornamentales que comercializan directamente sus productos y obtienen por ellos una buena rentabilidad. En estos pocos casos, los dueños de estas explotaciones se dedican exclusivamente a este tipo de agricultura, pero en términos generales, no ocurre así.



Invernadero dedicado a la producción de claveles.

De todas formas, falta aún mucho por hacer en el campo de Elche para orientar la agricultura ilicitana decididamente, hacia una agricultura de vanguardia, como están haciendo en otras zonas de España. Para conseguir estos objetivos, habría que modificar, en parte, las estructuras agrarias actuales y hacer cuantiosas inversiones en instalaciones modernas que son imprescindibles para poder desarrollar adecuadamente este tipo de agricultura de vanguardia. Para ello se precisarían unas fuentes de financiación que no resultasen demasiado gravosas,

ya que la mayor parte de los agricultores ilicitanos no disponen de los fondos necesarios que precisan para llevar a cabo las transformaciones que tendrían que hacer en sus explotaciones agrarias. Actualmente, esta financiación es difícil de conseguir en condiciones idóneas, lo cual dificulta enormemente su realización.

Los invernaderos como complemento de la agricultura tradicional que algunos agricultores ilicitanos están montando de un tiempo a esta parte, es una alternativa interesante que puede resultar positiva, de momento. Pero dudamos mucho que el campo de Elche, en los cultivos de primor, pueda competir con éxito, en el futuro inmediato, con otras comarcas andaluzas que reúnen mejores condiciones para ello, como en la práctica se está demostrando. De todas formas, es una posibilidad que tendría que aprovecharse al máximo, mientras genere una rentabilidad aceptable, es decir, mientras los mercados absorban todo lo que se produce, a unos precios razonables.

Porque puede ocurrir con los cultivos de primor, lo mismo que ya está ocurriendo, con demasiada frecuencia, con muchos productos agrícolas: que el exceso de producción y oferta sea superior a la demanda de los consumidores, con el consiguiente abaratamiento de precios y saturación de los mercados. De momento, eso no ha ocurrido aún, pero si se van ampliando desmesuradamente, las zonas productoras, se puede llegar fácilmente a esa situación. Porque además de Andalucía, está Canarias, que nos aventaja en clima y tiene también muy desarrollada una agricultura de vanguardia, aunque la insularidad y el alejamiento de los mercados comunitarios, son dos factores que le perjudican. No obstante, su producción es masiva, tanto en productos hortofrutícolas como en floricultura, con miras a la exportación.

LA DECADENCIA DE LA GANADERIA ILICITANA

Aunque el campo de Elche nunca fue eminentemente ganadero, no obstante, la ganadería ilicitana constituyó, en todo momento, un valioso complemento de la agricultura. Aquí, personas ocupadas exclusivamente en la ganadería, hubo muy pocas, ya que casi todos los ganaderos eran agricultores al mismo tiempo.

Aunque en las pedanías ilicitanas apenas han existido terrenos dedicados exclusivamente a pastizales (si exceptuamos los saladares y los carrizales antes de su colonización), desde tiempo inmemorial han habido rebaños de pastoreo, de las variedades caprina y ovina. Estos rebaños aprovechaban los pastos que producían las «tierras blancas» entre cosecha y cosecha. Si las tierras no eran propias de los ganaderos, por estos pastos pagaban un pequeño arrendamiento anual, o los permutaban por una determinada cantidad de estiércol. En los Carrizales, después de la colonización, los pastos eran propiedad del Dominio Directo.

Pero esta ganadería tradicional ilicitana, se incrementó enormemente a partir de la década de los años cincuenta del presente siglo, dando paso a otras variedades de ganado que hasta entonces apenas habían existido aquí. Fueron aquellos años en que a raíz del primer tratado hispanoamericano de 1953, los norteamericanos introdujeron en España, entre otras muchas cosas, las técnicas de fabricación de piensos compuestos, que tanto revolucionaron los métodos de nutrición animal, con el consiguiente aumento en la producción de carne y de leche.

Con la llegada de los piensos compuestos, la cabaña española se incrementó a un ritmo vertiginoso. Súbitamente, ser ganadero se puso de moda, y por consiguiente, las explotaciones ganaderas, proliferaron por todas partes, de la noche a la mañana.

En lo que al campo de Elche se refiere, se asimiló al instante esta nueva tendencia, con la misma facilidad que se admite todo lo novedoso,'y los agricultores ilicitanos, en su inmensa mayoría, se hicieron también ganaderos, en mayor o menor medida. Empezaron poniendo granjas de patos, para la producción de huevos, dando paso al poco tiempo a las granjas de pollos para la producción de carne y a las granjas de cerdos, tanto de reproductoras como de engorde. La crianza de novillos también se extendió mucho por aquellos años. Fue tal el incremento que experimentó la ganadería ilicitana por aquellos años, que en más o menos cantidad y de una u otra variedad, en casi todas las casas del campo de Elche, había algo de ganadería. Fue aquélla una eclosión ganadera como no se había conocido nunca hasta entonces. Incluso se montaron muchas granjas de vacas lecheras, un hecho insólito en el campo de Elche.

Por aquellos años, los agricultores ilicitanos se mostraban bastante eufóricos, ya que durante toda la época de la posguerra habían tenido una temporada muy próspera en la agricultura. Por aquellos tiempos, todo lo que producía la tierra se vendía pronto y bien, reinando la prosperidad por todas partes. En esas circunstancias favorables se mostraban todos propensos a emprender nuevas iniciativas relacionadas con la ganadería, como una actividad complementaria de su ocupación habitual. Así, pues, agricultura y ganadería caminaban paralelamente, boyantes las dos, produciendo riqueza y ocupación para mucha gente.

Pero esta euforia inicial, relacionada con la ganadería, apenas duró dos décadas. Lo que en un principio se creyó una ocupación rentable y próspera, pronto se comprobó que no era tal, sino todo lo contrario. Aquello fue como un espejismo deslumbrante y pasajero que duró poco tiempo.

Relacionadas con esta actividad ganadera, se construyeron en el campo de Elche muchas instalaciones nuevas que pronto quedaron abandonadas.



Una cochiquera abandonada, muestra evidente de la decadencia de la ganadería ilicitana.

Este desencanto relacionado con la ganadería, coincidió en el tiempo, con la pérdida de rentabilidad de la agricultura, que ya había dejado de ser todo lo boyante que fue durante unos años.

Al perder rentabilidad simultáneamente la agricultura y la ganadería, las gentes campesinas empezaron a desinteresarse por su profesión habitual. Ser agricultor y ganadero, ya no era tan atractivo como había sido durante algún tiempo, a pesar de que ambas actividades se iban mecanizando a pasos agigantados, economizando tiempo y esfuerzo en el cultivo de la tierra y en la crianza de los animales.

A los jóvenes campesinos, hijos de agricultores, ya no les atraía seguir la profesión de sus padres y empezaron a desertar del campo, en busca de otros horizontes laborales, en la industria y los servicios. Estaba claro que preferían la seguridad de un sueldo semanal a seguir sujetos a una ocupación que no les garantizaba, en modo alguno, una rentabilidad acorde con el esfuerzo y sacrificio que suponía el dedicarse a ella. El despego hacia la agricultura de la gente joven, chocaba con el amor a la tierra que sentían sus padres. Entre las dos generaciones, en términos generales, se había producido un cambio notable de mentalidad y de sentimientos, un desgarro casi total.

Al desertar del campo la mayor parte de los jóvenes, las personas mayores que quedaron dedicados a la agricultura, tuvieron que ir renunciando poco a poco, a la actividad ganadera, pues además de no reportarles ningún beneficio, tampoco podían atenderla, en la mayoría de los casos, por falta material de tiempo. Al disminuir los brazos útiles para el trabajo, tuvieron que establecer un orden de prioridades en cuanto a la dedicación a la ganadería o a la agricultura. Ante este dilema, se abandonó la actividad ganadera para dedicarle a la agricultura todas las fuerzas disponibles, que cada día eran menos y más envejecidas. Siguiendo esta dinámica, así fue cómo en el plazo de pocos años, desaparecieron del campo de Elche, toda esa multitud de pequeñas explotaciones ganaderas que habían proliferado por todas partes. Ese fue el inicio de la decadencia irreversible de la ganadería ilicitana, cuya pujanza resultó tan efímera, y de la cual, sólo quedan, como mudos testigos, algunas naves y cochiqueras que aún permanecen en pie completamente abandonadas o dedicadas a otros menesteres.

No obstante este abandono casi generalizado de la ganadería, por parte de los agricultores ilicitanos, aún quedan algunas familias, inmunes al desaliento, que continúan desarrollando esa actividad, contra viento y marea. Son generalmente, personas mayores, que constituyen los residuos de un colectivo sacrificado, en trance de desaparecer por completo. Estos ganaderos más resistentes, están dedicados a la crianza de cerdos y a las vacas lecheras. Los primeros, de cuando en cuando, aún tienen temporadas buenas y suelen ganar, circunstancialmente, algún dinero, al ser los precios de estos animales muy variables

y estar expuestos a frecuentes altibajos.

En cuanto a las vaquerías de leche, aquí en Elche no tienen ningún porvenir, y mucho menos aún después de nuestra integración en la C.E.E. Por consiguiente, lo lógico y normal es que desaparezcan las pocas que quedan a la vuelta de pocos años.



Rebaño de ovejas pastando en pleno campo.

Si los ganaderos de vacas lecheras de toda la cornisa cantábrica, a pesar de la abundancia de pastos frescos que hay allí todo el año, se quejan porque tienen problemas de rentabilidad, ¿cómo van a poder sobrevivir aquí, con las vacas estabuladas y alimentadas a base de pastos secos y piensos compuestos, todo ello pagado a precios elevados? Como negocio, eso es francamente, ruinoso, y tratar de mantenerlo, es nadar contra corriente. Si aún perduran algunas de estas vaquerías, es a base de explotaciones familiares, dedicándole sus dueños muchas horas de trabajo que no cuentan, por ser mano de obra propia.

Con todas las posibles dificultades y restricciones, en Cantabria, Asturias y Galicia, debido a su meteorología y abundancia

de pastizales, podrán continuar teniendo vacas lecheras, en plan de negocio. Querer en Elche hacer otro tanto y competir con ello, es una verdadera utopía.

Dentro de este panorama ganadero tan deprimente, lo único que se ha mantenido en pie, aunque con tendencia a disminuir también, han sido los rebaños de caprino y ovino, tan tradicionales por estas tierras. Pero al tener que estar también estabulados casi todo el tiempo, por no tener donde pastar libremente, con algún aprovechamiento de pastos frescos, el mantenimiento de estos rebaños resulta mucho más caro y costoso, en detrimento de su rentabilidad. Pero al margen de esto, existe otro problema no menos grave, como es el encontrar pastores para que cuiden estos rebaños. Para hacer otra clase de trabajos en el campo, es fácil encontrar gente, pagando jornales razonables. Pero para la ocupación de pastor de forma permanente, resulta muy difícil encontrar personas que reúnan las condiciones apropiadas, por muy bien que se les retribuyan, por ser una ocupación muy sacrificada. Por eso, forzosamente, el pastor tiene que ser el propio dueño del rebaño.

Entre estas dos variedades de ganado, la más rentable, de momento es la caprina, aunque precisa más mano de obra que la ovina, por su ordeño diario, ya que la leche de cabra se viene pagando actualmente alrededor del 50% más cara que la de vaca, con un coste de producción similar. Esta circunstancia contribuye, en parte, a que el ganado caprino desaparezca más lentamente.

Como aquí, en Elche no hay costumbre de industrializar la leche de las ovejas, como ocurre en otras regiones, los únicos productos aprovechables de estos animales, son la lana y los corderos. La rentabilidad de la lana es prácticamente nula, pues su valor comercial apenas cubre los gastos de esquileo. En cuanto a los corderos, los precios de los mismos son muy variables. Todo depende de la época del año en que se vendan. Pero de todas formas, tener ovejas en el campo de Elche, en las actuales circunstancias, sólo para producir corderos, es un negocio de escasa o nula rentabilidad. Por eso no es de extrañar que cada día haya menos rebaños de esta variedad.

De todo lo anteriormente expuesto se desprende que la ganadería ilicitana, como complemento de la agricultura, ha que-

dado reducida a la más mínima expresión, con tendencia a desaparecer por completo. Es una posibilidad menos de supervivencia que les queda a los agricultores ilicitanos.

Así las cosas, en los últimos tiempos han habido entre los ganaderos ilicitanos, varios intentos de formar una cooperativa ganadera para producir y comercializar directamente sus productos lácteos, previa la preceptiva pasteurización para su venta directa a los consumidores de la leche fresca de vaca o para la fabricación de queso en cuanto a la leche de cabra se refiere. Pero estos proyectos nunca llegaron a materializarse, a pesar de que se contaba para ello con sustanciosas ayudas y facilidades de la Administración. En todos los casos faltó decisión y espíritu asociativo entre los ganaderos para iniciar una empresa en común de estas características. La desconfianza y el excesivo individualismo de la mayoría de ellos, frustró todos los proyectos en este sentido, a pesar de ser conscientes de que siguiendo las cosas por los mismos derroteros que habían discurrido hasta ahora, la ganadería de leche en el campo de Elche no tenía ningún porvenir, como hemos dicho antes.

Al fracasar los intentos cooperativos, hace unos meses el ganadero Francisco Peral, de Saladas, dio un paso adelante y montó, por su cuenta y riesgo, una granja moderna con todos los adelantos técnicos para pasteurizar y envasar los 500 litros de leche diarios que producen sus propias vacas, comercializándola directamente por sí mismo y a través de los detallistas ilicitanos. Se trata de una granja familiar de unas 50 vacas lecheras, cuyos trabajos de mantenimiento y manipulación realizan directamente él y sus familiares, no teniendo en la explotación personal asalariado.

La marca comercial de esta leche es «Leche la Ilicitana», y la han lanzado al mercado mediante una gran promoción publicitaria, teniendo una buena acogida por parte de los consumidores ilicitanos.

Se trata de una experiencia muy positiva que ha sentado un precedente para que tomen ejemplo los demás ganaderos, si quieren sobrevivir. De esta manera se benefician todos: Los consumidores porque adquieren una leche integral más barata, con todas las garantías sanitarias y los ganaderos porque cobran más dinero por la leche, después de cubrir los costos de

manipulación que les pagan ahora las centrales lecheras que adquieren el mismo producto.

Indudablemente, el Sr. Peral, para montar una granja en estas condiciones, ha tenido que hacer una gran inversión, lo que supone un riesgo económico, pero él espera poder amortizar esta inversión en el plazo de pocos años. No obstante, es el único camino que pueden tomar los ganaderos ilicitanos si quieren poder vivir del producto de su trabajo. Tenemos la esperanza de que cunda el ejemplo, pues no hay otra alternativa viable en una zona como el campo de Elche, donde los costos de producción de leche son tan elevados.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

EL PANTANO DE CREVILLENTE

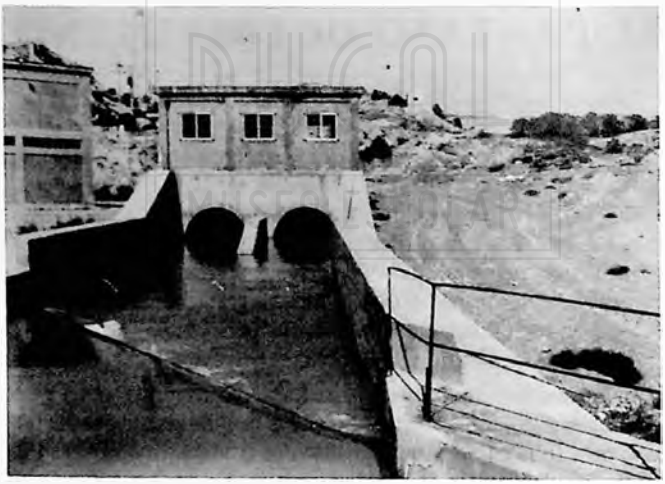
De que el agua de riego de buena calidad es fundamental para la agricultura ilicitana, esa es una verdad incuestionable, dadas las condiciones climáticas y meteorológicas de esta zona. Por tal motivo, hemos dedicado varios capítulos de este libro a hablar en profundidad de todas aquellas cuestiones que tienen una relación más o menos directa con el tema de los regadíos, por ser de capital importancia para el campo de Elche.

Pero la exposición de la problemática de los regadíos ilicitanos, quedaría incompleta si no hablásemos también del Pantano de Crevillente, construido en las proximidades de esta población e inaugurado oficialmente por el Ministro de Obras Públicas y Urbanismo, Sáenz de Cusculluela, en el mes de marzo de 1986, aunque hasta ahora, seis meses después, no haya sido utilizado aún y permanezca completamente en seco.

La inauguración de este embalse, resultó algo polémica, ya que los propietarios de las fincas afectadas por el mismo, que fueron previamente expropiadas para tal fin, protestaron por esta inauguración oficial, al no haber cobrado aún, en ese momento, el valor de las fincas expropiadas. No obstante, la inau-

guración se llevó a cabo, y las cosas no pasaron a mayores, pues en el fondo, nadie se manifestó en contra del pantano; simplemente, lo que pretendían era cobrar las cantidades previamente convenidas.

El Pantano de Crevillente, se construyó como un embalse regulador de las aguas que, trasvasadas del Tajo al Segura, le son asignadas a la Comunidad de Riegos de Levante (margen izquierda del Segura) para su distribución a través del llamado Canal de Crevillente, que partiendo de la presa de Ojós, enlaza con la red de canales de la propia comunidad. También puede desempeñar un importante papel como aliviadero del río Segura, cuando por efecto de las lluvias torrenciales, amenace con desbordamientos e inundaciones de las zonas bajas, antes de llegar a su desembocadura.



Presa por donde entraron las primeras aguas al Pantano de Crevillente.

Hasta ahora, estas aguas trasvasadas, proceden directamente del río Segura, en cuya presa se aforan, para que las pague la comunidad con arreglo a unas tarifas de precios previamente establecidas por el Ministerio de Obras Públicas, tarifas que se incrementan de cuando en cuando.

Lo que se pretende con este embalse es que una determinada cantidad de agua trasvasada del Tajo y asignada a la comunidad, se deposite aquí, sin tener en cuenta si en ese momento, se necesita o no, para regar. De esa manera, aunque los trasvases sean regulares, siempre habría un remanente de agua embalsada en las proximidades de la zona regable, para poder ser utilizadas en el momento más apropiado y oportuno.



Algunos de los muchos agricultores que acudieron al Pantano de Crevillente para ver entrar las primeras aguas que se vertieron en el mismo, en un domingo soleado del mes de octubre del 86.

Lógicamente, cuando la Comunidad de Riegos de Levante, empiece a distribuir las aguas procedentes de este pantano, se aforarán a la salida del mismo, de la misma manera que se hace ahora a la salida del Segura.

Indudablemente, la construcción del Pantanto de Crevillente, puede tener efectos muy beneficiosos para los regadíos del ámbito de la Comunidad, aunque este hecho no modifique la circunstancia de que estas aguas tengan la condición de sobrantes. Tampoco rebajará los elevados precios a que se están pagando estas aguas, pero sí que puede contribuir a un mayor aprovechamiento de las mismas, mejorando la regulación de los regadíos de todo el ámbito de la comunidad.

En un futuro más o menos lejano, el Pantano de Crevillente podría servir también de base para la instalación de unos cauces de presión con el fin de que a los comuneros se les pudiera suministrar el agua de riego por medio de contador, de la misma manera que se les suministra el agua potable a las viviendas. Esto, que de buenas a primeras, podría parecer un proyecto sumamente difícil de realizar, en el fondo, no lo es tanto. Todo es cuestión de presupuesto, para poder llevar a cabo las instalaciones necesarias, orientadas a tal fin.



Panorámica parcial del Pantano de Crevillente, donde se ven entrar las primeras aguas que se vertieron en el mismo.

Ahora que se están haciendo inversiones tan cuantiosas para modernizar todas las instalaciones y canales de la comunidad, con miras a ahorrar costos de explotación y a un mayor aprovechamiento de las escasas aguas disponibles, no resulta nada descabellado el pensar en la posibilidad de realizar un proyecto de estas características. Regar de esta manera, sería el complemento ideal de una agricultura ilicitana moderna y altamente tecnificada, con amplias perspectivas de futuro.

Lo que se precisa ahora es que a partir de estos momentos, se puedan trasvasar del Tajo al Segura, la suficiente cantidad de agua para que el Pantano de Crevillente pueda cumplir la función para la que ha sido construido. Pero esa es ya otra cuestión, que depende de muchos factores, ajenos por completo a la voluntad y necesidades de los comuneros.

Unos días después de escribir las líneas que anteceden, es decir, desde los últimos días del mes de septiembre, hasta mediados de octubre, se produjeron una serie de lluvias tormentosas por toda la costa mediterránea, desde Cataluña hasta Málaga, lluvias que en alguna zona fueron torrenciales, como en la comarca de Alcoy, donde en tres días superaron los 500 litros por metro cuadrado.

En la cuenca del Vinalopó (que también sacó abundantes caudales durante tres días seguidos), llovió bastante, pero fueron unas lluvias más finas y apacibles, aunque persistieron durante dos semanas, con los consiguientes beneficios para el campo, después de un verano sumamente seco y caluroso. En cambio, en la Vega Alta del Segura, aunque no tanto como en la zona de Alcoy, también fueron muy intensas estas lluvias, desbordándose el río en los alrededores de Orihuela y ocasionando cuantiosos daños en la agricultura de las zonas inundadas.

Debido a estas copiosas lluvias, el río Segura, tan escaso en caudales la mayor parte del tiempo, estuvo bastantes días llevando una cantidad de agua impresionante, con la consiguiente zozobra de los ribereños.

Para aprovechar parte de estas aguas que estaban haciendo daño en las zonas inundadas o perdiéndose en el mar, empezaron a echarle agua al embalse de la Pedrera, a través del Canal de Crevillente, embalse que se construyó también para regular las aguas trasvasadas del Tajo, para su aprovechamiento en los campos de Cartagena, en la margen derecha del Segura, como el de Crevillente se construyó para regular las destinadas a la margen izquierda del mismo río, en la provincia de Alicante.

Durante estos días que duró la fuerte crecida del Segura, se levantaron muchas voces de protesta entre los agricultores ilicitanos pidiendo que se le aplicara al Pantano de Crevillente el mismo tratamiento que al Pantano de la Pedrera, es decir,

que se les echara agua de aluvión a los dos al mismo tiempo, puesto que los dos se llenaban por el mismo cauce, y los dos se habían construido con la misma finalidad.

Pasados ya unos días y después de anunciarlo repetidamente, sin que se llevara a cabo, por fin, el domingo día 19 de octubre, a primeras horas de la mañana, se vertieron en el Pantano de Crevillente las primeras aguas que empezaron a cubrir los 14 millones de metros cúbicos de su capacidad receptora. Estas primeras aguas vertidas, se mezclaron con una pequeña cantidad que las lluvias de los días anteriores habían acumulado en la parte más honda del embalse. Indudablemente, ésta fue una fecha histórica para todos los regadíos de la Comunidad de Riegos de Levante.



Central eléctrica para bombear el agua al pantano y presa por donde sale y entra el agua al mismo, con la compuerta al fondo.

Según las declaraciones de Alfonso Botia, Director Técnico de la Confederación Hidrográfica del Segura, de momento, sólo se le iban a echar al Pantano de Crevillente, un millón de metros cúbicos de agua, para ver cómo respondían sus estructuras de contención. Estas estructuras de contención, son de tierra prensada, con un talud muy pronunciado a ambos lados, y con un revestimiento de piedras sueltas en su parte interior.

Una gran cantidad de agricultores de toda la zona, presenció el vertido de estas primeras aguas en el Pantano de Crevillente, en un domingo tibio y soleado del mes de octubre de 1986.

FALTA UNIÓN ASOCIATIVA ENTRE LOS AGRICULTORES

En términos generales, las gentes del campo son poco propensas a unirse en asociaciones de cualquier tipo. Esta desunión, se deja sentir incluso cuando se trata de asociaciones profesionales, encaminadas a defender sus propios intereses sectoriales. Salvo una pequeña minoría, se muestran siempre reacios al agrupamiento, prefiriendo actuar individualmente, según su leal saber y entender.

Este espíritu individualista y poco asociativo de que hacen gala los agricultores, tal vez obedezca, en parte, a lo aislados y dispersos en que han vivido siempre en las zonas rurales, valiéndose cada uno solamente de sus propios medios para seguir adelante y poder sobrevivir en su dura profesión. Quizás en estas actitudes aislacionistas, haya también una gran dosis de desconfianza motivada por la marginación que siempre sufrieron y la poca atención que se les prestó a sus problemas específicos por parte de la Administración, a pesar de que los políticos, en épocas de elecciones, solían prometerles mucho, pero a la hora

de la verdad, en la mayoría de los casos, estas promesas de mejoras, no se realizaban, en modo alguno. Tal vez obedezca también a que nunca tuvieron, hasta tiempos recientes, verdaderos líderes carismáticos salidos de entre ellos mismos, capaces de gestar y organizar eficazmente asociaciones fuertes y representativas acordes con sus necesidades profesionales, al margen de intereses y de planteamientos políticos. Cuando estas organizaciones surgían, en la mayoría de los casos, estaban influenciadas y dirigidas por personas cuyas profesiones eran ajenas a la agricultura y la ganadería, buscando más bien su medro personal. Lo cierto y verdad es que por una u otra causa, cada uno de ellos haya querido hacer de su capa un sayo, sin admitir directrices ni sugerencias de los demás, siguiendo preferente y exclusivamente, los impulsos de su propia voluntad.

A pesar de que entre los agricultores ilicitanos el espíritu asociativo ha estado siempre algo más desarrollado que en otras regiones españolas, como lo demuestra la multitud de asociaciones que aquí se crearon desde principios de siglo, relacionadas con el campo y la agricultura, este asociacionismo agrario ha sido y sigue siendo aún insuficiente, para que incida, de una manera decisiva, en el desarrollo organizativo de la agricultura ilicitana.

Este asociacionismo agrario de que tanto se adolece, cada día que pasa es más vital e imprescindible. Máxime, después de nuestra integración en las Comunidades Económicas Europeas. Las demás naciones comunitarias, con sus fuertes y bien gestadas organizaciones agrarias, nos dan buen ejemplo de ello, ejemplo que debemos seguir al pie de la letra, si queremos ponernos a su altura, en el aspecto sindical y cooperativo.

Los agricultores comunitarios, incluidos los españoles, para poder defender mejor sus propios intereses, es imprescindible que estén agrupados en asociaciones fuertes, eficaces y bien organizadas; asociaciones tanto de tipo reivindicativo como de carácter cooperativo, para producir y comercializar colectivamente, sus propias cosechas en condiciones más ventajosas. Y esta necesidad asociativa que se deja sentir en todo el campo español, es más acuciante aún en el campo de Elche, por estar la propiedad más repartida y haber mayor diversidad de cultivos, siendo los más significativos de los mismos muy solicitados en los

mercados comunitarios.

Los agricultores ilicitanos tienen que concienciarse de que el agrupamiento es vital para ellos, si quieren seguir viviendo del producto de su trabajo, cosa que cada día que pasa resulta más difícil y problemático. La dispersión y el fraccionamiento, no conduce a nada positivo, sino todo lo contrario, pues la unión hace la fuerza.

Hasta tiempos recientes, los agricultores sólo se preocupaban de trabajar y producir; para que otros se dedicaran a la comercialización de sus productos y los hicieran llegar a los consumidores, en estado natural o transformados, obteniendo mayor rentabilidad en el proceso comercializador que en el proceso productivo, a pesar de que éste requiere más tiempo. Y esto es así, porque entre los precios que cobra el agricultor por los productos que cosecha y los precios que pagan los consumidores por esos mismos productos hay tal diferencia, que en algunos casos, supera incluso el 200 % de incremento. Si bien es cierto que entre el productor y el consumidor hay unos costos imprescindibles, y por consiguiente, el producto se encarece (envases, embalaje, transporte, asentadores, margen comercial del detallista, etc.) no lo es menos que en algunos casos estos encarecimientos son tan desorbitadamente exagerados, que al agricultor sólo le llega una pequeñísima parte de lo que el consumidor paga por el producto. Y eso después de haber estado todo un año esperando a que la cosecha llegue a buen fin y expuesto, en todo momento, a infinidad de contratiempos meteorológicos, plagas y dificultades de todo tipo. Lo mismo que ocurre en la agricultura, ocurre también en la ganadería, donde el carnicero, en el espacio, de unos días, gana más dinero y con más seguridad, en la venta detallada de la carne de un cordero, por ejemplo, que gana el ganadero en su crianza, durante largos meses.

Actualmente, el comercializar los productos agrarios, es tan importante como el producirlos, desde el punto de vista de la rentabilidad. Por tal motivo, los agricultores no pueden limitarse solamente a producir, como hicieron siempre, sino que deben introducirse también en los canales de comercialización, para aprovechar parte de los beneficios que éstos generan, al margen de la producción. Pero lo que tienen que tener muy claro

es que eso no pueden hacerlo individualmente, sino agrupados en sociedades creadas ex profeso para ello, como son las cooperativas y las sociedades agrarias de transformación, con sus correspondientes APAS (Asociaciones de Productores Agrarios) vinculadas a las mismas.

También es muy importante tener en cuenta que hoy sólo se puede producir aquello que demandan los mercados, tanto los nacionales como los comunitarios, donde nuestros productos tienen que ser competitivos, para conseguir de ellos una rentabilidad aceptable. Y sobre todo, tenemos que producir productos de calidad, pues está comprobado que actualmente, los consumidores reparan más en la calidad de los productos que compran que en el precio de los mismos. No se puede olvidar, en modo alguno, que los consumidores tienen la última palabra, y sus apetencias marcan, con la fuerza determinante de la demanda, la pauta a seguir por los productores.

Producir hoy al buen tuntún como se hizo siempre, sin tener unas perspectivas de mercado asegurado, es dar palos de ciego, con escasas posibilidades de éxito, dados los elevados costos actuales de producción.

Sin una adecuada planificación y sin contar con todo el asesoramiento y las ayudas de la Administración que hagan falta, hoy es inviable una agricultura moderna y rentable, con perspectivas de futuro. Mientras esta tarea difícil y compleja no se lleve a cabo, los agricultores ilicitanos seguirán malviviendo, entre la frustración y la desesperanza.

Pero no podemos olvidar tampoco que los propios agricultores tendrán que poner también mucho de su parte para que las cosas vayan mejorando poco a poco, no culpando sólo y exclusivamente a la Administración de sus dificultades y sus penurias. Y una de las cosas más importantes que tienen que hacer para intentar que las circunstancias mejoren, es concienciarse de que deben estar más unidos en organizaciones fuertes, eficaces y bien dirigidas por ellos mismos, tanto para reivindicar sus derechos como para comercializar los productos que cosechan, con el fin de que su trabajo y su dedicación sacrificada, tengan una rentabilidad apropiada.

LA MAYORÍA DE LOS AGRICULTORES ILICITANOS, POLÍTICAMENTE, SON CONSERVADORES

De entrada diré que los agricultores ilicitanos, en términos generales, están menos politizados que las gentes de la población. Y al decir menos politizados me refiero que a la hora de votar, votan en unos porcentajes inferiores a como lo hace el conjunto de la población ilicitana. Eso quiere decir que a la hora de ejercer el derecho cívico a votar, ejercen este derecho en menor cuantía, dando a entender que las cuestiones políticas le interesan menos. Esta circunstancia ha sido una constante inalterable a lo largo de las cuatro últimas elecciones que tratamos de analizar en este trabajo, dos municipales y dos generales. En estas cuatro confrontaciones electorales, los porcentajes de votantes en el campo y en el conjunto del censo de la población, son los siguientes:

Elecciones Municipales de 1979.

—Votantes en el conjunto de la población y el campo..... el 61'25 % censo

—Votantes en el sector del campo el 53'00 % censo

Elecciones Generales de 1982.

—Votantes totales en la población y el campo..... el 85'32 % censo

—Votantes en el sector del campo el 80'00 % censo

Elecciones Municipales de 1983.

—Votantes del conjunto de la población y el campo..... el 63'26 % censo

—Votantes en el sector del campo el 57'00 % censo

Elecciones Generales de 1986.

—Votantes del conjunto de la población y el campo..... el 76'00 % censo

—Votantes en el sector del campo el 63'70 % censo

Como se observará por estos datos, en las elecciones locales de 1979, el campo votó el 8'25 % menos que el conjunto de todo el electorado ilicitano, a pesar de que en esa ocasión, tomó parte una candidatura de electores, al margen de los partidos políticos y compuesta por agricultores, lo que debió ser motivo para una mayor participación, lo cual no ocurrió.

Esta diferencia, se redujo al 5'32 % en las elecciones generales del año 1982, para volver a subir al 6'26 % en las elecciones locales de 1983. En las elecciones generales de 1986, esta diferencia se mantuvo casi inalterable, ya que fue del 6'23 %.

Otro dato que llama también la atención es que el número de votos nulos y en blanco es mayor en el campo que en el conjunto de Elche. Concretamente, en las elecciones generales de 1986, el porcentaje de votos nulos en el conjunto de los votantes ilicitanos, fue el 1'95 % de los votos emitidos, mientras en el sector campesino fue el 3'04 %. Lo mismo ocurrió en los votos en blanco, ya que en el conjunto fue el 0'33 % y en el sector campesino el 0'45 %.

Analicemos ahora, por orden cronológico, la tendencia de voto del campesinado en cada una de estas cuatro elecciones.

Como ya hemos dicho más arriba, en las elecciones municipales de 1979, participó la Candidatura Independiente del Cam-

po, presentada por la Asociación de Agricultores y Ganaderos, compuesta sólo por agricultores y desligada por completo de los partidos políticos. Esta circunstancia ha sido única en las confrontaciones electorales de los últimos tiempos, pues hasta ahora nadie ha sido capaz de presentar una candidatura de electores, por el trabajo y las dificultades que ello lleva consigo.

Esta circunstancia, modificó, en parte, la tendencia de voto de un gran sector del electorado campesino, por afinidad con las personas que componían la mencionada candidatura, que había introducido en el abanico de ofertas electorales, un elemento nuevo y singular.

El total de votos emitidos en el campo de Elche, en dichas elecciones, fue de 7.015, con un 53% del censo, como hemos dicho más arriba. Pues bien, de esos 7.015 votos, 659 fueron a parar a la Candidatura Independiente del Campo (en total sacó 1.109 votos, el 1'74 % de los votos emitidos por el electorado ilicitano) o lo que es lo mismo, el 9'39 % de los votos del sector campesino. Donde más porcentaje de votos sacó la Candidatura Independiente del Campo fue en Perleta-Maitino (94 votos con el 27'16 % del total), Algorós-Derramador (98 votos con el 34'39 % del total), Algoda-Matola (120 votos con el 25'42 % del total), Llano de San José-La Peña (50 votos con el 23'69 % del total), y Derramador-Daimés (50 votos con el 12'75 % del total de votos emitidos).

Esta circunstancia, modificó en parte, la tendencia de voto de las partidas Algorós-Pusol y Llano de San José-La Peña, que entonces votaron más izquierdas que derechas, cuando en las elecciones posteriores ha sido al revés, pues han ganado siempre las derechas. Eso quiere decir, sin lugar a dudas, que los votos conseguidos por la Candidatura Independiente del Campo en esas cuatro partidas, fueron, en su mayoría, a costa de los partidos de derechas.

En cambio, el gran número de votos conseguidos en Perleta-Maitino, no pudo torcer la tendencia derechista de estas partidas, lo que demuestra el fuerte enraizamiento de esta tendencia en las mencionadas partidas. En cuanto a Algoda-Matola, los votos conseguidos por la Candidatura Independiente del Campo, contribuyó sobremanera, a que se mantuviese con más fuerza la tendencia izquierdista de estas dos partidas.

En estas elecciones, sacaron mayoría de votos los partidos de izquierda, representados por los socialistas y los comunistas, las pedanías siguientes: La Marina, Torrellano Alto y Bajo, El Altet, Carrús, Valverde Alto y Bajo, Altabix, Algoda-Matola, Algorós-Pusol y Llano de San José-La Peña. En cambio, sacaron mayoría de votos los partidos de derechas representados por U.C.D. y C.D. las partidas de Perleta-Maitino, La Hoya-Asprillas, Las Bayas, Alzabaras Alto y Bajo, Derramador-Daimés y Saladas-Jubalcoy.

Al margen de esta circunstancia, se manifestó la preponderancia de las izquierdas en los núcleos urbanos de La Marina, Torrellano y Altet, donde gran parte de la población vive al margen de la agricultura, por estar ocupada en otras actividades. En cuanto a Carrús y Altabix, también de mayoría izquierdista, hay allí una agricultura marginal y no demasiado significativa. En cuanto a Valverde Alto y Bajo, la propiedad rústica (excepto las zonas de chalets) está más concentrada, dando pie para un mayor número de personas asalariadas, y por consiguiente, más propensas a votar a los partidos de izquierda. Las únicas partidas que votan mayoritariamente izquierdas, siendo de agricultores medios, son Algoda y Matola. Excepto estas dos partidas, el núcleo central del término municipal de Elche, es de tendencia conservadora, y cuando vota, lo hace mayoritariamente, a los partidos de centro y de derechas. Y esto, hasta cierto punto, es lógico y natural, pues en el 90 % de los casos, se trata del prototipo de agricultor medio ilicitano, propietario de una a cinco hectáreas de tierra, trabajador hasta la exageración y ahorrativo y conservador en sus costumbres y escasamente politizado.

De todas formas, como en las elecciones municipales de 1979, las partidas con mayoría de izquierdas eran las que mayores censos de votantes tenían (el 56'52 % del total del campo), el término municipal en su conjunto, sacó mayoría de izquierdas, aunque esta mayoría fue inferior a la del conjunto de la población en varios puntos.

Elecciones Generales de 1982.

Si consideramos que la opción de derechas estaba representada por Coalición Popular, Unión de Centro Democrático y Centro Democrático y Social, y las izquierdas por el partido

socialista y el partido comunista, en estas elecciones votaron mayoritariamente izquierdas las partidas de Carrús, Altabix, Torrellano Alto y Bajo, Altet, Valverde Alto y Bajo, La Marina y Algoda-Matola; y mayoritariamente derechas Llano de San José-La Peña, Saladas-Jubalcoy, Perleta-Maitino, Alzabaras Alto y Bajo, Las Bayas, La Hoya-Asprillas, Derramador-Daimés y Algorós-Pusol. Dentro de este conjunto de partidas donde mayor porcentaje de votos consiguieron las derechas fue en Perleta-Maitino, con el 70 % de los votos emitidos, seguido de Derramador-Daimés con más del 60 %. En cambio, donde mayores porcentajes alcanzaron las izquierdas fue en Carrús, con más del 85 % de los votos emitidos, seguido de Altet, con más del 70 %.

En estas elecciones, lo mismo que en las anteriores, ganaron las izquierdas en aquellas partidas con censos de votantes más elevados, lo que contribuyó a que sacaran mayoría en el conjunto del campo de Elche. No obstante, el núcleo central del término municipal, continuó votando mayoritariamente a las derechas, como ya lo hiciera antes.

Elecciones Locales de 1983.

El campo continuó la tónica general de una mayor abstención, como ya había ocurrido antes, votando menos que la media del conjunto del electorado ilicitano. En este caso, la diferencia bajó casi dos puntos respecto a lo que ocurrió en las elecciones locales de cuatro años antes.

La intención de voto siguió por los mismos derroteros, ya que las mismas partidas que antes votaron mayoritariamente izquierdas, lo hicieron también en esta ocasión. Lo mismo ocurrió con las partidas de tendencia derechista, manifestada en el 79 y el 82.

En estas elecciones, de un censo de 13.706 votantes en el conjunto del campo, votaron 7.822 personas, o lo que es lo mismo, el 57 % como dijimos antes. Estos votos, por partidos políticos, se distribuyeron de la manera siguiente: para el P.S.O.E. 3.695 votos; para la C.P. 3.089 votos; para el P.C.E. 436 votos; para el C.D.S. 225 votos; para el P.D.L. 216 votos; para el P.S.T. 78 votos y para A.R.D.E. 43 votos, siendo los 40 votos restantes nulos o en blanco.

Elecciones Generales de 1986.

En estas elecciones había un censo de 14.371 votantes y ejercieron su derecho a voto 10.027 personas (el 69'77 %) siendo la media de votantes en el conjunto del electorado ilicitano el 76 % (6'23 % de diferencia).

En estas últimas elecciones, la tendencia de voto de las distintas partidas rurales, con pequeños altibajos, ha sido similar a la de las confrontaciones anteriores. De la misma manera, en el conjunto del campo, votaron mayoritariamente izquierdas, ya que el P.S.O.E. consiguió 4.337 votos (el 43'20 %, frente al 54'9 % del conjunto) y 335 votos Izquierda Unida (el 3'3 % frente al 4'6 % del conjunto). Las demás candidaturas de izquierda apenas sacaron unas docenas de votos y por lo tanto, apenas tuvieron una mínima significación.

Como se observará por estos datos, a pesar de que en el campo sacaron mayoría las izquierdas, esta mayoría fue mucho más reducida que en la media de todo el electorado ilicitano.

En cambio, los partidos de derechas, en el campo han reducido las diferencias que les separan de los partidos de izquierdas en la media del conjunto. Así vemos cómo la C.P. en el campo consiguió 3.682 votos (el 36'70 %), frente al 24'30 % de la media general; el P.D.R. 145 votos (el 1'40 %, frente al 1'20 de la media general). En cuanto al C.D.S. con sus 795 votos (el 7'90 %), no alcanzó en el campo la media del conjunto que fue del 9'10 %.

El análisis de estos resultados, nos lleva a la conclusión de que el gran incremento de votos conseguido por el C.D.S., fue a costa del P.S.O.E. y de la C.P., ya que ambas candidaturas, perdieron votos respecto a las elecciones generales de 1982 (648 los socialistas y 94 la C.P.).

Los resultados de las otras candidaturas de derechas (F.E. y U.V.) fueron muy pobres, ya que entre las dos apenas consiguieron el 0'50 % de votos.

Unos meses después de escribir este trabajo, se celebraron las elecciones municipales del día 10 de junio de 1987, y por consiguiente queremos añadir el resultado de las mismas, en lo que al campo de Elche se refiere. De esta manera, tendremos mayor abundancia de datos en lo que concierne a la tendencia política del campesinado ilicitano.

Las elecciones del 87 se han desarrollado por los mismos

cauces que trazaron las elecciones anteriores, siendo casi un calco de las mismas en todos los aspectos y sentidos, empezando por una mayor abstención respecto a los sectores urbanos. En estas elecciones, el campo de Elche tenía un censo de 15.356 electores y solamente votaron 9.466, es decir, el 61'6 % del censo, cuando la media del conjunto de la población, fue del 68'4 %, casi siete puntos mayor, poco más o menos como en las consultas electorales precedentes.

En las elecciones municipales del 87, en Elche tomaron parte 9 candidaturas, que fueron el P.S.O.E., el C.D.S., A.P., I.U., P.D.P., P.H., U.P.V., P.T.-U.C. y la Agrupación Independiente, que se repartieron los 9.466 votos contabilizados, de la manera siguiente:

Partido Socialista Obrero Español...	3.391 votos (35'8 %)
Alianza Popular.....	3.251 votos (34'3 %)
Centro Democrático y Social.....	1.132 votos (11'9 %)
Izquierda Unida.....	660 votos (6'9 %)
Partido Demócrata Popular.....	495 votos (5'2 %)
Unitat del Poble Valenciá.....	147 votos (1'5 %)
Partido de los Trabajadores - Unidad Comunista.....	128 votos (1'3 %)
Agrupación Independiente.....	88 votos (0'9 %)
Plataforma Humanista.....	48 votos (0'5 %)
Total de Votos contabilizados...	9.340 votos (98'3 %)

Los 126 votos que hay de diferencia (1'7 %) entre los emitidos y los contabilizados, fueron votos nulos o en blanco, es decir, no válidos, porcentaje más elevado que en el conjunto de la población.

Como en los casos anteriores, en estas elecciones del 87, también fue el P.S.O.E. el partido más votado de todos, aunque en esta ocasión superó a A.P. que quedó en segundo lugar, solamente en 140 votos, diferencia inferior a la del resto de la población, en su conjunto.

Como ya viene siendo tradicional, los socialistas sacaron mayoría de votos en las pedanías más pobladas, como son La Marina y el Altet, pero en cambio fueron aventajados por A.P. en otras pedanias del centro del campo de Elche, como ya había ocurrido en las elecciones precedentes, confirmando esa ten-

dencia ya conocida. El dato más llamativo de un cambio de tendencia fue el caso de Torrellano, que siempre había sido de mayoría socialista y ahora el partido más votado fue A.P. aunque ganaron por un estrecho margen de votos.

A pesar de ganar los socialistas en el campo de Elche, por ser el partido más votado, si sumamos los votos conseguidos por los partidos de izquierdas (P.S.O.E., I.U., U.P.V. y P.T.-U.C.) entre los cuatro solamente consiguieron 4.426 votos, (45'5 %) mientras que los votos conseguidos por los partidos de derecha y centro derecha (A.P., P.D.P., y C.D.S.) fueron 4.878 (51'4 %) es decir, casi siete puntos de ventaja. Esta ventaja a favor de las derechas, sólo fue superada en el sector 1.° de la población, donde de un total de 7.356 votos depositados, los partidos de izquierda sólo consiguieron 2.963 (39'8 %) y los de derecha y centro derecha consiguieron 4.194 (57'1 %) 17'1 puntos de diferencia.

El incremento de votos conseguidos por el C.D.S. en el campo, respecto a los obtenidos en las municipales del 83, fue poco más o menos de la misma magnitud que el experimentado en el resto de la población, convirtiéndose en la segunda fuerza política de Elche, al sacar 6 concejales (A.P. consiguió 5 solamente). Estos votos se los arrebataron por la izquierda al P.S.O.E. y por la derecha a A.P.

Mención aparte merece lo ocurrido al partido P.D.P. cuya candidatura iba encabezada por Pascual Mojica Costa, que durante cuatro años había hecho en el Ayuntamiento, de palabra y por escrito, una oposición a ultranza a los socialistas que ostentaban la mayoría. Todos esperaban que consiguiera los votos suficientes para continuar siendo concejal, pero no fue así, ya que sólo le respaldaron 3.333 votantes, cifra inferior al 5 %. En el campo, no obstante, sacó el 5'2 % y un gran porcentaje de estos votos los obtuvo porque en el segundo lugar de la candidatura iba Leandro Bru Jaén, un hombre muy apreciado en los medios rurales.

Como conclusión podemos decir que el electorado campesino, continúa siendo conservador en su mayoría, siguiendo una tendencia tradicional.

PUNTOS DE REUNIÓN

Antiguamente, al no haber locales públicos destinados a tal fin, los agricultores ilicitanos se reunían de cuando en cuando en las casas particulares, para hablar de sus cosas, como eran los fenómenos meteorológicos o la marcha de las cosechas. También solían hacerlo los domingos y días festivos por la mañana, en la ermita de la partida, cuando acudían, en plan familiar, a la misa de precepto. Durante los demás días de la semana, como el trabajo era permanente en todas las épocas del año, apenas tenían ocasión de reunirse, excepto el día de mercado. Ese día, los cabezas de familia, acudían al pueblo para hacer «el recapte» y también para poder gestionar algún asunto que tuvieran pendiente, como era el pago de impuestos, por ejemplo, o la adquisición de algunos aperos o herramientas que necesitasen para sus explotaciones agrarias. El día de mercado, después de ir a la barbería y de haber efectuado las compras y gestiones más precisas, los agricultores solían reunirse en «les Cuatre Esquines» o en «la Plaça de Baix, per a fer la xarraeta».

Después, a partir de la segunda década del presente siglo, cuando el Progreso se puso en funcionamiento, los que eran re-

gantes de estas aguas, cuando tenían necesidad de las mismas, acudían los días laborables, a las ocho de la mañana, a la sala de subasta para adquirir las que necesitasen. Estos contactos y reuniones entre los agricultores, en días laborables, se incrementaron más ocho años después, cuando la Real Compañía de Riegos de Levante empezó a distribuir aguas de la misma procedencia que las del Progreso. Al aumentar la zona regable con estos nuevos caudales, se generalizó más aún la necesidad de aguas y para adquirir las mismas, de una u otra sociedad, los agricultores acudían con más frecuencia a los puntos de venta. Este hecho, modificó en parte, las costumbres de los agricultores ilicitanos, incluso, hizo más rico y variado su lenguaje coloquial, al introducir en el mismo nuevas palabras y vocablos inusuales hasta entonces, como eran, por ejemplo, aforo, elevación, partidor, repartidor, fiel, transversal, etc., palabras todas ellas vinculadas a la cultura del regadío que se iniciaba por aquellas fechas.

Más adelante, a principio de los años treinta, en las zonas más pobladas del campo de Elche, se construyeron algunos locales que llamaron casinos, donde los agricultores se reunían por la noche para jugar a las cartas o simplemente para hablar de lo que les interesaba. En estos locales, algunos domingos o días festivos, hacían también bailes para la juventud que estaban amenizados por una orquesta o un simple gramófono. Fue aquella la época que en el campo de Elche dejó de bailarse el baile del «peu xafat» y empezó a bailarse el «ball agarrat».

Aquellos locales y aquellos bailes, con el transcurrir del tiempo, dieron paso a las discotecas de hoy, discotecas con poca luz y mucha música de rock de alto volumen, donde los jóvenes actuales se lo pasan en grande los fines de semana y los días festivos. En el campo de Elche, hay en estos momentos, diez o doce discotecas de esta clase, repartidas por toda su geografía. Estos locales son en la actualidad los puntos de reunión de la gente joven, tanto de la población como del campo.

Los hombres de más edad, donde se reúnen frecuentemente es en los bares. Bares, en el campo de Elche actualmente hay, más de cincuenta. Algunos de estos bares, ubicados en las zonas de mayor densidad demográfica, sirven de puntos de encuentro diario de centenares de agricultores ilicitanos. Y no só-

lo se reúnen por la noche, después de la jornada laboral, sino también por la tarde, después de comer, a donde van a tomar café, como suele hacer la gente de la población de una determinada clase social.

Hoy los agricultores ilicitanos ya no están tan esclavizados a su profesión como lo estuvieron en el pasado. Los nuevos tiempos han generado mayor bienestar y nuevas costumbres asociadas a nuevas formas de vida.

El trabajo actual del campo hoy se realiza de una forma muy distinta a como lo hacían en el pasado, aunque se trate de las mismas labores. Actualmente, al haber maquinaria agrícola para hacer toda clase de trabajos, el agricultor lo tiene mucho más fácil y precisa de menos dedicación a su profesión, es decir, dispone de más tiempo libre. Durante estas horas de descanso, hay un mayor contacto entre unos y otros, un mayor acercamiento y compenetración de cara a unas cuestiones y unos problemas que les son comunes a todos ellos. En definitiva, un mayor entendimiento.

Otro tipo de locales públicos que abundan también mucho en el campo de Elche en estos momentos, son los merenderos. De unos años a esta parte, los merenderos han proliferado como las setas después de las lluvias de otoño. Tanto es así que los hay por las orillas de todas las carreteras radiales del campo, aunque esta clase de establecimientos son más utilizados por las gentes de la población que por los propios agricultores. Estos, sólo los utilizan con motivo de la boda de algún familiar. En cambio, la gente del pueblo suele acudir a estos merenderos los fines de semana para comer, preferentemente, carne de cordero asada a la brasa.

De todas formas, a pesar de las dificultades por las que está atravesando el colectivo campesino, en sus formas de vivir se está equiparando bastante a las gentes de la población que tienen otras profesiones. Las diferencias que siempre hubo entre unos y otros, se van difuminando más a medida que pasa el tiempo.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR